
Cortejando al Conde
ENCANTAR UN LORD
USA TODAY Bestselling Author
SUZANNA MEDEIROS

CORTEJANDO AL CONDE

ENCANTAR UN LORD
LIBRO 8

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Gracias
Encantar un Lord
Escándalos navideños
La autora

CORTEJANDO AL CONDE

Amor prohibido, de amigos a amantes, una heroína solterona y un héroe reticente...

Eleanor Pearson está angustiada por la atracción prohibida que siente hacia el prometido de su prima. Pero jura ignorar su fascinación por el atractivo conde y hacer todo lo posible para asegurar que la boda de su prima se lleve a cabo.

El Conde de Hargrove no tiene intención de casarse en un futuro próximo. Se embarca en una misión propia para poner fin al acuerdo sorpresa que su padre le reveló solo en su lecho de muerte.

No tarda en darse cuenta de que Eleanor podría ser la clave para convencer a la joven de que termine el compromiso. Pero su atracción hacia ella amenaza su determinación de permanecer soltero.

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: Courting the Earl © 2023 Saozinha Medeiros

CAPÍTULO UNO

Febrero de 1818

ELEANOR PEARSON se puso un vestido de muselina amarillo pálido y se dio la vuelta para que la doncella de su tía pudiera abrochar la corta fila de botones.

Aún no era mediodía, demasiado temprano para prepararse para recibir visitas, pero el invitado de esta mañana era especial. El Conde de Hargrove llegaría pronto para reunirse con su tío. Por supuesto, la tía Helen no dejaría pasar esta oportunidad. El conde estaba formalmente prometido a su hija Lydia, pero los dos aún no se habían conocido.

En realidad, ninguno de ellos había conocido al nuevo conde. Eleanor no podía negar que sentía mucha curiosidad por el hombre que se casaría con su prima.

—¿Su cabello, señorita Pearson?

Eleanor se volvió hacia la doncella. Ambas sabían que la mujer debería estar concentrándose en Lydia.

—Puedo arreglármelas. Deberías atender a mi prima.

Con una rápida reverencia, la mujer salió de la habitación.

Eleanor se sentó frente al tocador y frunció el ceño ante su apariencia. El amarillo no le sentaba bien, ya que le daba a su piel clara un aspecto cetrino. Había elegido usar este vestido hoy precisamente por esa razón.

Se recogió el cabello castaño en un práctico moño, cuidando de peinarlo hacia atrás con firmeza. Hoy todo giraba en torno a Lydia, y su tía le había advertido que no hiciera nada para eclipsar a su prima menor.

Como si eso fuera posible. Nadie se fijaría en Eleanor mientras Lydia estuviera en la habitación.

Sus movimientos eran rápidos y eficientes, ya que sabía lo que se avecinaba. Acababa de dejar el cepillo cuando un chillido penetrante resonó por toda la casa. Eleanor se levantó del tocador y esperó el inevitable llamado.

—¡Ellie!

Con un suspiro, se alisó el vestido con las manos y se dirigió por el pasillo hacia la habitación de su prima. La escena que la recibió era menos caótica de lo que temía.

Lydia estaba sentada al borde de su cama, con tres vestidos descartados detrás de ella. Un cuarto vestido colgaba del brazo de la doncella. Sin duda, la mujer había considerado más seguro sostenerlo que arriesgarse a que Lydia también lo desechara.

Eleanor cruzó la habitación para pararse frente a Lydia, quien le tomó las manos y las aferró.

—¿Qué voy a hacer? Todos estos vestidos se hicieron el año pasado. Los nuevos que encargamos a la modista aún no han llegado.

Eleanor le apretó las manos a Lydia.

—Déjame ver si puedo encontrar algo especial.

Se volvió hacia el armario de Lydia y comenzó a mirar entre los muchos vestidos que colgaban allí. Su prima ya poseía varios vestidos hermosos hechos con telas ricas, pero era cierto que no tenía muchos vestidos de día.

Finalmente, se decidió por un vestido de mañana blanco con encaje azul alrededor del corpiño y las mangas.

Se volvió hacia Lydia, sosteniendo el vestido.

—Siempre me ha encantado cómo te queda este. El encaje azul combina con tus ojos y los hace parecer más grandes.

Se formó una arruga entre las cejas de Lydia.

—Pero no es nuevo.

—No, pero Lord Hargrove nunca te ha visto con él. Además, es un hombre. Esas cosas no le importan. Solo verá a una hermosa joven y quedará embelesado de inmediato.

Se formó un hoyuelo en la mejilla de Lydia, porque por supuesto su prima también tenía hoyuelos. Eleanor no había sido bendecida de la misma manera.

—¿Qué haría yo sin ti, Ellie?

Eleanor se sentó en la cama junto a su prima. Lydia era consentida, sí, pero no era mala. No era culpa de Lydia que sus padres siempre hubieran complacido todos sus caprichos.

—Nunca tendrás que averiguarlo. Ahora, preparémonos para que conozcas a tu prometido.

MEDIA HORA DESPUÉS, bajaron las escaleras, después de que Lydia quedara satisfecha con la forma en que su cabello rubio enmarcaba su rostro en forma de corazón. La tía Helen ya estaba sentada en la sala de estar, leyendo lo que Eleanor sospechaba que era una hoja de escándalos. Solo llevaban dos días en Londres, pero a su tía siempre le encantaba mantenerse al tanto de los últimos escándalos y chismes.

Eleanor saludó a su tía con un beso en la mejilla y se dirigió al sofá, observando cómo Lydia hacía lo mismo antes de sentarse a su lado.

Lady Appleby chasqueó la lengua.

—La hora temprana es muy inconveniente. Tuve que cancelar una cita con la modista.

Lydia hizo un puchero.

—¿Se espera pronto a Lord Hargrove?

Eleanor tomó la pequeña cesta que una de las doncellas había traído antes para poder continuar con su bordado. Aunque no le gustaba acompañar a su tía y a su prima en su misión tácita de visitar a todas las modistas de Bond Street, le gustaba aún menos bordar. Pero mantenía sus pensamientos parcialmente ocupados

mientras las dos repasaban la larga lista de artículos que querían comprar para la próxima temporada de Lydia. Parecía que la lista seguía creciendo. Llevaban dos días en la ciudad y habían pasado la mayor parte de ese tiempo de compras.

Supuso que era bueno que su tío fuera rico. Dios sabía que Lady Appleby estaría contenta de comprar el mundo para su única hija.

Las dos discutieron sobre volver a la modista esa tarde para encargar aún más vestidos. Era casi idéntico a la conversación que habían tenido ayer, solo que entonces estaban hablando de sombrererías.

—No sé por qué llevas puesto ese vestido horrible. Te hace parecer bastante enferma.

Eleanor no estaba prestando mucha atención a la conversación, por lo que le tomó unos segundos darse cuenta de que el comentario iba dirigido a ella.

Levantó la vista para encontrar a Lydia frunciendo el ceño.

Eleanor se encogió de hombros con indiferencia.

—No importa lo que lleve puesto. Lord Hargrove viene aquí para verte a ti, no a mí.

Lydia arqueó una ceja.

—Vendrás con nosotras cuando vayamos de compras.

Eleanor contuvo una mueca de dolor.

—La tía y el tío ya han sido muy generosos conmigo. Estoy segura de que mi guardarropa será suficiente para aquellas ocasiones en las que se me pida que actúe como tu acompañante en ausencia de la tía Helen.

—Insisto —dijo Lydia negando con la cabeza—. Esta podría ser tu última oportunidad de encontrar marido. Que yo ya esté comprometida no significa que las dos no podamos disfrutar de la temporada.

La generosidad de Lydia era solo una de las razones por las que Eleanor amaba tanto a su prima. Era cierto que Lydia estaba mimada, pero no era egoísta.

—Por supuesto que iré contigo. Pero de verdad no necesito nada. Estoy bastante contenta con los vestidos de mi guardarropa.

—Bueno, necesitaremos encontrar uno para reemplazar esa cosa espantosa porque planeo quemarla más tarde. Honestamente, ¿cómo es posible que puedas ayudarme a elegir el vestido perfecto esta mañana pero decidas ponerte eso?

Eleanor no tenía respuesta a la crítica de Lydia. Su prima tenía toda la razón, pero lo último que quería era que la tía Helen pensara que estaba tratando de eclipsar a su prima. No sería posible, por supuesto, pero aun así. Era muy consciente de que estaba a merced de su tío y su esposa. Siempre habían sido amables con Eleanor, pero estaba muy claro que su mundo giraba en torno a Lydia. No quería comportarse de ninguna manera que pudiera llevar a su censura.

Entonces sonó un golpe, anormalmente fuerte. Eleanor dejó su bordado sobre su regazo y esperó. Miró a Lydia, quien le devolvió la sonrisa con una amplia mueca.

—Paciencia —murmuró la tía Helen.

—Sí, mamá —dijo Lydia antes de tomar unas cuantas respiraciones profundas y esforzarse por mantener una expresión serena.

Cuando escuchó la voz profunda de un hombre hablando con su mayordomo, Eleanor se sorprendió por los nervios que cobraron vida en su vientre. Lo atribuyó a la preocupación por Lydia.

Y entonces el prometido de su prima entró en la habitación.

La tía Helen se puso de pie para saludarlo e hizo una reverencia. —Es un placer conocerlo, milord. Sé que Lord Appleby se puso en contacto con usted el año pasado, pero lamenté mucho escuchar sobre el fallecimiento de su padre y quería extenderle mis condolencias personalmente.

Eleanor trató de no mirar fijamente, pero no pudo evitar sorprenderse por la apariencia del hombre. Era bastante alto. El cabello castaño claro estaba peinado hacia atrás desde su rostro, y cuando su mirada hizo un rápido recorrido por la habitación y sus ocupantes, notó que sus ojos eran de un atractivo tono azul.

—Gracias —dijo con una pequeña reverencia—. Es un placer conocerla.

Su reverencia fue ejecutada con una elegancia casual, y Eleanor tuvo que contener un suspiro. Cielos, Lord Hargrove y Lydia tendrían bebés hermosos.

La tía Helen se volvió hacia el sofá. —Permítame presentarle a mi hija, Lydia Pearson.

Lydia se puso de pie e hizo una reverencia impecable.

Eleanor estaba contenta de observar la escena desde su asiento en el sofá. Esta era la parte donde Lord Hargrove se sonrojaría, tal vez incluso tartamudearía, mientras contemplaba a la mujer que sería su esposa. En su lugar, murmuró un suave "Un placer" y luego se volvió para mirar a Eleanor.

Hubo un momento tenso en el que Eleanor sintió que su corazón tropezaba en su pecho bajo su escrutinio.

Finalmente, su tía soltó una pequeña risa. —Oh, y esta es mi sobrina, la señorita Eleanor Pearson.

Eleanor se puso de pie e hizo su propia reverencia. —Milord. —No esperaba ser participante en el cuadro de la mañana.

Él no dijo nada más. Justo cuando el momento comenzaba a estirarse hacia la incomodidad, la tía Helen habló. —Déjeme llamar para que traigan refrescos...

—Es un placer conocerlas a todas, pero dado que no hemos sido presentados formalmente, debería hablar primero con Lord Appleby.

—Oh, por supuesto. —La mano de la tía Helen revoloteó hacia su pecho—. Qué tonta soy, me dejé llevar ya que pronto será parte de la familia. Mi esposo está en su despacho y lo está esperando.

Eleanor creyó ver que su mandíbula se tensaba ante las palabras de la tía Helen, pero eso debió ser su imaginación. Después de conocer a Lydia, Lord Hargrove sin duda estaba encantado con la perspectiva de su próximo matrimonio.

La tía Helen llamó al lacayo que esperaba en el pasillo y le indicó que mostrara a su invitado el camino al despacho del tío.

El silencio descendió después de que el hombre se fue, el único sonido era el eco de los pasos que se desvanecían. Finalmente escucharon el murmullo de voces masculinas y luego la puerta del despacho cerrándose.

Cuando nadie habló, Eleanor se sentó y retomó su bordado. —Tiene modales impecables. —Quería comentar también sobre su buen aspecto, pero se contuvo.

La tía Helen dejó escapar un suave resoplido de fastidio y volvió a su asiento. —Sí, tiene todo lo que podríamos desear en un partido adecuado. Título, buena cuna, ningún indicio de escándalo. Y es lo suficientemente atractivo para la querida Lydia. No es que uno deba basar estas decisiones en la apariencia, pero ayuda.

Eleanor no tenía duda de que su tía estaba pensando en sus futuros nietos, que serían todos hermosos.

Lydia se dejó caer en el sofá junto a ella. —Es tan viejo.

La boca de Eleanor se abrió, pero se contuvo y la cerró rápidamente. —A menos que me equivoque, aún no tiene treinta años.

Lydia dejó escapar un pesado suspiro. —Supongo que a ti no te parece viejo, pero yo solo tengo dieciocho años.

Eleanor solo tenía veinticinco años, así que no era como si ella misma fuera antigua. Aun así, la sociedad tenía un conjunto de reglas diferentes para hombres y mujeres. A nadie le parecía extraño que hombres mucho mayores se casaran con mujeres jóvenes, pero Eleanor ya sería considerada por muchos como una solterona. El doble estándar le molestaba más de lo que quería admitir.

Lydia cruzó los brazos sobre su cintura y se recostó en los cojines. —Apenas me miró.

Eleanor sabía que eso era lo que realmente molestaba a su prima. A decir verdad, Eleanor también se había sorprendido. Solo podía atribuirlo al hecho de que Lord Hargrove era sin duda un hombre de mundo. Probablemente conocía a hermosas jóvenes cada primavera cuando la sociedad descendía sobre Londres para la temporada social. En su aldea vecina de vuelta en casa, en su finca rural, Lydia siempre causaba sensación. Aun así, Eleanor no podía negar que su falta de una reacción notable había sido inesperada.

Aún no habían asistido a su primer baile, pero todas habían asumido que Lydia sería la joya de la temporada. Eleanor no podía estar segura de cómo reaccionaría su prima si eso resultaba no ser

cierto. En todo caso, podría ser una lección edificante para mostrarle a la joven que el mundo, de hecho, no giraba a su alrededor.

Le dio unas palmaditas en la rodilla a Lydia. —Estoy segura de que es como él dijo. Simplemente quería reunirse primero con el tío. A pesar de que los arreglos del compromiso han estado en marcha durante varios años, no tengo duda de que ahora mismo está en el estudio, pidiendo permiso para cortejarte.

Lydia frunció el ceño, formando una pequeña arruga entre sus cejas. —Voy a hacerlo esperar.

—Ya estáis comprometidos —dijo la tía Helen.

—Si esta va a ser mi única temporada, quiero experimentarla plenamente. Papá ya ha estado de acuerdo.

Su tía lo intentó de nuevo. —Pero el acuerdo...

Lydia negó con la cabeza. —Eso no significa que no deba cortejarme.

Era en momentos como estos cuando resultaba casi dolorosamente obvio para Eleanor lo joven que era su prima. Quizás sería bueno si Lydia no fuera la joven más codiciada de la temporada.

Eleanor ya había aprendido que la vida no siempre salía como uno esperaba cuando primero su madre, y luego su padre, murieron mientras ella aún era joven. Lydia, por el contrario, siempre había tenido el mundo a sus pies.

No le deseaba mal a Lydia, y Eleanor era muy consciente de que ella era una de las personas que se esforzaban por proteger a su prima. Pero no podía evitar temer que Lord Hargrove quizás no estuviera contento de bailar al son de Lydia.

Se negó a considerar esa posibilidad. No, todo saldría como habían esperado esta temporada.

CAPÍTULO DOS

GEOFFREY INCLINÓ la cabeza y se despidió, irritado bajo el intenso escrutinio de las tres mujeres mientras seguía al lacayo fuera de la habitación. No debería haberse sorprendido al encontrarlas esperándolo, pero lo estaba.

Cuando había enviado una nota a Lord Appleby ayer para concertar la reunión de hoy, pensó que sus intenciones eran claras. Quería discutir el acuerdo de compromiso con el vizconde, no entrar en una habitación llena de mujeres que lo miraban con curiosa y contenida anticipación. ¿Acaso esperaban que se postrara a los pies de la señorita Pearson?

Debería haber pedido a Appleby que se reunieran en otro lugar y no cometería el mismo error en el futuro.

Dejando de lado su molestia, Geoffrey volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos: convencer a Lord Appleby de que anulara el compromiso.

Su boca se tensó. Era irritante que su padre hubiera hecho estos arreglos sin consultarle hace diez años. Tenía diecinueve años, aún no había alcanzado la mayoría de edad, pero era demasiado mayor para que lo mantuvieran en la oscuridad sobre lo que su padre estaba haciendo.

El hecho de que lo hubiera mantenido en secreto, que solo hubiera revelado la verdad en su lecho de muerte, significaba que el hombre sabía que Geoffrey se enfadaría. Que se enfurecería.

Sintiendo que su temperamento comenzaba a elevarse de nuevo, respiró hondo e intentó recuperar la compostura.

El lacayo se detuvo ante una puerta cerrada —el estudio, supuso — y llamó suavemente. Al menos Appleby había dado instrucciones de que se admitiera a Geoffrey en lugar de obligarlo a esperar en el salón con las mujeres.

Lord Appleby abrió la puerta momentos después.

Se habían conocido brevemente años atrás durante una de las vacaciones universitarias de Geoffrey. ¿Fue entonces cuando los dos hombres mayores finalizaron los arreglos matrimoniales? ¿Había insistido Appleby en conocerlo primero para asegurarse de que fuera adecuado?

Appleby le estrechó la mano en señal de bienvenida.

—Gracias por venir hoy. Acabamos de llegar a la ciudad, y esperaba ponerme en contacto con usted pronto.

Geoffrey lo observó cerrar la puerta, ofreciéndoles privacidad para su conversación.

—No esperaba hacer una visita formal hoy.

Appleby negó con la cabeza.

—Debo disculparme por el entusiasmo de mi esposa. Cuando se enteró de su visita, insistió en saludarlo personalmente.

—¿Y usted no quería estar allí para presentarnos?

Lord Appleby se encogió de hombros.

—Me temo que el tiempo se me escapó.

Geoffrey apretó los dientes ante la insincera disculpa del vizconde.

Lord Appleby señaló las dos sillas que estaban ubicadas en una esquina del estudio. Cuando estuvieron sentados, la mirada expectante del hombre se posó en el rostro de Geoffrey.

—¿Conoció a mi hija?

Geoffrey inclinó la cabeza.

—Sí, así como a su sobrina.

—¿Y?

—Parece ser una joven agradable.

Appleby frunció el ceño.

—¿Agradable? Será la joven más codiciada de esta temporada. Muchas esperanzas —y me atrevo a decir corazones— se romperán cuando se anuncie su compromiso.

Geoffrey intentó mantener una expresión impasible.

—Por eso he venido a verle.

Appleby se rio entre dientes.

—Lo entiendo. Ahora que ha conocido a Lydia, estoy seguro de que quiere hablar conmigo sobre celebrar la boda lo antes posible. Pero debo informarle que le prometí que esperaríamos hasta el final de la temporada para anunciar el compromiso. Es su primera temporada, y quiere disfrutar de los meses venideros.

Geoffrey examinó al hombre frente a él, comenzando a albergar esperanzas. El vizconde era tan diferente a su propio progenitor. Su padre habría estado ansioso por cerrar el trato para asegurarse de que sus planes se llevaran a cabo. El hecho de que Lord Appleby pareciera más preocupado por la felicidad de su hija llevó a Geoffrey a sentir optimismo por primera vez desde que se enteró del acuerdo.

—Es obvio que se preocupa mucho por su hija.

Una sonrisa iluminó el rostro de Appleby.

—Ella lo es todo para su madre y para mí. Sé que superará con creces sus expectativas como Condesa de Hargrove.

—Pero no antes de que disfrute de cierta libertad primero.

Appleby descartó las palabras con un gesto.

—Es su primera temporada, y seguramente no hay prisa. Entiendo su decepción. Tendremos una gran celebración al final de la temporada en lugar de apresurar las cosas ahora. No querríamos que nadie murmurara sobre una prisa indecorosa.

Geoffrey mantuvo su tono lo más uniforme posible.

—Es posible que en los próximos meses, ella descubra que no quiere ser mi condesa. Que prefiera aceptar a uno de los otros hombres que querrán cortejarla.

Geoffrey podría ser terco, pero no era ciego. Lydia Pearson era hermosa. Su padre no exageraba al suponer que muchos hombres clamarían por su atención.

La sonrisa de Appleby se ensanchó.

—Entonces tendrá que asegurarse de que su atención no se desvíe. Estoy seguro de que un joven excelente como usted no encontrará la tarea onerosa.

Geoffrey dudó un momento antes de decir:

—¿Y si siento que no somos compatibles?

La sonrisa de Appleby se apagó mientras miraba a Geoffrey durante varios segundos. Era como si no pudiera comprender su declaración.

—No entiendo.

—No pretendo ofender, mi lord. Es solo que tengo veintinueve años. No esperaba casarme hasta dentro de varios años.

Finalmente, Appleby negó con la cabeza.

—Pero el compromiso...

—Puede ser anulado con el acuerdo de ambas partes.

La boca del vizconde se convirtió en una línea recta y apartó la mirada. Pasaron los segundos, y el silencio se volvió incómodo. Finalmente se puso de pie. Geoffrey hizo lo mismo.

Las manos de Appleby estaban apretadas.

—No.

—Como ha dicho, su hija es una joven encantadora. Habrá muchos que la busquen. Podrá elegir entre cualquier pretendiente que desee.

Appleby continuó como si Geoffrey no hubiera hablado en absoluto.

—El compromiso se mantiene. Le sugiero que pase algún tiempo durante los próximos meses conociendo a su futura esposa.

—¿Y si ella no desea casarse conmigo?

Appleby negó con la cabeza.

—Su padre y yo llegamos a un acuerdo. Los arreglos ya están hechos.

—Pero...

—Basta. Es demasiado temprano para discutir estos asuntos. Espero que cumpla con su parte del contrato.

Geoffrey libró una batalla interna, deseando insistir en el tema, pero al final decidió que no era el momento. Había planteado la posibilidad de romper el compromiso. Continuar ahora solo causaría

ofensa, y entonces quizás nunca encontraría la manera de salir de este matrimonio.

—Me disculpo por mi brusquedad. No fue mi intención ofender. Me enteré del compromiso recientemente.

Lord Appleby hizo una mueca.

—Y se quedó desconcertado. Lo entiendo. Pero una vez que conozca a Lydia, verá que su padre no podría haber encontrado una mejor pareja para usted.

Geoffrey no dijo nada más sobre el tema mientras se despedía. Mantuvo la mirada al frente al pasar por el salón, fingiendo que no sentía los ojos de las mujeres sobre él mientras pasaba por la puerta.

Una inquietud se apoderó de él mientras subía a su carruaje. Podía imaginarse a Lady Appleby corriendo al estudio de su marido para exigir detalles sobre su conversación. No podía evitar preguntarse si el vizconde compartiría el motivo de su visita esa mañana, ya que estaba claro que el hombre tenía la intención de mantener el compromiso.

Aun así, Geoffrey había aprendido algo importante de su reunión. Lord Appleby parecía preocuparse mucho por su hija. Pero Geoffrey sabía por experiencia propia que las apariencias podían ser engañosas. ¿Cuántas veces su propio padre se había comportado como si adorara a Geoffrey y a su hermana Abigail a lo largo de los años en presencia de otros? Pero su principal preocupación era por sus propias ambiciones.

Su padre había obligado a Abigail a un matrimonio infeliz con un hombre mayor años atrás. Y ahora había arreglado el matrimonio de Geoffrey con la misma falta de consideración por las preferencias de su hijo.

Geoffrey trató de ignorar la punzada de culpa que sentía cuando pensaba en el matrimonio arreglado de su hermana. Abigail había sufrido con su propia situación, casada con un hombre lo suficientemente mayor como para ser su abuelo. No podía imaginar el horror que le había esperado en el lecho matrimonial. Al menos su marido había tenido finalmente la gracia de fallecer y Abigail ahora estaba felizmente casada con otro.

Lydia, por otro lado, era joven y hermosa. Y era consciente de que su propia unión forzada no era mala. No realmente. Pero, maldición, lo último que quería era seguir los planes de su padre.

Le daría una oportunidad a la joven, pero dudaba que ella lo tentara a cambiar de opinión. Era demasiado delicada para su gusto. Cuando se casara dentro de varios años, no sería con una mujer que sintiera que debía ser tratada con cuidado por temor a que se rompiera.

Finalmente estaba libre del control de su padre, y planeaba disfrutar durante los próximos años antes de dirigir su atención al asunto de asegurar un heredero. Solo tenía que asegurarse de que Lydia lo encontrara inadecuado y fuera capaz de convencer a su padre de romper el contrato de compromiso.

CAPÍTULO TRES

ESPERARON tres días más antes de asistir a su primer evento social de la temporada. El baile de los Clarington. Lydia había estado impaciente, y si fuera honesta, Eleanor también lo estaba.

No era la primera invitación que habían recibido, pero sí el primer baile. El baile del Duque y la Duquesa de Clarington se había convertido recientemente en *el* inicio de la temporada social. La tía Helen había insistido en que el baile proporcionaría el escenario perfecto para presentar a Lydia en sociedad.

Eleanor tenía que admitir que su prima se veía particularmente hermosa esa noche. El vestido de Lydia era del azul más pálido, con el escote y el dobladillo adornados con encaje. Pequeñas cuentas azules y blancas estaban entretejidas en el adorno, brillando bajo la luz de las velas y atrayendo la mirada hacia su escote. El vestido era modesto, por supuesto, como correspondía a una joven dama que hacía su debut en sociedad, pero el efecto era inconfundible.

Eleanor se encontró con que sus propios ojos eran atraídos por el centelleante adorno. No tenía duda de que todos los hombres en la sala estarían mirando no a los ojos de su prima, sino a su pecho.

Pero si lograban elevar sus miradas, no se decepcionarían con la belleza de Lydia. Su cabello rubio estaba recogido en una cascada de rizos que enmarcaban su rostro. Grandes ojos azules, una nariz pequeña y una boca que formaba un perfecto lazo.

Estaban de pie, brazo con brazo, justo detrás de la tía Helen y el tío mientras esperaban fuera del salón de baile para ser anunciadas. El fuerte murmullo de voces se filtraba para recibirlas, y Eleanor sintió que su anticipación crecía con cada segundo que pasaba.

Eleanor se inclinó para hablar al oído de Lydia.

—¿Estás nerviosa?

Lydia negó con la cabeza, haciendo que sus rizos rubios rebotaran.

—No. Solo estoy contenta de que no estaremos sentadas en casa esta noche sin nada que hacer —prácticamente vibraba de emoción.

Eleanor tenía que admitir que la felicidad de su prima era contagiosa. No hacía daño que Lydia hubiera irrumpido en su habitación esa noche y hubiera elegido el vestido de Eleanor ella misma. Y así, en lugar de uno de los vestidos más recatados que había planeado usar, Eleanor llevaba un vestido color lavanda que le sentaba muy bien con su cabello oscuro. Los ojos de Eleanor seguían siendo marrones, pero en general pensaba que se veía bastante bonita, aunque era bastante más alta que la mayoría de las mujeres presentes. Nunca sería la belleza que era su prima, pero entonces la mayoría de las mujeres nunca podrían alcanzar ese nivel de perfección.

Y esta noche su cuero cabelludo no le dolería cuando se soltara el pelo. Lydia le había prohibido llevar el pelo tan apretado. En su lugar, lucía un moño suelto y algunos rizos enmarcaban su rostro. No estaba a la par de su prima, por supuesto, pero se sentía bonita. Tal vez alguien incluso la invitaría a bailar.

Finalmente llegó su turno, y su tía y su tío entraron en el salón de baile. Ella y Lydia los siguieron mientras el mayordomo las anunciaba.

Los ojos de Eleanor recorrieron el espacioso salón, observando los altos techos y las arañas iluminadas con velas. Y había tanta gente. Le tomó varios segundos darse cuenta de que todas esas personas las estaban mirando. O más bien, todos estaban mirando a Lydia. Y entonces comenzaron los susurros.

Eleanor amaba a su prima, de verdad lo hacía, pero no pudo evitar preguntarse cómo sería tener aunque fuera una persona que

la mirara de la misma manera en que todos estaban mirando ahora a Lydia.

CAPÍTULO CUATRO

A DIFERENCIA de las crecientes multitudes que llenaban el gran salón de baile, Geoffrey no estaba emocionado por asistir al baile de los Clarington. Pero como este era el campo de batalla en el que se libraría su guerra actual, aquí estaba. Junto con lo que parecía ser cada otro miembro de la sociedad menos su hermana y su cuñado. Abigail estaba bastante avanzada en su embarazo y se acostaba temprano la mayoría de las noches, así que tendría que enfrentar esta noche solo.

Había considerado hacerse odioso para la señorita Lydia Pearson para que la joven le suplicara a su padre que terminara el compromiso, pero rápidamente descartó ese plan. Si él fuera el único afectado por sus acciones, no tendría ningún problema en actuar como un canalla para alejarla. Pero necesitaba considerar a su hermana. Causar un escándalo la lastimaría mucho más a ella que a él.

El vizconde Holbrook se acercó a su lado y le dio una palmada en el hombro.

—Intenta no parecer como si te estuvieran llevando a tu muerte.

Geoffrey le lanzó una mirada de disgusto, lo que hizo que Holbrook se riera. No lo admitiría, pero se alegraba de no estar completamente solo.

Por acuerdo tácito, se movieron hacia el borde de la sala. La mayoría de la gente se congregaba más cerca de la entrada para

poder escudriñar a cada nuevo invitado cuando era anunciado.

Holbrook estaba ocupado examinando a los invitados que ya estaban presentes.

—Háblame de esta joven con la que te vas a casar.

Geoffrey juntó las manos detrás de la espalda. Por supuesto que Holbrook sabía sobre eso. El hombre parecía saberlo todo. Como no se haría un anuncio hasta el final de la temporada, debía haber oído hablar del compromiso por Abigail.

Escaneó el salón de baile de nuevo. No había oído anunciar a la familia de Appleby, pero tampoco había estado prestando mucha atención mientras el mayordomo recitaba monótonamente la lista aparentemente interminable de invitados. No llevaba mucho tiempo allí, y ya estaba tentado de escapar a la sala de juegos.

—¿Mi hermana te envió aquí para vigilarme?

Holbrook se rio.

—Lo creas o no, fue su marido.

A Geoffrey le costaba imaginar esa conversación. Holbrook parecía hacer todo lo posible por molestar al cuñado de Geoffrey, coqueteando descaradamente con Abigail siempre que Cranston estaba presente.

—Me sorprende que siquiera te hable.

Holbrook se encogió de hombros.

—Hemos llegado a un entendimiento. Y lo más importante, ama y confía en su esposa. Incluso si yo quisiera intentar tentarla para que se fuera...

Geoffrey miró al hombre con el ceño fruncido.

Una esquina de la boca de Holbrook se curvó hacia arriba.

—Considero a tu hermana una amiga, nada más. Tenía el deber de cuidar de ella cuando mi bastardo tío abuelo murió y dejó a su viuda con muy poco para mantenerse a sí misma y a su hija.

—Esa no es la versión que cuenta Cranston sobre vuestra *amistad*.

Holbrook se rio.

—Cranston estaba siendo deliberadamente obstinado con respecto a su esposa. Todos menos ella podían ver que estaba

obsesionado con ella. Hice lo que pude para hacerle darse cuenta de que tenía que dejar de alejarla.

Geoffrey podía imaginar cómo había ido eso.

—Me sorprende que el hombre no te retara a duelo.

Holbrook hizo una mueca.

—¿Creerías que lo busqué y amenacé con retarlo a duelo si lastimaba a tu hermana? Esto fue antes de que se casaran, por supuesto.

Geoffrey no pudo contener una carcajada. ¿Cómo era que nunca había oído esta historia?

—Mi cuñado es un tirador experto. Te habría matado.

Holbrook se frotó la mandíbula con la mano.

—Ahora me doy cuenta de que estuve peligrosamente cerca de encontrar mi muerte después de emitir esa amenaza. Pero todo eso quedó en el pasado. Hemos llegado a una tregua. Ama a tu hermana y ahora se da cuenta de que mi interés en ella nunca fue romántico. Por eso me habló de tu situación.

La mandíbula de Geoffrey se tensó y sus ojos se dirigieron hacia una de las salidas que se había preocupado por notar después de llegar. Todavía podría escabullirse a la sala de juegos.

Holbrook se movió frente a él.

—Dime que no estás planeando causar una escena. Ya hay suficientes rumores circulando sobre tu hermana. Cualquier escándalo que causes para escapar de este compromiso la afectará.

Geoffrey exhaló con fuerza. ¿Era por esto que Cranston le había pedido a Holbrook que se le acercara esta noche? Sí, los rumores circulaban sobre Abigail y su hija, Gemma. Su sobrina tenía los ojos de Cranston. Cualquiera que conociera a la niña sabía de inmediato que su actual marido era su padre biológico.

Había habido mucha especulación sobre si ella había intentado conscientemente hacer pasar al hijo de otro hombre como perteneciente a su difunto esposo, el antiguo vizconde Holbrook. Por supuesto, muchos sabían que el barón Cranston había estado sirviendo en el ejército durante años y solo recientemente había renunciado a su comisión.

Los chismes parecían estar divididos por igual. Los hombres tendían a creer que Abigail había sido deliberadamente deshonesta en todo el asunto y había engañado a su primer marido. Las mujeres, por otro lado, creían que no había tenido más remedio que casarse con otra persona cuando se encontró embarazada después de que el padre se hubiera marchado para unirse al ejército.

Lo peor de la especulación se acalló cuando los amigos de Cranston dieron su apoyo incondicional a la pareja después de que se casaran. Aunque Cranston había estado fuera de Inglaterra durante casi una década, de alguna manera había adquirido bastantes amigos en altos cargos. Hombres a los que la mayoría de la sociedad no quería ofender.

Así que mientras los rumores casi habían disminuido, eso no seguiría siendo el caso si Geoffrey causaba otro escándalo mientras intentaba librarse de este infernal compromiso.

—La sociedad nunca ha sido justa con las mujeres. Mi hermana ha sufrido lo suficiente, y no haré nada que ponga en peligro la paz que ha encontrado.

Se dio cuenta del silencio que había caído sobre el salón de baile y se volvió para mirar hacia la entrada. No debería haberse sorprendido al encontrar a nada menos que Lydia Pearson de pie allí, rodeada de su familia. Sus padres sonreían, disfrutando de la forma en que todos parecían estar cautivados por su hija. La presentación de Lydia en sociedad estaba yendo exactamente como habían esperado.

Inclinó la cabeza hacia la entrada.

—Ya están aquí.

Holbrook se volvió para contemplar el espectáculo. Afortunadamente, mantuvo la voz baja cuando habló.

—Tu futura esposa es definitivamente hermosa. Todos la miran como si nadie más existiera.

Los ojos de Geoffrey recorrieron la multitud, y se dio cuenta de que el hombre no exageraba. La conversación había comenzado de nuevo, pero las miradas seguían a la familia.

Observó cómo Lord Appleby susurraba al oído de su esposa antes de separarse para unirse a otro grupo de hombres. Cuando se

dirigieron en grupo hacia una de las salidas, Geoffrey quiso gemir. Adiós a la idea de escapar a la sala de juegos en algún momento. Lo último que quería era otra conferencia de Appleby sobre cómo debería seguir a la hija del hombre como un perro callejero en busca de un nuevo dueño.

Lady Appleby condujo a sus dos protegidas hacia un grupo de mujeres. Cuando volvió a mirar a Holbrook, este seguía observando a las mujeres con interés.

—¿Te dijo Cranston que el compromiso puede romperse si ambas partes están de acuerdo?

Holbrook asintió.

—Mencionó algo al respecto. Por eso le preocupa que intentes causar un escándalo y forzar su mano.

Geoffrey frunció el ceño.

—Es reconfortante que mi cuñado me considere un réprobo y crea que actuaré sin considerar cómo afectará a mi hermana.

Holbrook le dio una palmada en el hombro.

—Cranston está siendo sobreprotector. Además, realmente no te conoce.

Geoffrey arqueó una ceja.

—¿Y tú sí?

Holbrook sonrió.

—Aún no, no. Pero podemos remediarlo. Convertirnos en aliados.

Examinó al vizconde. Imaginaba que como sobrino nieto del anterior vizconde, Holbrook no había esperado heredar el título. Aun así, el hombre era un tipo afable y la gente parecía apreciarlo. No podía imaginar que estuviera desesperado por conseguir aliados o amigos.

A menos que...

—Tienes mi permiso para intentar atraer a la señorita Pearson. Es una joven hermosa, y entiendo tu interés.

Holbrook soltó una carcajada sorprendida.

—No tengo prisa por casarme, pero fue un buen intento de tu parte. Aun así, podría sentirme tentado a conocer mejor a la señorita Pearson mayor.

Geoffrey se volvió para examinar a la mujer en cuestión. Eleanor Pearson. Apenas la había notado durante aquel primer encuentro cuando todo lo que quería era escapar de esa sala de estar y de las miradas expectantes de todas las mujeres. Pero definitivamente la estaba notando ahora, y se dio cuenta de que Holbrook tenía razón.

Era imposible no darse cuenta de cuánto había mejorado su apariencia, y no pudo evitar preguntarse si se habría vestido a propósito de manera poco favorecedora aquella mañana. Había estado rígida, llevando un vestido horrible que hacía que su piel pareciera cetrina. En realidad, había pensado que era mucho mayor que su prima. Observándola ahora mientras se reía de algo que Lydia decía, se dio cuenta de que estaba mucho más cerca de su propia edad.

En realidad, era muy atractiva. No poseía la delicada belleza de su prima. No, la belleza de Eleanor Pearson era muy diferente pero innegable. Había algo terrenal en ella con su cabello oscuro y sus ojos oscuros. Era alta, sobrepasando a su menuda prima. Y su edad podría permitirle una medida de libertad que su prima más joven no tendría.

Eleanor Pearson bien podría ser una mujer que valiera la pena conocer mejor. Pero su íntima relación con su *prometida* —cómo odiaba esa palabra— significaba que Geoffrey nunca podría llegar a conocerla íntimamente. Aun así, podría convertirse en algo parecido a una aliada. Tal vez podría solicitar su ayuda para convencer a Lydia de que considerara romper el compromiso y casarse con alguien más.

Recorrió la sala durante la siguiente hora, sin querer caer en el papel que le habían asignado su padre y Appleby. Y ciertamente no iba a ser uno de la multitud de hombres, tanto jóvenes como viejos, que se amontonaban por un espacio en la tarjeta de baile de Lydia Pearson. Si ella quería bailar con él, le reservaría un baile. Si no, no lamentaría la pérdida de la oportunidad.

Podía sentir los ojos de Lady Appleby sobre él mientras saludaba a los amigos cercanos de su cuñado, el Marqués de Lowenbrock y el Vizconde Ashford. Ninguno de los dos hombres había abandonado a

sus esposas como lo había hecho Lord Appleby, y parecía que ellos también estaban felizmente casados.

Ese hecho le había sorprendido cuando Cranston le aseguró que era posible casarse por amor. Geoffrey sabía que la mayoría de los matrimonios realizados entre la alta sociedad seguían el patrón que su padre había establecido tanto para su compromiso como para el primer matrimonio de su hermana.

Pasó algún tiempo hablando con varios de los conocidos que había hecho durante sus semanas en Londres. A algunos los conocía de su época escolar, y a otros los había conocido en White's. Sin embargo, evitó a los hombres que su padre había considerado amigos. No tenía ningún deseo de que le recordaran al hombre.

Durante esa hora, observó lo que sucedía con Lydia y Eleanor. Lady Appleby había abandonado a la pareja poco después de su llegada y había pasado el tiempo mirándolo con desaprobación y chismorreando con un grupo de mujeres mayores.

Al parecer, el papel de Eleanor era actuar como carabina de Lydia para que los padres de la chica pudieran disfrutar de la velada con otros. Archivó esa información por si resultaba útil.

Finalmente, después de que pasara una hora, se acercó a las dos señoritas Pearson entre los bailes.

Lydia acababa de reunirse con su prima después de que su último compañero la dejara con lo que parecía ser gran reticencia. Le molestaba que nadie hubiera pedido a Eleanor que bailara con ellos. Había captado la mirada nostálgica en sus ojos mientras observaba bailar a su joven prima. No podía decir por qué, pero se sintió obligado a compensar ese descuido.

Eleanor lo vio acercarse y se inclinó para susurrar al oído de su prima. Lydia se volvió hacia él con una sonrisa e hizo una reverencia cuando llegó junto a ellas.

—Me alegro de verlo, milord. Justo le estaba diciendo a mi prima que no creía que estuviera aquí esta noche.

Por supuesto que no. Probablemente imaginaba que él se abriría paso a codazos entre todos los demás pretendientes solo para llegar a su lado tan pronto como hubiera sido anunciada.

—Pues aquí estoy.

Su sonrisa iba dirigida a ambas mujeres. Lydia soltó una risita, pero una rápida mirada a Eleanor le indicó que a ella no le hacía gracia. Un ligero ceño se había formado entre sus cejas.

—Estaba hablando con unos amigos, y cuando me di cuenta de que estaban aquí, las vi ocupadas con otras personas. ¿No habrán guardado un baile para mí?

—Por supuesto. Mamá me dijo que te reservara el baile de la cena.

Ella le ofreció su carnet, y él garabateó su nombre en la línea indicada. Esperaba que su sonrisa no pareciera falsa mientras murmuraba algo sobre lo mucho que lo esperaba. Luego se volvió hacia Eleanor Pearson.

—¿Y usted, señorita Pearson? Espero que tenga un hueco en su carnet de baile.

El color subió a las mejillas de la mujer. —No tenía planeado bailar...

Lydia la interrumpió. —Oh, debes hacerlo, Ellie. Odio la idea de que te quedes aquí mirando cómo me divierto. Ser mi carabina no significa que no puedas disfrutar también esta noche.

—Bueno, quizás solo un baile.

—Excelente —dijo él antes de que ella pudiera cambiar de opinión—. Vendré a buscarla cuando sea el momento.

Les hizo una educada reverencia a ambas y luego se dio la vuelta para marcharse, fingiendo olvidar que no había firmado el carnet de la mujer. Estaba seguro de que habría un vals en algún momento, y volvería a buscarla entonces. Mejor tomarla por sorpresa que arriesgarse a que la señorita Eleanor Pearson encontrara una forma de evitar bailar el vals con él.

Sonrió al darse cuenta de que esperaba ese baile con muchas ganas.

CAPÍTULO CINCO

ELEANOR OBSERVABA a las parejas bailando desde su posición al borde de la pista de baile. El salón era un torbellino de color y movimiento. Las puertas que daban a los jardines estaban abiertas de par en par, y el aire estaba perfumado con el aroma de las flores. Todos los miembros de la alta sociedad debían estar allí esa noche, pero el salón de baile era grande y acomodaba a la multitud sin dificultad.

Se unió a un grupo de mujeres que también estaban relegadas a observar a las parejas bailando desde un lado. La habían acogido en su círculo, y su amigable charla hizo mucho para aliviar su sensación de no pertenecer. Hubo un tiempo en que soñaba con ser la persona que bailaba cada pieza con un apuesto joven. Pero en cambio, ahora era la mujer al borde de la soltería.

Era muy consciente de los movimientos de Hargrove. Se decía a sí misma que solo estaba vigilando al hombre porque algún día se convertiría en su primo por matrimonio y estaba preocupada por la futura felicidad de Lydia. Pero a medida que avanzaba la noche, no podía negar que había algo más en su interés.

Charlaba con las otras mujeres, la mayoría de las cuales estaban en situaciones similares. Acompañantes de mujeres jóvenes que bailaban todas las piezas. La dinámica la fascinaba. ¿Todas las familias poseían una pariente soltera cuyo único propósito en la vida era vigilar a sus jóvenes protegidas?

No podía evitar notar la forma en que Hargrove seguía mirando hacia donde estaban. Al principio pensó que estaba buscando a Lydia, quien había regresado a su lado entre cada pieza. Pero lo hacía incluso cuando Lydia estaba bailando. Seguramente Lord Hargrove debería estar más interesado en observar a su prometida que en lo que ella estaba haciendo.

No quería que la sorprendieran mirando al hombre, pero sus intentos de mantener sus miradas discretas no fueron del todo exitosos. Era como si el hombre poseyera un sexto sentido que le decía que ella lo estaba mirando, porque más a menudo que no, él se giraba para encontrarse con su mirada. Incluso tuvo la audacia de guiñarle un ojo una vez antes de volverse para charlar con un grupo de hombres que parecían decididos a evitar bailar por completo. No podía entender por qué siquiera estaban en el baile.

Pero seguía mirándolo, convencida de que lo pillaría observando a Lydia. En cambio, parecía despreocupado por lo que su prometida estaba haciendo y con quién. Lo que la dejaba preguntándose por qué seguía mirando en su dirección.

Intentó sacudirse todo pensamiento sobre el conde. Lydia acababa de marcharse del brazo de otro hombre, y los observó pasearse hacia la pista de baile. El joven lord —realmente, ¿cómo se podía esperar que recordara el nombre de todos?— le sonreía a su prima como si estuviera en posesión del mayor premio del salón. Eleanor normalmente no sentía que veinticinco años fuera una edad terriblemente avanzada, pero ver a los dos jóvenes de rostro fresco sonriéndose mientras tomaban sus posiciones para lo que era el primer vals de la noche la hizo sentir anciana.

—¿Es ese chico lo suficientemente mayor como para estar aquí?

Eleanor se giró para encontrar que Hargrove se había acercado por detrás. Se cubrió la boca con una mano, ahogando la risa que amenazaba con brotar ante el comentario. Era como si hubiera leído su mente.

¿Por qué Hargrove tenía que ser ingenioso además de apuesto?

Él le ofreció su brazo. —Creo que esta es nuestra pieza.

El bajo timbre de su voz le envió un escalofrío de anticipación. Por el cual se reprendió severamente. Disfrutaría de su baile, pero

no empezaría a tejer fantasías sobre este hombre. No cuando iba a casarse con Lydia.

—Pero este es un vals.

Él arqueó una ceja, y ella odió lo tonta que sonaba.

Bajó la voz y continuó. —Deberías estar valseando con mi prima.

Una esquina de su boca se elevó con diversión. —La señorita Pearson ya está bailando con alguien más.

Él no se alejó, y otros empezaban a murmurar. Se dio cuenta de que estaba causando una escena y tomó su brazo. Se unieron a las otras parejas que esperaban que la música comenzara. Cuando pasaron junto a una Lydia risueña, cuya atención estaba fija en su pareja de baile, respiró hondo e intentó ignorar los nervios que crecían con cada segundo que pasaba.

Los primeros acordes de la música empezaron a sonar, y tuvo que reprimir el deseo de huir. En su lugar, dio un paso hacia los brazos de Lord Hargrove y elevó una plegaria para no pisarle los pies. Solo había valseado con el instructor de baile que habían contratado el año pasado para ayudar a Lydia a prepararse para su debut. El hombre había sido mayor y muy estricto sobre el comportamiento *apropiado*.

Estando en los brazos de Lord Hargrove, Eleanor se sentía de todo menos apropiada.

Para empezar, ella era mucho más alta que otras mujeres y había sido de la misma estatura que el instructor de baile. Pero Hargrove la hacía sentir pequeña y delicada. Era una sensación agradable.

Había una distancia respetable entre ellos, pero era imposible ignorar el calor que él generaba. La mano en su cintura se sentía como si la estuviera marcando a través del vestido. Y a pesar de que ambos llevaban guantes, era más que un poco desconcertante tener sus dedos sostenidos dentro de su palma mucho más grande.

Mientras la guiaba a través de los pasos de baile, no pudo evitar notar que era un excelente compañero de baile. Sabía que sus movimientos eran torpes al principio, su preocupación haciendo que se mantuviera más rígida de lo que debería. Él no dio ninguna indicación de haberlo notado.

Rompió la tensión que se había instalado sobre ella preguntando: —¿Está disfrutando la velada, señorita Pearson?

—La estoy disfrutando más ahora que estoy bailando realmente. —Y así era, incluso si sentía que los dos no deberían estar valseando.

Sus ojos se arrugaron en las esquinas mientras le sonreía. —Me alegro de ser de utilidad.

Dieron una vuelta al salón de baile en silencio antes de que él hablara de nuevo. —Creo que ahora es su turno de continuar la conversación.

Su mente estaba en blanco, así que recurrió a uno de los temas básicos del discurso agradable. —Hace un calor inusual para esta época del año. ¿No lo cree así?

Él se rio entre dientes. —Dígame, señorita Pearson, ¿qué tan cercana es usted a su prima?

Su pregunta tuvo el efecto de calmar y perturbar sus nervios al mismo tiempo. Lydia era un tema común de conversación entre los hombres de su conocimiento —y entre las mujeres también, si era sincera—. Era un estribillo familiar. Pero no podía negar que estaba decepcionada de que solo la hubiera invitado a bailar porque quería hablar de Lydia.

—Somos muy cercanas.

Él ejecutó un giro rápido. Fue tan expertamente realizado que ella no tuvo tiempo de preguntarse si iba a tropezar hasta que volvieron a los pasos estándar del baile. Pero sí notó que ahora estaba una fracción más cerca de él. Todavía había una distancia respetable entre ellos, pero no podía negar que su proximidad la inquietaba.

—¿Cuáles son los sentimientos de su prima respecto a nuestro compromiso? Puede ser honesta conmigo.

Se veía tan tranquilo, y le molestaba que él estuviera totalmente imperturbable cuando ella apenas podía respirar. —Cree que eres viejo.

Él soltó una carcajada. —Tendrá para elegir entre muchos pretendientes esta temporada.

Su falta de preocupación le molestaba. —¿Acaso necesita pretendientes cuando ya te tiene a ti?

Él entrecerró los ojos mientras la examinaba. —Tu tío me ha dicho que ella no desea que nadie se entere del acuerdo.

Eleanor suspiró. —Si te preocupa que no cumpla con su deber...

—En realidad, es todo lo contrario.

Eleanor no tenía idea de lo que estaba diciendo. El hombre hablaba en acertijos. —¿Te preocupa que cumpla con su deber?

—No deseo casarme.

Su mirada se mantuvo firme sobre la de ella, y podía notar que estaba diciendo la verdad. Su boca se abrió, pero luego la cerró de golpe.

—¿No deseas casarte en absoluto?

Él se encogió de hombros mientras los guiaba pasando junto a una pareja que bailaba y que casi tropezó con ellos. —Supongo que me casaré algún día. Fue bastante impactante enterarme de que sería tan pronto.

Ella solo podía mirarlo fijamente. —No lo entiendo. Seguramente tu padre te habría hablado del compromiso.

Sus labios se torcieron en una mueca irónica. —Veo que desconoces lo que sucede en demasiadas familias. El comportamiento de tu tío es muy inusual. Está teniendo en cuenta las preferencias de su hija y le está permitiendo cierta libertad esta temporada simplemente porque ella lo desea. Mi padre, por otro lado, no vio la necesidad de consultarme cuando hizo este arreglo.

Seguramente no lo estaba escuchando correctamente. —Tengo entendido que ha estado en vigor durante varios años.

—Y yo me enteré de ello en su lecho de muerte.

Sintió una punzada de simpatía por el hombre. Sabía que a menudo se entregaba a las mujeres en acuerdos matrimoniales que las condenaban a una vida infeliz. Pero nunca había imaginado que lo mismo pudiera ser cierto para los hombres.

Ahora podía entender por qué no parecía afectado por la belleza de Lydia. No deseaba casarse. No importaría quién fuera la mujer cuando lo estaban obligando a aceptar el acuerdo. Y enterarse justo

antes de asumir su título, cuando sin duda esperaba disfrutar de años de libertad, debió haber sido un golpe amargo.

Aun así, si iba a ser obligado a casarse, al menos su padre había hecho una excelente elección. —Puedo asegurarte que serás muy feliz con mi prima.

Sus ojos recorrieron su rostro. —Tal vez. Pero es enteramente posible que ella pueda encontrar a alguien más de su agrado esta temporada.

Ella sonrió con simpatía, comprendiendo sus temores, y buscó tranquilizarlo. —Puedo ser tu aliada. Le haré saber a Lydia que te has comportado muy agradablemente conmigo. Y que mis impresiones sobre ti son positivas. Puedo instarla a que te tome en seria consideración. Aunque seas bastante viejo.

Había esperado provocarle una risa. En cambio, su boca se curvó hacia un lado como si ella hubiera dicho algo incorrecto.

—Por favor, no lo hagas.

No sabía qué decir a eso. El silencio se extendió entre ellos, y a medida que pasaba el tiempo, ella se sentía más incómoda. Pero no se le ocurría nada que decir para aliviar la tensión.

No ayudaba que Hargrove la estuviera mirando fijamente como si intentara leerle la mente. Finalmente, la música se intensificó y él ejecutó un giro complicado. Si hubiera sido un compañero menos competente, ella se habría encontrado girando hacia otra pareja. En cambio, la atrajo de vuelta a sus brazos.

Ella dejó escapar una pequeña risa. —Cuando nuestro instructor de baile intentó enseñarme a hacer eso, terminé girando contra la pared.

—No debía ser muy bueno. Lo estás haciendo muy bien ahora.

Estaba siendo generoso, pero no sería cortés entrar en una discusión sobre el tema. —Tengo un excelente compañero.

Él la acercó un centímetro más, y su respiración se entrecortó. —No dejaré que tropieces, señorita Pearson.

Algo en el bajo timbre de su voz, la forma en que sus ojos se estrecharon sobre sus labios cuando ella los humedeció, hizo que su corazón diera un extraño vuelco. Lo cual era una reacción desastrosa para tener hacia el hombre con quien su prima iba a casarse.

—A mi prima le encanta bailar —soltó de repente—. Espero que el baile de la cena también sea un vals para que ustedes dos puedan empezar a conocerse mejor.

Él no respondió, pero aumentó el espacio entre ellos. Una pequeña y egoísta parte de su alma se sintió descontenta por la creciente distancia, tanto física como emocional, que se había producido como resultado de sus palabras. Pero ambos necesitaban un recordatorio de que, aunque él no lo deseara, *iba* a casarse con Lydia.

CAPÍTULO SEIS

GEOFFREY ENTRÓ en White's alrededor del mediodía. No se habría molestado, pero Holbrook le había avisado que estaría allí esa mañana. Y Geoffrey necesitaba a alguien con quien discutir su dilema actual. Alguien que no fuera Abigail. No podía seguir agobiándola con esto cuando no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Ya había sufrido bastante bajo los dictados de su padre. Era su responsabilidad salir de esta situación por sí mismo.

Divisó a Holbrook charlando con un grupo de hombres que estaban acomodados junto al famoso ventanal del club. Antes de que Geoffrey pudiera unirse a ellos, Holbrook lo vio. Dijo algo al grupo y se acercó para reunirse con él.

Se encontraron junto a la chimenea y se acomodaron en unos sillones.

Holbrook se reclinó en su asiento y lo examinó.

—Veo que por fin te levantaste de la cama.

Se encogió de hombros, negándose a disculparse. Ambos sabían que la mayoría de la alta sociedad aún estaba en la cama.

—Fue una noche larga. ¿Y tú? No te vi salir.

Holbrook sonrió.

—Desaparecí en la sala de cartas. Tu futuro suegro estuvo allí toda la noche. Es un astuto jugador de cartas, nunca apuesta más de lo que puede permitirse perder. Y ganaba más a menudo que no.

Eso no era lo que quería oír. Las cosas serían mucho más fáciles si Appleby fuera más propenso a actuar antes de pensar bien las cosas.

—¿Cuándo fue eso? La última vez que te vi, parecías contento bailando —Una de esas mujeres con las que había bailado era Eleanor. No podía decir por qué eso le había molestado. No era como si tuviera algo que decir sobre sus compañeros de baile.

—Me cansé mucho antes del baile de la cena. Se volvió bastante tedioso tratar de evitar a todas las jóvenes debutantes de este año que están desesperadas por casarse. Hay mucha más diversión con las mujeres mayores que están más abiertas a otros arreglos. Pero basta de mí. ¿Cómo te fue a ti?

Se encogió de hombros.

—Me quedé hasta el final.

Holbrook frunció el ceño.

—Por Dios, hombre, no me hagas sacártelo a tirones. ¿Qué pasó? Todavía estabas merodeando por los bordes de la sala cuando abandoné el campo.

Chasqueó la lengua.

—Abigail no me dijo que fueras tan chismoso.

Una comisura de la boca de Holbrook se elevó.

—No es chisme si le pregunto directamente a la persona por información. Ahora suelta los detalles.

Geoffrey negó con la cabeza.

—No hay mucho que contar. Hablé con la gente y bailé algunas veces.

—Ya están llamando a la señorita Lydia Pearson la joya de la temporada. ¿Bailaste con ella más de una vez?

Geoffrey dejó escapar un suspiro frustrado.

—Para cuando llegué a ella, esperaba que todos sus bailes ya estuvieran comprometidos. Pero me reservó el baile de la cena.

—¿Entonces estaba tan segura de ti?

—Honestamente no me vio hasta que me acerqué. Estaba tan ocupada con sus otros admiradores. Me sorprendió encontrarla a ella y a su prima solas por un breve momento.

—Pero te reservó el baile de la cena. Eso es un anuncio para los demás de que ocupas un lugar preferencial en su estima.

Sus labios se torcieron hacia un lado.

—Si hubiera esperado veinte minutos más, le habría dado ese honor a otro. Solo esperó tanto porque su madre le había indicado que dejara ese baile libre para mí.

Un lacayo se acercó entonces, y su conversación se detuvo mientras ambos pedían café. Más gente estaba llegando al club, así que no estaba seguro de cuánto tiempo más podrían continuar esta conversación. No quería que nadie los escuchara. Appleby había dicho que Lydia no quería que la gente supiera sobre su compromiso hasta el final de la temporada. Eso le daba a Geoffrey unos meses para encontrar una salida.

Esperaron mientras el lacayo servía sus bebidas y luego se dirigió al grupo que aún estaba sentado junto al ventanal, cuyos miembros se estaban volviendo cada vez más bulliciosos. Por los fragmentos que podía escuchar, tenía que ver con uno de los proyectos de ley que se habían presentado en la Cámara de los Lores. Debería estar prestando más atención a tales asuntos, pero su próximo matrimonio consumía todos sus pensamientos.

Holbrook bebió de su taza antes de continuar con su búsqueda para descubrir cada detalle sobre la velada.

—¿Se alegró de verte?

Se encogió de hombros.

—Por lo que pude notar, no me mostró ninguna preferencia.

—¿Y cómo te hace sentir eso? ¿Alguna duda sobre terminar el compromiso?

—Me siento condenadamente aliviado. Significa que hay una excelente posibilidad de que alguien más pueda alejarla de mí. Y como viste, muchos están dispuestos a intentarlo.

Holbrook negó con la cabeza.

—¿Sabes por qué Appleby está tan empeñado en esta unión? Sin ofender, y el cielo sabe que me superas en rango como conde, pero la señorita Pearson no tendría dificultad en asegurar un marqués o un duque.

—Me he preguntado lo mismo, así que hice otra visita a mi abogado.

—¿Y?

Geoffrey se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

—Creo que tiene que ver con tierras. No se especifica directamente en el acuerdo de compromiso, pero me enteré de que hace varios años, Appleby vendió la mayoría de sus tierras no vinculadas a mi padre.

—Entonces eso sería. Parece que Appleby quería asegurar tanto como pudiera para las generaciones futuras. Como no tiene un heredero varón, todo irá a alguien más.

Asintió.

—Eso es lo que supongo también. Vendió la propiedad que no estaba vinculada a mi padre con el entendimiento de que su hija se casaría conmigo. Por lo tanto, podría mantener tanto como pudiera para sus descendientes directos.

Holbrook frunció el ceño.

—¿Y tu abogado no te dijo esto cuando te habló del acuerdo de compromiso?

Geoffrey resistió el impulso de soltar una risa amarga.

—No. Parece que el hombre aún es leal a cumplir los deseos de mi padre.

—Necesitas un nuevo abogado. Puedo darte el nombre del mío.

Asintió.

—Investigaré eso pronto. No necesito otra persona en mi vida tratando de controlar lo que hago.

El conde de Stanley entró entonces en la sala con aire despreocupado, y Geoffrey le clavó la mirada. Había estado en el baile de los Clarington ayer y el germen de una idea comenzó a formarse.

—Stanley —lo llamó cuando parecía que iba a unirse al grupo junto a la ventana.

El hombre se volvió hacia él y asintió a modo de saludo antes de unirse a ellos.

Geoffrey lo presentó a Holbrook y luego lo examinó mientras el conde se dejaba caer en un sillón. Tenían la misma edad y habían sido compañeros en Cambridge. Era un tipo bastante agradable, pero tenía una vena competitiva que a veces lo hacía un poco difícil de soportar.

Sin embargo, su padre era un marqués, y Geoffrey había oído que el hombre ejercía una gran presión sobre su hijo para asegurarse de que fuera el mejor en todo. Por alguna razón, Stanley prosperaba bajo esa presión.

Holbrook le sonrió al hombre.

—¿Hace mucho que conoces a Hargrove? ¿Tienes alguna anécdota embarazosa que compartir sobre él?

Geoffrey frunció el ceño, pero Stanley se rio.

—Más de una, ya que fuimos compañeros de clase, pero me atrevería a decir que él podría decir lo mismo de mí. Creo que guardaré mis historias para cuando él no pueda avergonzarme también.

Holbrook hizo una mueca.

—Qué lástima. Tendré que buscarte en otro momento entonces.

Stanley se reclinó en su silla y los examinó a los dos.

—¿Qué hacen ustedes hoy? Creo que los vi a ambos en el baile de Clarington anoche.

Geoffrey asintió.

—Estuvimos allí. Justo hablábamos de que quizás sea hora de buscar esposas.

Los ojos de Holbrook se abrieron una fracción ante la mentira, pero no negó la afirmación. Buen hombre.

Stanley lo examinó, y Geoffrey pudo ver exactamente lo que estaba pensando.

—¿En quién tenías pensado?

Levantó un hombro en un gesto casual. Esperaba que sus escasas dotes de actuación fueran suficientes para mantener esta farsa.

—Mi padre era buen amigo de Appleby. Creo que siempre esperó una unión entre yo y la hija del hombre.

La mayoría de sus compañeros de clase sabían que no le caía bien su padre, así que añadió:

—Nunca he sido de los que siguen sus planes, pero después de conocer a la joven, creo que puedo hacer una excepción en este caso.

Stanley permaneció casi sobrenaturalmente quieto. Finalmente dijo:

—Yo mismo bailé con la señorita Pearson anoche.

—¿Ah, sí? —En realidad, Geoffrey no se había molestado en llevar la cuenta de todos los hombres que habían bailado con Lydia. Realmente no le había importado. Pero ahora sí.

—Sí. De hecho, voy a visitarla más tarde hoy.

Holbrook se rio.

—Tú y todos los demás solteros elegibles de la ciudad.

Geoffrey observó al hombre con atención mientras decía:

—Yo mismo pensaba ir a visitarla.

No quería hacerlo, pero Appleby lo esperaría, especialmente después de haber bailado con su hija ayer. Sin embargo, si podía avivar la vena competitiva de este hombre, la visita valdría la pena.

Stanley se puso tenso. Sus ojos se habían estrechado, y Geoffrey tuvo que esforzarse por no sonreír. Al conde no le gustaba perder. Se casaría con Lydia para vencer a un rival. Ayudaba que a la señorita Pearson ya la llamaran la joya de la temporada.

Stanley se puso de pie, claramente deseando ponerse en marcha con su nueva misión en la vida: vencer a Geoffrey en ganar la mano de la encantadora Lydia Pearson.

—Había planeado reunirme con unos amigos en la sala de billar y voy con retraso. Pero nos veremos en la casa de los Appleby más tarde.

Stanley se despidió con una pequeña reverencia. Geoffrey ya no pudo ocultar su sonrisa mientras veía al hombre alejarse como si la sala estuviera en llamas.

Holbrook esperó hasta que Stanley hubo salido de la sala de la mañana antes de hablar.

—Eres un genio malvado.

Geoffrey se rio.

—Fue demasiado fácil. El hombre odia perder. Y cuando el premio es alguien tan codiciada como la señorita Pearson... —Se encogió de hombros—. Gracias a Dios que Stanley no ha cambiado. Siempre fue una molestia.

—¿Y no tienes reparos en lanzárselo a la señorita Pearson?

Geoffrey se encogió de hombros otra vez.

—Aparte de su impulso por siempre salir en la cima, es un tipo bastante agradable. Nunca he oído a nadie hablar mal de él. Será el marido perfecto para Lydia.

—Y un día será marqués. ¿Tienen dinero?

Asintió.

—Una cantidad obscena. Appleby sería un tonto si lo rechazara solo para insistir en seguir adelante con un matrimonio entre su hija y yo.

—¿Y la tierra que le vendió a tu padre?

—El abogado está dando largas para proporcionarme los detalles, pero estoy seguro de que no puede valer más que lo que su hija ganaría casándose con Stanley.

Holbrook negó con la cabeza.

—La vida no siempre sale según lo planeado. Podrían descubrir que no son compatibles.

Intentó no hacer una mueca ante la idea.

—Entonces tendré que encontrar a alguien más. No será difícil. Estoy seguro de que su casa de Grosvenor Square estará llena de hombres esta tarde, todos compitiendo por el papel de futuro marido de la señorita Pearson.

CAPÍTULO SIETE

LORD HARGROVE LLEGÓ PUNTUALMENTE a las cuatro y media de la tarde. Había sido uno de los muchos pretendientes que habían visitado a Lydia la tarde anterior y se le había concedido permiso para llevarla a dar un paseo por Hyde Park hoy durante la hora de moda.

La orden de tía Helen de hacerlo esperar esta tarde no tenía sentido. Peor aún, Eleanor temía que esto le hiciera reconsiderar el aparente cambio de opinión que había tenido.

Después de su conversación en el baile de los Clarington, se había sorprendido al oírle hacer la invitación. Él le había confesado que no quería casarse con Lydia, pero debía haber cambiado de opinión. Al menos parecía que había decidido que era mejor conocerla mejor.

El baile de la cena había sido otro vals. Eleanor se había quedado a un lado observando cómo bailaban los dos. Eran opuestos en todos los sentidos, pero nadie podía negar que hacían una pareja encantadora. Hargrove era alto y de cabello oscuro, mientras que Lydia era menuda y rubia. Se complementaban perfectamente.

Ahora ella y Lydia esperaban en la sala de música. Lydia llevaba un vestido de día blanco, mientras que Eleanor había vuelto a su atuendo habitual de un sencillo vestido de mañana. Pero al menos no era el horrible vestido amarillo. Lydia había cumplido su palabra y

se lo había dado a una de las criadas. Este era un vestido sencillo de muselina azul, pero el color le favorecía a su piel.

Cuando el lacayo les informó que Lord Hargrove había llegado, esperaron diez minutos, tal como había ordenado tía Helen. A Eleanor le desagradaba la idea de hacerlo esperar, y los minutos se alargaron interminablemente.

Finalmente se les permitió salir de la sala de música. Tía Helen y Lydia caminaron del brazo para reunirse con su invitado en el salón, y Eleanor las siguió.

Tuvo que morderse la lengua para no disculparse por haberlo hecho esperar. En su lugar, tomó su posición junto a Lydia e hizo todo lo posible por desaparecer. Normalmente no tenía que intentarlo, pero Hargrove tenía la mala costumbre de mirarla e incluirla en la conversación mientras charlaban sobre el clima y los diversos bailes a los que asistirían.

Finalmente, tía Helen los dejó ir con efusivas sonrisas dirigidas a Hargrove. Él hizo una reverencia educada y luego le ofreció el brazo a Lydia. Eleanor trató de ignorar la pequeña punzada de emoción mientras caminaba detrás de ellos hacia el carruaje. Definitivamente no estaba celosa.

Hargrove ayudó a Lydia a subir al carruaje descubierto antes de volverse hacia ella y tenderle la mano. Eleanor dudó un momento, recordando cómo se había sentido al poner su mano en la de él cuando habían bailado el vals. Apartando el recuerdo, aceptó la mano que le ofrecía.

Este hombre no debería ponerla tan nerviosa. A pesar de las reservas que le había confesado, se casaría con su prima al final de la temporada. Cuando eso sucediera, los vería juntos a menudo.

Su pulgar se deslizó por el dorso de su mano cuando ella puso el pie en el primer escalón, y la sorpresa de la caricia hizo que tropezara. Sus dedos se apretaron sobre los de ella, y sus miradas se encontraron y se mantuvieron durante varios largos momentos.

—¿Te has hecho daño, Ellie? —La genuina preocupación de Lydia rompió la tensión entre ellos.

El calor subió a las mejillas de Eleanor mientras subía al carruaje. —Calculé mal la altura del escalón, pero estoy bien.

Lydia sonrió. —A mí me pasó eso el año pasado y me torcí el tobillo.

Hargrove subió de un salto al carruaje y se acomodó en el asiento frente a ellas.

Lydia mantuvo un constante flujo de charla mientras el carruaje avanzaba hacia el parque. El rumor de la voz de Hargrove, que añadía alguna palabra aquí y allá, hacía que Eleanor luchara por no removerse en su asiento a pesar de que sus palabras eran un poco distantes, aunque educadas. Lydia no parecía notarlo, pero Eleanor no podía evitar recordar cómo él la había acercado cuando bailaban y había jurado no dejarla tropezar. La había atrapado de nuevo ahora, pero también había sido la causa de su tropiezo. Sin embargo, estaba segura de que había sido un accidente. Un producto de su imaginación hiperactiva.

Eleanor mantuvo la mirada baja durante el trayecto, resistiendo la tentación casi abrumadora de mirar fijamente a Hargrove. Tenía que recordarse constantemente que solo estaba allí porque actuaba como carabina de Lydia. Hargrove nunca la invitaría a ella ni la llevaría a Hyde Park.

Grosvenor Square estaba justo al lado del parque, por lo que pronto llegaron a su destino.

Los ojos de Lydia escudriñaron la multitud. —Nunca he estado aquí durante la hora de moda. No esperaba que hubiera tantos carruajes. ¡Oh, y también se puede pasear! ¿Podemos caminar?

Eleanor sonrió. Era imposible no contagiarse del entusiasmo de su prima. También sabía que a Lydia le encantaba charlar con la gente y que odiaría estar aislada de todos si se quedaban en el carruaje.

—Por supuesto —dijo él antes de volverse para indicar al conductor que los esperara al final del paseo.

Las ayudó a bajar, y Eleanor tuvo cuidado de no tropezar. Por supuesto, esta vez no se permitió reaccionar exageradamente ante la sensación de su mano en la de él. Ciertamente no le había acariciado la mano con el pulgar. Se había imaginado la sensación.

Él ofreció su brazo a Lydia, pero sus ojos se encontraron con los de Eleanor por encima de la cabeza de su prima. Eleanor se obligó a

apartar la mirada y esperar a que la pareja pasara delante de ella. Como su carabina, los seguiría. Invisible.

CAPÍTULO OCHO

GEOFFREY SE ENCONTRÓ MIRANDO CONSTANTEMENTE a la mayor de las señoritas Pearson. Había bailado el vals con Lydia y su prima durante el baile de los Clarington, y había disfrutado más bailando con Eleanor. Ella lo intrigaba, pero no podía decir por qué. Era evidente que estaba completamente dedicada a su prima, y aun así él seguía pensando que podría hacerla entrar en razón.

Era imposible ignorarla a pesar de que parecía hacer todo lo posible por fundirse con el fondo, como estaba haciendo ahora. Por alguna razón, ese hecho le molestaba. Lo atribuía a la forma en que ella parecía creer que era demasiado mayor para ser notada por los miembros del sexo opuesto. Sin embargo, su hermana era mayor que ella y estaba recién casada y embarazada. Le molestaba pensar que muchos habrían puesto a Abigail en la misma categoría que Eleanor: mujeres demasiado mayores para considerarlas para algo más que un revolcón rápido.

Lydia Pearson era claramente la belleza de la familia, pero nadie diría que Eleanor era poco atractiva. Su cabello castaño medio hacía que su piel pálida pareciera casi translúcida. Y cuando la había mirado a los ojos marrones mientras bailaba con ella, no pudo evitar sentir que escondían todo tipo de secretos.

Con la señorita Pearson más joven, sentía que ya sabía todo lo que había que saber sobre ella. Era bastante agradable, pero le resultaba imposible preocuparse mucho por las cosas que la

absorbían. Ahora mismo estaba mirando alrededor, preocupada solo por saber quién más estaba allí.

Pero Eleanor... Casi se sentía obligado a exponer sus secretos. Ella mantenía todo cuidadosamente oculto, y él quería saber lo que estaba pensando. Era muy consciente de su presencia justo al otro lado de Lydia, un paso detrás de ellos. La discreta carabina.

Miró a Lydia, que saludaba a todos los que pasaban. Pero había una cualidad ferviente y escrutadora en su mirada que le hizo preguntarse si estaba buscando a alguien en particular.

—¿Le gusta leer, señorita Pearson? —preguntó.

Lydia arrugó la nariz.

—No. Ellie siempre intenta animarme a leer más, pero nunca he sido una gran lectora. Y ni siquiera me hagas empezar con la poesía.

Dio un pequeño escalofrío que él supuso que era lindo. Pero le hizo sentir lástima por ella. No podía entender por qué la sociedad intentaba desalentar la lectura en las mujeres jóvenes. Era un pasatiempo que él también disfrutaba.

—Entonces, ¿cómo pasa el tiempo?

—Me gusta practicar con el pianoforte. Y disfruto dibujando, pero no soy ni de lejos tan talentosa como Eleanor.

Esperó a que ella retomara el hilo de la conversación, pero no dijo nada más. Estaba más interesada en saludar y sonreír a la gente que pasaba que en intentar conocerlo. De repente, tuvo la imagen de estar atado para siempre a una mujer que apenas le hablaba. Eso no serviría.

—Tu padre me habló de tus planes para esta temporada.

Ahora tenía su atención.

—¿Mis planes?

—Me dijo que estabas decidida a disfrutar al máximo los próximos meses y que no deseabas que se conociera nuestro *arreglo*.

Su boca se convirtió en un puchero que estaba seguro que haría que muchos se tropezaran consigo mismos para aliviar sus preocupaciones.

—Espero que no te importe. Pero pensé que era muy injusto esperar que nos casáramos tan pronto. Mi primera temporada

apenas está comenzando.

Él asintió.

—Lo entiendo perfectamente. Y estoy de acuerdo contigo.

Ella frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Difícilmente se puede esperar que estés contenta de encadenarte a alguien que acabas de conocer. Es perfectamente razonable que quieras algo de tiempo para disfrutar.

Ella ahora asentía.

—Me alegro tanto de que estés de acuerdo. Mamá dijo que podrías querer presionar el asunto de nuestro matrimonio.

Él deseó que ella dejara de hablar de manera tan animada. La gente ya estaba mirando en su dirección. Dentro de poco, todos sabrían que estaban comprometidos.

—Nunca querría forzarte a hacer algo que no desees. Solo tendrás una primera temporada. Es justo que la disfrutes.

Dudó un momento, preguntándose cuánto presionar el asunto. No quería ofender a la señorita Pearson y arriesgarse a la ira de sus padres. La necesitaba de su lado.

—Está claro que tu madre te adora. Y cuando hablé con tu padre, pude ver que se preocupa mucho por ti.

Lydia sonrió.

—Soy muy afortunada. Mamá y papá son maravillosos. Y por supuesto también tengo a Ellie. Es tan paciente conmigo. —Bajó la voz—. Estoy segura de que a veces pongo a prueba su paciencia, pero nunca lo demuestra.

Él guardó esa pequeña pepita de información sobre Eleanor.

—¿Tus padres harían cualquier cosa por ti?

Lydia asintió, contenta con su conocimiento de que Lord y Lady Appleby moverían cielo y tierra por ella. Pero ¿estarían de acuerdo en romper su acuerdo si ese fuera el deseo de la señorita Pearson?

—No soy de los que fuerzan a alguien a casarse conmigo si no lo desea. La noción de compromisos forzados me resulta aborrecible.

La atención de Lydia se había desviado hacia una pareja que parecía estar enfrascada en una acalorada discusión, pero sus palabras la hicieron mirarlo de nuevo. Sus cejas se juntaron.

—¿Estás diciendo que encuentras aborrecible la idea de casarte conmigo?

Él maldijo en silencio. Tendría que ser más cuidadoso con su elección de palabras.

—Estoy diciendo que ninguno de los dos conoce al otro. Es muy posible que descubras que no deseas casarte cuando termine la temporada.

Ella sopesó sus palabras durante un minuto, y él se obligó a esperar. Cuando finalmente habló, sus ojos estaban nublados.

—Pero ya estamos comprometidos.

Ya había llegado hasta aquí y tenía que continuar. Podrían no tener otra oportunidad de hablar sobre este tema. Echó un rápido vistazo a Eleanor, cuyas cejas estaban fruncidas en concentración. Tanto él como Lydia habían suavizado sus voces, y esperaba que ella no pudiera escuchar su conversación. Sospechaba que arrastraría a Lydia lejos de su lado si pensaba que estaba hablando con su prima sobre la posibilidad de romper su compromiso.

—Mi abogado ha revisado el contrato. El compromiso puede romperse si ambas partes están de acuerdo.

Los ojos de Lydia se abrieron de par en par.

—Así que estás diciendo...

—Que no es necesario tomar decisiones ahora mismo a pesar de lo que tus padres puedan creer. Deberías aprovechar estos próximos meses para mirar a tu alrededor. De todos modos planeabas disfrutar de tu temporada, así que nada cambiará en ese aspecto. Pero si encuentras a alguien más que capture tu interés... —Levantó un hombro en un encogimiento casual—. Si te enamoras de otro, lo entenderé y me retiraré.

Lo miró de reojo, y era evidente que no sabía si creerle o no.

—Pensaba que los hombres no creían en esas tonterías. Que se casaban solo por razones prácticas.

Él no pudo contener una pequeña sonrisa.

—Antes pensaba que casarse por amor era una idea necia. Pero he visto a mi hermana y su esposo demostrar que esa suposición es incorrecta. No tengo duda alguna de que están enamorados el uno del otro. El suyo es un matrimonio feliz.

Lydia le sonrió, con una expresión de asombro en su rostro. Parecía decir que lo estaba viendo por primera vez.

—Y tú quieres eso para ti.

—Y para ti también. No hay razón para atarnos a una unión práctica formada por nuestros padres antes de conocernos cuando ambos podríamos tener más.

—¿Y qué pasa si decido que *quiero* casarme contigo?

Geoffrey miró fijamente a la mujer que se aferraba a su brazo. No sería un sacrificio casarse con ella. Probablemente podrían estar lo suficientemente contentos juntos. Pero no había mentido cuando habló sobre querer lo que su hermana había encontrado con el Barón Cranston. Lo que la pareja había encontrado el uno en el otro. Geoffrey podría burlarse de su comportamiento cada vez que los visitaba, pero al ver la forma en que se miraban... No creía que alguna vez tendría eso con Lydia Pearson.

Sintió un hormigueo entre los omóplatos y tuvo la extraña sensación de que podía sentir los ojos de Eleanor sobre él. Se obligó a no volverse para mirarla y mantuvo su mirada en Lydia.

—Tenemos tiempo antes de que decidas. Meses. No nos apresuremos, no cuando tu felicidad futura está en juego.

Lydia consideró sus palabras durante un tiempo antes de soltar un suspiro.

—Lo que dices tiene mucho sentido.

Él reprimió una sonrisa.

—¿Entonces?

Ella asintió.

—Podemos tener esta discusión de nuevo al final de la temporada. Y me alivia tener tu permiso para considerar otros pretendientes.

Él arqueó una ceja.

—Ya estabas entreteniendo a un gran número de ellos ayer cuando te visité.

Ella se rió.

—En realidad no estaba considerando la posibilidad de ser libre para casarme con alguien más. Pero ahora todo es diferente. Por supuesto, tendré que hablar con Ellie sobre esto.

Geoffrey sintió una punzada y se dijo a sí mismo que era solo alarma. Eleanor bien podría intentar disuadir a su prima de buscar en otra parte. Ya le había dicho que intentaría ayudar a convencer a Lydia de lo maravillosa que sería su unión.

—¿Se lo dirá a tus padres? Bien podrían insistir en que nos casemos de inmediato si supieran que estamos discutiendo esto.

Lydia le sonrió como si fuera tonto.

—Oh, no, Ellie es un encanto. No haría nada que me lastimara.

CAPÍTULO NUEVE

UN EXTRAÑO SENTIMIENTO de inquietud invadió a Eleanor durante el resto del día, sin que pudiera explicar exactamente por qué. Primero le había molestado ver a Lydia paseando del brazo de Lord Hargrove por Hyde Park. Se dijo a sí misma que no era porque *ella* quisiera estar del brazo de él. Jamás desearía anteponer su propia felicidad a la de su prima.

No, simplemente era que al presenciar cómo los dos hablaban en voz baja, ignorando a todos a su alrededor durante largos períodos mientras entraban en su propio mundo, se había dado cuenta de que ella también quería experimentar eso.

Pero no con Lord Hargrove, por supuesto.

Y luego, después de que regresaron a casa, Lydia había compartido con ella el tema de esa intensa conversación. Eleanor no sabía exactamente qué había esperado. Hargrove le había dicho que no deseaba casarse con Lydia, pero ella había empezado a pensar que solo estaba siendo obstinado. Habría sido un shock enterarse del compromiso después de que su padre lo hubiera mantenido en secreto durante tantos años. Pero Lydia era encantadora y deliciosa. Eleanor estaba segura de que todo lo que él necesitaría era pasar algo de tiempo con su prima y él también caería bajo su hechizo.

Había pensado que estaba presenciando su cambio de opinión ayer en Hyde Park. En su lugar, él le había dicho a Lydia que era

libre de entretener a otros pretendientes y que accedería a romper el compromiso si ese era su deseo.

No esperaba que él compartiera esa información con Lydia. Y en lugar de estar molesta ante la idea de que el muy apuesto y elegible Hargrove no fuera uno de los hombres que la persiguieran ansiosamente esa temporada, Lydia estaba encantada.

Toda la situación desconcertaba a Eleanor. Ella habría estado desconsolada si estuviera en el lugar de su prima.

Asistieron a un concierto esa noche, y Lydia deleitó a los invitados reunidos con su habilidad en el pianoforte. Eleanor nunca había tenido inclinación musical, algo por lo que estaba infinitamente agradecida porque significaba que nunca tendría que actuar frente a otros. Lydia, sin embargo, prosperaba bajo la atención.

Lord Hargrove ya les había dicho que no asistiría a la pequeña reunión de esa noche, así que Eleanor se había ahorrado la preocupación de verlo de nuevo. Pero al final realmente no importaba porque no podía dejar de pensar en el hombre.

Después de regresar a casa por la noche, se metió en la cama con un solo objetivo en mente. Quedarse dormida y dejar atrás los pensamientos sobre Lord Hargrove y su desconcertante comportamiento.

Se despertó temprano a la mañana siguiente, mucho antes que los demás miembros de la casa. Sus tranquilas mañanas le venían muy bien. Disfrutaba de sus actividades privadas cuando su tía y su prima no exigían su tiempo. Y más tarde visitaría la biblioteca circulante de Hatchards, donde aprovecharía la suscripción que había comprado con parte de su dinero para gastos personales.

Pidió que le subieran el desayuno a su habitación y luego centró su atención en trabajar en su último dibujo. Las mañanas eran la única oportunidad que había tenido para dibujar desde que llegó a Londres. Últimamente había estado trabajando en perfeccionar sus habilidades para dibujar personas.

Tenía varios dibujos de su tía y su tío, y por supuesto Lydia era su modelo favorita. Incluso había intentado dibujarse a sí misma. Pero hoy tenía otro modelo en mente. Lord Hargrove.

Dudó solo un momento antes de ceder a la tentación. Dibujó rápidamente de memoria, su lápiz moviéndose sobre la página con trazos suaves mientras intentaba capturar al hombre. Se dijo a sí misma que podría dárselo a Lydia como regalo si los dos decidían seguir adelante con su compromiso. Y si no lo hacía, no sería el primer hombre que dibujaba. A menudo hacía dibujos de vecinos y amigos de la familia, tanto hombres como mujeres.

Su intención era que fuera un boceto rápido con solo los detalles suficientes para dejar claro quién era el sujeto. No fue hasta que se encontró tratando de capturar el brillo que había visto en sus ojos cuando estaban bailando el vals que se dio cuenta de que este dibujo era más detallado de lo que había planeado.

Frunció el ceño ante la imagen, considerando si debería detenerse. Pero no, estaba dominada por la necesidad de terminarlo.

Pasó una hora antes de que mirara la imagen con ojo crítico. Lo había dibujado como había aparecido ayer, sentado en el banco del carruaje frente a ella y Lydia. Pero en el dibujo no estaba sonriendo a su prima, con ese infernal brillo en sus ojos, sino a ella.

Con un suspiro, dejó el lápiz. No podía quedarse sentada allí todo el día, mirando la imagen del hombre. Tuvo cuidado de colocarlo en medio de la pequeña pila de sus otros dibujos.

Las voces en el pasillo le indicaron que el resto de la casa ya estaba despierta. Miró el reloj de la repisa y vio que era casi mediodía. Tendría que darse prisa antes de que fuera demasiado tarde para llevar a cabo su otro encargo del día.

Tenía el permiso de su tía para visitar la librería Hatchards. Varios hombres habían indicado su deseo de visitar a Lydia esa tarde, y la tía Helen supervisaría esas visitas. No se requería la presencia de Eleanor.

Se dirigió a la habitación de Lydia para ver cómo estaba su prima. Pero no debería haberse preocupado. Muchos de los nuevos vestidos que habían encargado habían llegado, y la doncella de Lydia ya le estaba recogiendo el cabello. Su prima estaba en su elemento, charlando sobre quién esperaba que la visitara más tarde esa tarde. Ni siquiera mencionó a Lord Hargrove.

Después de escuchar las reflexiones de su prima durante varios minutos, Eleanor se despidió. Una de las doncellas, una joven que era nueva en el personal, la acompañaría a Hatchards, que estaba a solo veinte minutos a pie de Grosvenor Square.

Al principio, Eleanor intentó entablar una conversación con la joven. Pero cuando la doncella pareció horrorizada ante la idea de tener que conversar con ella, Eleanor hizo un comentario sobre el clima y luego dejó el asunto. No se le escapó la forma en que los hombros de la joven parecieron hundirse de alivio.

Eleanor se volvió hacia la doncella cuando llegaron a la librería.

—¿Entrarás conmigo?

La doncella negó con la cabeza.

—La cocinera quiere que compre algunos artículos, pero si me necesita, puedo hacer esas compras más tarde.

Eleanor desestimó su preocupación.

—Es una librería. Estoy segura de que estaré bien.

Acordaron encontrarse frente a la tienda en una hora, y entonces Eleanor cruzó las puertas principales. Se tomó un momento para cerrar los ojos e inhalar profundamente. Había algo especial en estar en una librería que hacía que todos sus sentidos vibraran de emoción.

Sonrió a otra mujer que le hizo un pequeño gesto con la mano antes de volver al libro que estaba hojeando. Eleanor la había visto la última vez que estuvo aquí, cuando le habían permitido exactamente cinco minutos para entrar corriendo y comprar su suscripción. No había habido tiempo para más porque acababan de llegar a Londres y se dirigían a Bond Street para visitar a la modista.

Pero hoy no había restricciones en su tiempo. Mientras estuviera en casa lo suficientemente temprano para prepararse para el entretenimiento de la noche —no podía recordar si verían una obra de teatro esta noche o irían a una fiesta—, su ausencia de casa no se notaría.

Se adentró más en la tienda, casi sin saber por dónde empezar. Parecía injusto que solo pudiera tomar prestados dos libros. ¿Cómo iba a elegir?

El murmullo de voces proveniente de la sala de lectura ubicada en la parte trasera de la tienda indicaba que un grupo estaba teniendo una discusión sobre un libro que todos habían leído. Sintió una punzada de nostalgia. Tal vez algún día podría unirse a una de esas discusiones. Pero hoy no era lo suficientemente valiente como para entrar en la sala para ver qué libro les interesaba.

Se dio la vuelta y se dirigió a la sección de la tienda que contenía las ediciones más recientes. Varios libros estaban expuestos en una mesa. Comenzó por un lado, decidida a mirar cada uno antes de hacer sus elecciones. Media hora pasó de esta manera. Al final de ese tiempo, se encontró mirando los cinco libros en su mano, tratando de decidir cuáles devolver.

Una voz masculina sonó cerca detrás de ella.

—Señorita Pearson.

No esperaba ver a nadie conocido aquí. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Lord Hargrove. Algo en la forma en que sus ojos azules recorrieron su cuerpo antes de volver a su rostro la inquietó.

—¿Qué hace usted aquí?

Él alzó una ceja, y ella se reprendió por su tono brusco.

—Disculpe, pero me sorprendió verle aquí. Esperaba que estuviera visitando a Lydia esta tarde.

Él inclinó la cabeza a un lado mientras la examinaba. Ella deseó que dejara de mirarla con esa mirada inquietante.

—Estoy seguro de que a su prima no le faltarán visitas hoy. Dudo que me eche de menos.

Sus palabras no tenían sentido para ella. No parecía posible que Lydia no lo echara de menos. Él era muy apuesto, elegible y el hombre con el que se iba a casar a pesar de lo que le había dicho ayer en Hyde Park.

Sin embargo, Eleanor no se lo diría. Necesitaba cambiar de tema. No estaba de humor para escuchar otra conferencia sobre cómo no deseaba casarse.

Soltó un suspiro exagerado.

—Ojalá pudiera llevarme prestados todos estos libros.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque mi suscripción solo me permite tomar prestados dos libros a la vez. Tendré que devolver tres y esperar que aún estén disponibles cuando regrese la próxima semana.

Él extendió la mano, claramente queriendo ver lo que había elegido. Ella se estremeció interiormente mientras lo hacía.

—No me juzgue con demasiada dureza.

Había seleccionado un libro de poesía y cuatro novelas. Ya sabía que no podía devolver el libro de poesía. Si su tía le pedía ver lo que había tomado prestado, ese sería el libro que le mostraría. No era que a Eleanor no le gustara la poesía, pero su tío ya tenía varios volúmenes en la biblioteca que podía leer. Pero no tenía ninguna de las novelas que había llegado a amar. Las llamadas novelas "horribles". Sabía que su tía no las aprobaría.

—Todos estos son bastante buenos —dijo él—. Veo su dilema.

La había sorprendido.

—¿Usted lee novelas?

Él se encogió de hombros.

—Son entretenidas. ¿Por qué no habría de leerlas?

—¿Cuál fue su favorita?

Miró entre las cuatro y le entregó *Los misterios de Udolfo* de Ann Radcliffe.

—¿Está decidida con la poesía?

Ella soltó otro suspiro.

—Me temo que sí. La tía Helen querrá ver lo que he tomado prestado. No aprueba las *novelas*. —Dijo la palabra como lo haría su tía, y él se rio de su tono escandaloso.

—Parece tener buen juicio. No creo que empiece a imaginarse que la casa de su tío en la ciudad está embrujada.

Charlaron unos minutos más sobre los libros. Finalmente, ella devolvió tres, quedándose con el libro de poesía y la novela que él le había recomendado. Él se alejó, dirigiéndose al mostrador. Ella quería seguirlo, curiosa por saber qué le estaba diciendo al dependiente.

Después de unos minutos, él se volvió hacia ella. Inclinó la cabeza y luego salió de la tienda. Todo el encuentro la había dejado

un poco desconcertada. Él no se había llevado ningún libro. ¿Le habría dicho al dependiente que se los enviaran a su casa?

Se dirigió al mostrador con sus dos libros. Era mejor que se fuera ahora o se encontraría en otro dilema, con los brazos llenos de libros y aún pudiendo tomar prestados solo dos de ellos.

Colocó los libros en el mostrador para que el dependiente registrara sus elecciones.

Él frunció el ceño.

—¿Solo estos dos libros?

Eleanor asintió.

El dependiente era un hombre de mediana edad, ligeramente corpulento, pero parecía amable. El hombre se aclaró la garganta antes de decir:

—Su suscripción ha sido actualizada. Puede tomar prestados cinco libros hoy.

Ella frunció el ceño confundida. Su tía o su tío no habrían hecho esto.

—No entiendo...

—El hombre que estaba aquí hace un momento, con el que estaba hablando. Dijo que era amigo de la familia. Él arregló lo de los libros extra.

Lord Hargrove. Él había hecho esto por ella. Sintió una extraña mezcla de emociones al descubrir su generosidad. Emoción embriagadora, preocupación de que tal vez no debería aceptarlo. Pero lo haría, por supuesto. Después de todo, él era un amigo de la familia. Y los amigos se hacían pequeños regalos todo el tiempo. No debería darle más importancia a su acto de amabilidad.

—Su padre era amigo de mi tío.

El dependiente asintió con la cabeza. —Entiendo. Si está segura de que solo quiere estos dos libros...

Ella negó con la cabeza. No rechazaría el generoso regalo de Lord Hargrove. —Sé exactamente qué libros quiero.

Se volvió hacia la mesa para recoger los otros tres libros, preguntándose cuándo volvería a ver a Hargrove. Tendría que encontrar alguna manera de agradecérselo.

CAPÍTULO DIEZ

LA SIGUIENTE SEMANA transcurrió en un torbellino de eventos. Bailes, reuniones, visitas matutinas. Eleanor disfrutaba de las salidas ocasionales, pero la temporada apenas había comenzado y ya ansiaba que terminara.

Lydia, por supuesto, era popular y muy solicitada. Un hombre en particular parecía empeñado en ganarse su mano, y no era el hombre con quien estaba comprometida. El Conde de Stanley había estado en cada evento al que habían asistido y se esforzaba por distinguir a Lydia.

No se podía decir lo mismo de Lord Hargrove, a quien Eleanor solo había visto en dos eventos, ambos bailes. Le había pedido bailar en ambas ocasiones, pero ninguna había sido un vals y ella no había podido decirle más que unas pocas palabras, y mucho menos agradecerle su generosidad en Hatchards.

Él había bailado el vals con Eleanor aquella primera noche porque quería abordar el tema de terminar su compromiso con su prima. Después de hablar con Lydia sobre el asunto durante su paseo por Hyde Park, no necesitaría volver a hablar con Eleanor al respecto. Aun así, era agradable que le pidieran bailar.

Pero hoy Eleanor volvería a visitar Hatchards. Había terminado todos los libros que había pedido prestados; de alguna manera tenía que ocupar su tiempo mientras Lydia entretenía a sus pretendientes.

Había estado llena de expectación toda la mañana. Se decía a sí misma que era porque la librería era un centro de calma durante el torbellino de la temporada social. Pero cuando entró en la tienda, su mirada recorrió a todos los clientes que estaban hojeando libros en ese momento.

Ya no podía negar que había estado esperando ver a Lord Hargrove de nuevo. La probabilidad de encontrarse con él por segunda vez era escasa, por supuesto, pero eso no le impidió asegurarse de que su visita estuviera planificada para la misma hora que la semana pasada. Él había mencionado que le gustaba frecuentar la tienda, y una pequeña parte de su mente había archivado esa información. A falta de hacer arreglos con el hombre para encontrarse con ella, era lo mejor que podía hacer.

Primero se detuvo en el mostrador principal para devolver los libros que había tomado prestados la semana pasada. Completada esa tarea, se dirigió hacia la sala de lectura en la parte trasera de la tienda. No se había aventurado tan lejos la semana pasada y quería explorar. Y si Lord Hargrove estaba allí, finalmente tendría la oportunidad de agradecerle.

Su primera impresión de la sala fue que era más grande de lo que esperaba. Al igual que la sala delantera, la sala de lectura estaba llena de estanterías del suelo al techo. Pero intercalados por toda la sala había varios arreglos de asientos.

Escondido en una esquina había un grupo de mujeres que charlaban sobre uno de los libros que ella acababa de terminar de leer. Eleanor se sintió tentada a unirse a ellas, pero entonces vio a Lord Hargrove. Estaba de pie frente a una de las estanterías y parecía estar examinando los títulos.

Una sonrisa se extendió por su rostro y dio un paso en su dirección. Sin embargo, se quedó paralizada cuando él se inclinó para hablar con la mujer que estaba a su lado. La mujer se rio, divertida por lo que él había dicho, y entrelazó su brazo con el de él.

El estómago de Eleanor se vació ante la vista, y no pudo evitar sentirse tonta. Parecía que Lord Hargrove tenía la costumbre de encantar a las mujeres en las librerías. Eleanor no era especial en absoluto.

Necesitaba darse la vuelta e irse ahora antes de que él la viera. En cambio, se encontró clavada en el sitio, incapaz de apartar la mirada de las dos personas frente a ella. ¿Era esta mujer la razón por la que Hargrove no quería casarse con Lydia?

La pareja se giró, y los ojos de Eleanor se posaron inmediatamente en el vientre redondeado de la mujer. Su mirada recorrió su apariencia, y se dio cuenta de que esta debía ser la hermana de Lord Hargrove. Los ojos de la mujer eran exactamente del mismo tono de azul.

Cuando volvió a mirar a Hargrove, él le sonreía como si hubiera leído sus pensamientos y le divirtiera.

—Señorita Pearson, es un placer verla hoy —dijo él cuando ella se acercó—. Permítame presentarle a mi hermana, la Baronesa Cranston. Abigail, esta es la señorita Eleanor Pearson.

La curiosidad de la baronesa era evidente mientras intercambiaban saludos. —Pensé que tal vez usted era la otra señorita Pearson.

Eleanor no podía decir si Hargrove le había contado a su hermana sobre el compromiso. Si lo hubiera hecho, seguramente no habría confundido a Eleanor con Lydia.

—Mi prima tiene otros intereses fuera de la lectura, pero sigo esperando que tal vez algún día encuentre la novela perfecta que la atraiga a nuestra forma de pensar. Ella cree que leer es terriblemente aburrido.

Lady Cranston se rio. —Entonces claramente no ha estado leyendo los libros correctos.

—Le he dicho lo mismo, pero es difícil convencerla de lo contrario. No ayuda que mis tíos nunca aprobarían la mayoría de lo que leo.

Hargrove se rio entre dientes. —¿Pero sí aprobaron el volumen de poesía que tomó prestado?

—Por supuesto. No saben nada sobre Byron o podrían haber pensado de otra manera.

Lady Cranston sonrió. —Creo que me has convencido de darle una oportunidad.

El tema pasó a las novelas que había leído, y se sorprendió al descubrir que Hargrove, en efecto, había leído la novela de Ann Radcliffe. Se había convencido a sí misma de que solo estaba siendo amable la semana pasada cuando se la recomendó. Era uno de esos libros que todo el mundo parecía conocer aunque nunca lo hubiera leído.

Eleanor notó la forma en que la hermana de Hargrove seguía mirando entre los dos, su curiosidad evidente, y trató de ignorarlo. Sabía que la motivación de Hargrove para continuar su amistad era puramente egoísta.

Por su parte, ella disfrutaba de su compañía. Podría haberlo imaginado como el héroe en más de uno de los libros que había leído, pero se iría a la tumba antes de admitir ese hecho. Y si él se casaba con su prima, se verían a menudo. No había nada impropio en estar en buenos términos con el marido de su prima.

Lady Cranston se volvió hacia su hermano. —Creo que necesito sentarme unos minutos. ¿Te importaría terriblemente si me quedo aquí mientras terminas?

Él tomó una de sus manos y la ayudó a sentarse en un sillón mullido cubierto de terciopelo verde. —¿Te sientes mal? Hemos estado fuera demasiado tiempo. Pediré que traigan el carruaje al frente para que no tengas que caminar mucho.

Lady Cranston le dio unas palmaditas en la mano antes de acomodarse en el sillón. —Tonterías. Solo necesito descansar unos minutos. Vete ya. Me gustaría conocer mejor a la señorita Pearson.

Él la miró con el ceño fruncido desde donde estaba de pie junto a su silla, y Eleanor supo que quería discutir con su hermana.

Se acomodó en un asiento. —Yo haré compañía a su hermana. Si empieza a sentirse mal, iré a buscarle.

—No tardaré mucho —dijo él, negando con la cabeza y mirando a Lady Cranston—. Si la canso demasiado, ambos sabemos que su esposo no estará complacido, y preferiría no tener su enojo dirigido hacia mí.

Su hermana se rio. —Siempre estoy cansada, así que no te preocupes.

Él miró de nuevo a Eleanor antes de darse la vuelta y salir de la sala de lectura.

—Pensé que nunca se iría —dijo su hermana—. Deberías llamarme Abigail, ya que parece que vamos a conocernos mejor.

Eleanor sonrió. —Por supuesto. Y usted puede llamarme Eleanor.

Abigail la examinó durante varios segundos antes de volver a hablar. —A mi hermano le gustas.

El calor inundó el rostro de Eleanor, y no pudo evitar sentir como si la hubieran atrapado haciendo algo malo.

—¿Sabe usted sobre la conexión entre su hermano y mi... familia? —Si la hermana de Hargrove no sabía sobre el compromiso, Eleanor no iba a ser quien se lo dijera. No cuando el anuncio no se haría hasta dentro de varios meses.

Abigail asintió. —Sí, me contó sobre el —bajó la voz a un susurro — compromiso.

Eleanor sintió cierto alivio ante la admisión. Odiaba pensar que Hargrove se lo hubiera ocultado a su hermana. —Soy muy cercana a mi prima. Sería bastante incómodo si a su hermano *no* le agradara.

—Deseo que mi hermano encuentre la felicidad cuando se case. No sé si eso es posible si se le está forzando la mano.

Eleanor podía entender la preocupación de la mujer, pero le molestaba que la hermana de Hargrove pareciera estar juzgando injustamente a Lydia sin haberla conocido. —Puedo asegurarle que Lydia será una buena esposa para él.

Abigail inclinó la cabeza hacia un lado. —¿Y qué hay del amor?

Una punzada de emoción que Eleanor se negó a nombrar la atravesó. Tuvo que tomar una respiración profunda antes de responder. —El amor es algo que sucede en las novelas.

Abigail suspiró. —Puedo asegurarte que eso no es cierto. Mi esposo y yo nos amamos. Deseo lo mismo para mi hermano.

Era casi imposible ignorar cómo le latía el corazón. —No todos podemos ser tan afortunados.

El escrutinio de Abigail comenzaba a hacerla sentir incómoda. No percibía ninguna malicia en ello, pero no podía evitar preguntarse si la hermana de Hargrove realmente creía que él estaba desarrollando

sentimientos por ella. No por encima de Lydia, a quien todos los demás hombres deseaban.

Abigail se acercó y le dio unas palmaditas en la mano. —Quiero mencionar esto antes de que mi hermano regrese. Por favor, sepa que siempre es bienvenida a visitarme. No salgo mucho, pero aún puedo recibir visitas durante al menos dos meses antes de entrar en mi confinamiento.

Eleanor sonrió. —Gracias. Me sorprende que aún reciba visitas.

—Oh, no estamos abiertos a muchos. Lo encuentro molesto, pero requiero bastante descanso. Pero siempre estamos abiertos a los amigos.

Las palabras calentaron el corazón de Eleanor. —Quizás después de su confinamiento podamos conocernos mejor.

Abigail sonrió. —Espero eso con ansias. Pero si alguna vez necesitas algo... —Miró hacia la puerta de la librería principal. Cuando continuó, su voz era apenas un susurro—. Si alguna vez necesitas contactar a mi hermano, puedes hacerlo a través de mí. Sin hacer preguntas.

Los pensamientos de Eleanor se revolvieron ante la implicación. Estaba a punto de asegurarle a la hermana de Hargrove que eso nunca sucedería cuando Abigail dijo: —Aquí viene ahora.

Cuando Hargrove llegó hasta ellas, su mirada recorrió a su hermana. —¿Cómo te sientes?

—No estoy a punto de desmayarme, Geoff. Pero nosotras dos hemos estado teniendo una conversación encantadora sobre ti.

Hargrove hizo una mueca mientras miraba a Eleanor. —No creas nada de lo que te diga.

Eleanor se rio, sintiéndose ligera. Ver cómo era con su hermana hacía algo extraño en su sensibilidad. Era tan diferente del comportamiento rígido que mostraba cuando estaba con Lydia, y no pudo evitar pensar que si su prima alguna vez viera este lado de él, haría todo lo posible por capturar el corazón de este hombre.

Ese pensamiento no debería desagradarle, pero lo hacía. Era una emoción que Eleanor sabía que no tenía derecho a sentir. Lord Hargrove era amable con ella y le había mostrado un lado de su

personalidad que Lydia no había visto, pero él nunca podría ser suyo.

Apartó la mirada de él, necesitando un momento para recuperar su equilibrio.

—Dime, Eleanor, ¿ya has leído *Una dama caída*? —preguntó Abigail.

—Oh, sí, y me rompió el corazón. Esperaba un final feliz.

Una mirada pícara apareció en el rostro de Abigail. —La autora está escribiendo una secuela. —Se acercó más y susurró—: Se titulará *Una dama redimida*.

La boca de Eleanor se abrió de par en par. No había oído nada sobre otro libro. —¿Cómo sabe eso? —Una idea la golpeó. Nadie sabía quién había escrito la novela que recientemente se había convertido en una sensación—. ¿Es usted la autora?

Abigail negó con la cabeza. —Dios mío, no. Pero podría saber quién lo es. Y no, no puedo decírtelo. Pero sé que a ella no le importa que la gente se entere de que habrá una secuela. Su editor hará un anuncio pronto para generar expectación.

—¿La autora es una mujer?

Abigail se encogió de hombros. —Tal vez. O podría estar mintiendo para despistarte.

Su mirada voló hacia Hargrove, quien se encogió de hombros ante su pregunta no formulada. —No, no soy yo. Puedo leer novelas, pero nunca podría escribir una.

Ella entrecerró los ojos hacia el hombre. —¿Sabe usted quién es?

—No —Él dirigió una mirada de desaprobación a su hermana—. Mi supuestamente amorosa hermana no me lo dirá.

Abigail le devolvió la mirada. —No intentes hacerme sentir culpable. No es mi secreto para compartir. Además, estoy bastante segura de que tú tienes tus propios secretos que te guardas para ti mismo.

Hargrove y su hermana la miraron, y Eleanor no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas.

Se puso de pie. —Debería ir a elegir mis libros ahora. Ha sido un placer conocerla, Abigail —Se volvió hacia Hargrove, quien la

observaba—. Quería agradecerle, mi lord, por su generosidad la semana pasada. No era necesario, pero lo aprecio mucho.

Él inclinó la cabeza. —Fue algo pequeño, pero me alegró hacerlo.

Su intercambio no había hecho nada para disminuir su vergüenza. Hizo una pequeña reverencia y huyó de la sala de lectura, sintiendo dos pares de ojos sobre ella hasta que escapó a la librería.

Tendría que moderar su reacción hacia Lord Hargrove. Era evidente que su hermana se había dado cuenta de que ella había desarrollado un tendre por el hombre. Tendría que ser más cuidadosa.

CAPÍTULO ONCE

ELEANOR ENTORNÓ los ojos mientras observaba la concentración en el rostro de su prima mientras tocaba el pianoforte. A Lydia no le gustaba quedarse quieta para los dibujos de Eleanor, pero hoy no se quejó cuando Eleanor sugirió dibujarla mientras practicaba. Intentó memorizar la forma en que la boca de Lydia se apretaba en una línea tensa, con los ojos cerrados mientras dejaba que la música la consumiera.

Cuando Lydia terminara esta canción, Eleanor esperaba poder convencer a su prima de que tocara otra para poder continuar dibujando. La paciencia de Lydia con la tarea ya estaba llegando a su fin.

La nota final flotó en el aire, y Eleanor acababa de abrir la boca para hacer su petición cuando la tía Helen entró en la habitación.

—Me alegro de que estén ambas aquí. Acabo de recibir una invitación de Lord Hargrove para ustedes dos —entregó la nota a Lydia, que aún estaba sentada frente al instrumento.

Eleanor trató de ignorar la chispa de deleite que sintió al ser incluida en la invitación. Esperó con impaciencia mientras los ojos de Lydia recorrían el papel. Luego se acercó a Eleanor y se lo entregó.

—Te vas a alegrar, Ellie.

Eleanor tomó la nota y echó un vistazo a las pocas líneas. Su pulso se aceleró de emoción cuando llegó al final.

—Quiere que asistamos a la exhibición de arte en la Real Academia.

—¿Debería decirle que estarían encantadas de acompañarlo?

La tía Helen sabía que Eleanor nunca diría que no a la oportunidad de visitar Somerset House y ver la exposición de pinturas. Pero su hija era otro asunto.

Lydia dejó escapar un suspiro.

—Dile que estaríamos encantadas.

Cuando la tía Helen salió de la habitación, Eleanor se acercó a Lydia y la abrazó.

—Gracias.

Lydia le devolvió el abrazo.

—Estoy segura de que no será horrible.

DOS DÍAS DESPUÉS, Lord Hargrove vino a recogerlas. Eleanor trató de contener su exuberancia y permitir que Lydia llevara la conversación durante el corto trayecto hasta Somerset House. Lo que significó que se dijo muy poco. Afortunadamente, Eleanor se salvó de tener que intervenir y tomar el control de la conversación cuando el carruaje se detuvo lentamente.

Habían pasado por Somerset House antes, pero nunca habían entrado. Eleanor estaba asombrada por su vasto tamaño. Estaba tan emocionada que ni siquiera trastabilló cuando Lord Hargrove la ayudó a bajar del carruaje.

Sonrió agradecida y se puso al lado de Lydia, quien tomó el brazo de Hargrove.

Lord Hargrove claramente había estado allí antes. Las guió con facilidad.

—La subida hasta la Gran Sala es empinada, pero les aseguro que la exposición valdrá el esfuerzo.

Lydia fue la primera en subir la escalera curva.

—Ellie ha estado esperando esto desde que envió la invitación. ¿Sabía que ella dibuja? Es muy talentosa.

—¿Lo es? —le lanzó una mirada penetrante que ella encontró imposible de descifrar.

Trató de no pensar en ello mientras seguía a Lydia por la empinada escalera. Pero cuando Hargrove se colocó detrás de ella, se dio cuenta de que ahora tenía una vista sin obstáculos de su trasero mientras subían las escaleras. Imaginó que podía sentir el calor de sus ojos sobre ella durante todo el camino hacia arriba; realmente, no creía haber subido nunca una escalera que tuviera tantos escalones.

Cuando estaban casi en la cima, ya no pudo resistir el impulso de darse la vuelta y ver lo que él estaba haciendo. Se quedó helada al darse cuenta de que no había sido su imaginación. ¡Estaba mirando su trasero!

Pareció apartar los ojos, y cuando se encontró con su mirada, había un calor en sus profundidades que la inquietó. Y luego tuvo la temeridad de encogerse de hombros.

Con un pequeño resoplido, subió los últimos escalones para unirse a Lydia, que los estaba esperando.

Pero entonces Eleanor se quedó sin palabras cuando vio la Gran Sala.

Hacía honor a su nombre, siendo bastante grande, y las paredes eran imposiblemente altas. Y cada centímetro de las paredes estaba completamente cubierto de pinturas. Ventanas curvas bordeaban la parte superior de cada pared, proporcionando abundante luz para mostrar el arte expuesto.

Eleanor dejó escapar un pequeño jadeo, y Lydia se rió.

Hargrove se unió a ellas.

—¿Debo tomar eso como que lo aprueba?

Ella suspiró.

—Entre Hatchards y ahora Somerset House, no sé cuál es mi favorito.

Lydia le cogió del brazo.

—Tonta, no tienes que elegir. Estoy segura de que podrás volver aquí de nuevo.

—En efecto —dijo Hargrove—. Yo mismo soy bastante aficionado a la exposición.

Lydia dejó escapar un pequeño jadeo, y Eleanor la miró alarmada.

—¿Ocurre algo?

Su prima soltó una pequeña risa que Eleanor sabía que usaba cuando intentaba afectar un aire de indiferencia.

—Por supuesto que no. ¿Por qué dices eso? Ven, Ellie, empecemos por este extremo de la sala.

Lydia la arrastró unos pasos lejos de Hargrove y luego inclinó la cabeza hacia ella. Cuando volvió a hablar, fue en un susurro.

—Lord Stanley está aquí. Oh no, no mires. No debemos ser sorprendidas mirando. Él debe venir a nosotras.

Un hilo de alarma la recorrió. Esto estaba mal. Lydia debería estar emocionada porque estaba aquí con Lord Hargrove y no porque había visto a otro hombre.

—Estás aquí como invitada de Lord Hargrove.

—Sí, sí, por supuesto. Pero prométeme, Ellie. Si Lord Stanley me saluda, debes distraer a Lord Hargrove. Llévalo a hablar de una pintura en otra pared. Estoy segura de que no tendrás dificultad con eso.

—Lydia...

—Estamos en una sala pública. ¡Mira toda la gente que hay aquí! Nada inapropiado va a suceder.

—Supongo que tienes razón.

Lydia le apretó el brazo en respuesta, y juntas se volvieron para ver las pinturas frente a ellas. Eleanor encontró imposible concentrarse, sin embargo, porque Hargrove llegó a su lado y se paró demasiado cerca. Y entonces Lord Stanley apareció junto a Lydia.

—Señorita Pearson —dijo, con una amplia sonrisa iluminando su rostro—. Es una agradable sorpresa verla.

Lydia dirigió una sonrisa al hombre que lo hizo hincharse de orgullo.

Eleanor miró a Hargrove, preguntándose cómo estaba tomando esta interacción. Esperaba encontrar que estaría disgustado, pero la pequeña y satisfecha inclinación de sus labios le dijo que ese no era el caso.

Lord Stanley ofreció su brazo a Lydia.

—Vi un paisaje muy bonito que me gustaría mucho compartir con usted.

—Oh, por supuesto, milord. Adoro los paisajes.

Lydia soltó el brazo de Eleanor y tomó el de Lord Stanley sin volver a mirar a ella o a Hargrove. Los dos procedieron a un lento paseo hacia el otro lado de la gran galería.

Eleanor estaba ahora a solas con un Lord Hargrove muy satisfecho.

CAPÍTULO DOCE

AL UNÍSONO, ambos se volvieron para observar las pinturas más cercanas. La atención de Eleanor parecía fijarse en los retratos, pero la de Geoffrey estaba centrada en ella. La observaba por el rabillo del ojo mientras ella daba un paso atrás para contemplar las pinturas colgadas más arriba en la pared.

Ella le había echado un vistazo cuando Stanley había intervenido para acaparar la atención de Lydia. ¿Habría esperado que él se molestara? No podía evitar preguntarse cómo reaccionaría si se diera cuenta de que Stanley solo estaba allí porque él había dejado escapar sus planes para esa tarde. Honestamente, el hombre era demasiado fácil de manipular.

Se preguntaba cuánto tiempo pretendía ignorarlo. Había esperado que ella fuera más valiente. Estaba claro que ni él ni Lydia tenían intención de continuar con el compromiso. Si Stanley seguía con su persecución —y era evidente que el hombre estaba prendado de Lydia Pearson— entonces no habría razón por la que él y Eleanor no pudieran ser amigos.

Amigos. Se engañaba a sí mismo si pensaba que solo quería amistad de esta mujer. En realidad, tenía una muy alta opinión de Eleanor Pearson. Era inteligente, ingeniosa y muy atractiva. No poseía la belleza delicada de su prima, pero no se podía negar que el atractivo de Eleanor no era menos cautivador.

Se daba cuenta, por supuesto, de que si su padre no hubiera arreglado este compromiso, era muy probable que no se hubieran conocido. Podría haberla visto de pasada, pero no habría llegado a conocerla. Debido a la necesidad de su padre de controlar cada detalle de la vida de sus hijos, Geoffrey se había visto obligado a conocer a la mujer que lo tentaba a considerar cambiar sus planes de posponer el matrimonio por algún tiempo más.

Eleanor continuaba estudiando las pinturas frente a ella, dando diligentemente a cada una una cuidadosa consideración antes de pasar a la siguiente mientras él la estudiaba a ella. No de manera evidente, por supuesto, pero era agudamente consciente de la mujer que estaba a su lado. Si no tenía cuidado, todos los presentes podrían ver su interés por ella.

—Esta es una pintura muy hermosa —dijo finalmente, justo cuando él había perdido la esperanza de que le hablara en absoluto —. Me gusta especialmente la forma en que el artista ha captado la luz del sol que se filtra a través de los árboles y cómo se refleja en la hierba debajo de ellos.

Él se volvió para mirarla más directamente.

—No le agrado, ¿verdad, señorita Pearson?

Se estaba comportando como un canalla al provocarla de esta manera, pero estaba cansado de tratar de descifrarla. Había sido bastante amable con él en Hatchards cuando se habían encontrado en esas dos ocasiones, pero en otras, como hoy, parecía querer evitarlo por completo. Le molestaba que lo estuviera haciendo dudar de sí mismo.

Ella tragó saliva y cerró los ojos por un breve momento. Cuando le respondió, no encontró su mirada.

—No diría eso.

Él arqueó una ceja.

—Entonces, ¿qué diría?

—Las cosas serían mucho... *más fáciles*... si no fuera tan distante con Lydia. Cielos, ha hablado más conmigo que con la mujer con la que se va a casar.

Frunció el ceño y luego hizo un esfuerzo por suavizar su expresión.

—Ya hemos tenido esta conversación en más de una ocasión. No deseo casarme con su prima, así que ¿por qué me esforzaría en hacerme querer por ella?

Ella suspiró.

—Necesita intentarlo.

—Además, estoy bastante seguro de que su prima no tiene ilusiones sobre la probabilidad de que nuestro *arreglo* termine en matrimonio.

Su voz era baja, pero para asegurarse de que su conversación no fuera escuchada, había dado un paso a la izquierda, luego otro, alejándose del pequeño grupo de personas que estaba a su derecha. Afortunadamente, estaban charlando entre ellos y no prestaban atención a Eleanor y a él.

Eleanor negó ligeramente con la cabeza.

—No sé por qué está siendo tan obstinado con esto.

Él dio otro paso a la izquierda y ella lo siguió, ya sin enfocarse en las pinturas. Quería sonreír pero reprimió el impulso para no revelar la mano que estaba jugando actualmente.

—Creo que todos sabemos que la señorita Pearson prefiere la compañía de alguien más a la mía.

Ella miró hacia el otro lado de la gran sala donde Lydia le sonreía a Stanley. La pareja estaba demasiado lejos para que pudieran escuchar su conversación. Lydia estalló en risitas, y la expresión de Stanley solo podía describirse como embelesada. Ninguno de los dos estaba mirando las obras de arte.

La mirada de Eleanor se estrechó sobre él.

—¿Le dijo a Lord Stanley que íbamos a estar aquí hoy?

Ah, esta mujer era demasiado inteligente para su propio bien. No respondió, pero ella debió haber visto la verdad en su rostro.

—Es usted muy irritante, milord. Cuando emitió esta invitación, esperaba que fuera porque finalmente había decidido hacer un esfuerzo por conocer a Lydia. Es encantadora y todos la adoran.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Es bastante agradable.

Los labios de ella se apretaron en una línea y negó con la cabeza.

—¿Por qué se empeña en ser tan obstinado con esto? Sé que dijo que no sabía del compromiso hasta después de que su padre falleciera, pero si está actuando así para desafiarlo, el hombre hace tiempo que dejó de preocuparse por lo que usted hace.

Él dejó escapar una pequeña risa.

—Dondequiera que esté, le puedo asegurar que le importa.

Eleanor frunció el ceño.

—Su padre le hizo un favor. Hay muchas mujeres con mayores fortunas que no son tan hermosas o cariñosas como mi prima. Necesita dejar de luchar contra esto antes de que logre alejarla.

Lanzó otra mirada preocupada hacia donde su prima y Lord Stanley se habían movido a uno de los bancos tapizados y estaban sentados uno al lado del otro, con sus cuerpos vueltos el uno hacia el otro, y charlando como si fueran las únicas personas en la habitación. Geoffrey sintió ganas de animar al hombre.

Consideró su respuesta por un momento antes de cambiar de tema.

—No ha respondido a mi pregunta.

Las cejas de ella se juntaron.

—¿Me hizo una pregunta?

—¿Por qué no le agrado?

Esperó, observando cómo sus labios se apretaban en una línea firme.

—No me estaba haciendo una pregunta. Estaba haciendo una afirmación.

Su intento de evitar responder lo divirtió.

—Ahora se lo estoy preguntando. ¿Por qué no le agrado?

Ella apartó la mirada, y él pensó que no iba a responder. Finalmente dijo:

—Es usted bastante agradable.

Él se rió, disfrutando la manera en que esta mujer le había devuelto sus propias palabras sobre Lydia.

Volvió a mirar a su prima, su ceño fruncido convirtiéndose en una leve mueca de desaprobación.

Él dio otro paso alejándose del pequeño grupo de personas, agradecido de que la exposición no estuviera demasiado concurrida.

Ella dio un paso correspondiente en la misma dirección.

Le interesaba que tuviera la capacidad de hacerla olvidar su deber, aunque ella parecía empeñada en asegurarse de que él cumpliera el suyo. Se preguntó hasta dónde lo seguiría y decidió avanzar poco a poco hacia la entrada en penumbra escondida en la esquina de la sala. No había grandes ventanas en esa habitación, y sabía que no se consideraba parte de la exposición. La otra vez que había estado aquí, se había colado en la habitación, curioso por los tesoros que pudiera esconder. Parecía ser una especie de área de almacenamiento, donde se guardaban estatuas y pinturas.

—Tu confesión me duele, ya que me agradas mucho.

Su boca se abrió y lo miró fijamente, claramente sorprendida por su admisión. Luego volvió a apretar los labios y desvió la mirada. El color tiñó sus mejillas.

—Sé que esta situación te tomó por sorpresa, y aprecio lo amable que has sido conmigo. Pero desearía que no me tomaras el pelo de esa manera.

Él se quedó quieto, mirándola fijamente. Finalmente, cuando ella volvió a encontrarse con su mirada, continuó:

—Hablo en serio. Si pudiera elegir entre tú y tu prima, preferiría conocerte a ti —Habían llegado a la entrada, y ella seguía moviéndose con él.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Bien podría ser invisible cuando Lydia está a mi lado.

Una ráfaga de ira lo atravesó. Quería extender la mano y sacudirla para que entrara en razón. En su lugar, se adentró en la habitación oscura.

Había una estatua justo dentro de la entrada, y él pasó junto a ella. Esperaba a medias escuchar a Eleanor suspirar y volver al lado de su prima.

Ella lo sorprendió siguiéndolo a la habitación.

—¿No viste el cartel junto a la entrada? Esta sala no es parte de la exposición.

Su voz era baja, y él imaginó que ella pensaba que serían reprendidos por uno de los curadores de la exposición si los

atrapaban. Ni siquiera se le había ocurrido que la sociedad definitivamente fruncería el ceño si los atraparan juntos así, a solas, pero no porque esta sala estuviera cerrada al público.

Él se llevó un dedo a los labios y se adentró más en la habitación. Ella lo siguió. La luz tenue se filtraba en la habitación desde la sala contigua iluminada por claraboyas, y él pudo ver cómo sus cejas se juntaban en señal de confusión.

La miró a los ojos, infundiendo a sus palabras toda la sinceridad que pudo.

—No eres invisible, Eleanor. Yo te veo.

Ella inhaló audiblemente y sostuvo su mirada durante varios segundos largos. Finalmente, negó con la cabeza y apartó la mirada.

—No te creo —En un susurro añadió—: Por mucho que desearía poder hacerlo.

No estaban solos, no realmente. El sonido de voces distantes le recordaba ese hecho. Aun así, tuvo que luchar contra la tentación de atraerla a sus brazos y besarla.

—Por favor, míreme, señorita Pearson. Eleanor.

Ella contuvo la respiración al oír su nombre de pila, y por un momento él pensó que huiría. En cambio, hizo lo que le pidió y lo miró a los ojos.

Él la miró fijamente, fascinado por sus ojos oscuros. Parecían atraerlo, hacerle preguntarse qué secretos escondía en sus profundidades. En la habitación oscurecida, el marrón de sus ojos era indistinguible de sus pupilas, haciendo que sus ojos parecieran aún más grandes en su rostro pálido. El efecto era impresionante, y no pudo evitar preguntarse cómo sería hacer el amor con esta mujer.

El deseo lo golpeó con un dolor profundo. Se agarró las manos detrás de la espalda para evitar arrastrarla a sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido. Cualquiera podría entrar en esta habitación en cualquier momento, y él no la deshonraría de esa manera. No cuando ella todavía estaba tan obsesionada con anteponer la felicidad de su prima a la suya propia.

—Como dije, es a ti a quien deseo conocer mejor, no a tu prima. Mi padre sí me hizo un favor, pero no porque eligiera a mi futura

esposa. Sus maquinaciones tuvieron un efecto feliz. Me han dado la oportunidad de conocerte.

Ella negó con la cabeza.

—No...

—Y si puedo convencer a tu prima de que hable con su padre sobre terminar el compromiso, debes saber que me gustaría aprovechar esa oportunidad para conocerte mejor a *ti*.

Ella no se movió, pero él vio cómo tragaba saliva de forma refleja por la forma en que se tensó su garganta.

—Estás tratando de confundirme. Convencerme de traicionar a Lydia para salirte con la tuya en esto.

Ella empezó a darse la vuelta, y él se sorprendió a sí mismo al alcanzarla, deteniéndola con una mano en su codo. Ella podría haberse liberado de su ligero agarre, pero su toque los había hecho congelarse a ambos.

—¿Eleanor?

La soltó al oír la voz de Lydia Pearson flotando a través de la entrada desde la otra habitación.

Eleanor se volvió para mirarlo, levantando la barbilla en un gesto de desafío.

—No te creo. Esto es solo otro truco. Si Lord Stanley no atrae a mi prima, probablemente esperas que yo pueda convencerla de que hable con su padre. Pero debes saber que no traicionaré a Lydia por mucho que puedas tentarme.

Se dio la vuelta y salió de la habitación a paso firme.

Él esperó un tiempo antes de seguirla, esperando disipar cualquier sospecha de que habían estado solos en esta habitación. Una sonrisa rozó sus labios mientras consideraba su última declaración. Eleanor Pearson se sentía tentada por él. Podía trabajar con eso.

CAPÍTULO TRECE

ELEANOR SE JURÓ que tendría sus emociones bajo control la próxima vez que viera a Lord Hargrove. Cuando llegaran al baile —el tercero en la última semana— no comprobaría inmediatamente si él ya había llegado. Interactuaría con los demás invitados y no pasaría el tiempo anticipando bailar con él.

Resultó ser más difícil de lo que había imaginado. Especialmente cuando otros parecían empeñados en mencionarlo.

—Lord Hargrove está aquí —dijo Lydia poco después de su llegada.

Eleanor ignoró cómo su corazón dio un vuelco ante el inocente comentario de su prima. —Qué bien.

—Me pregunto si te pedirá bailar el vals de nuevo. Yo estoy reservando ese baile para Lord Stanley.

Ella se preguntaba lo mismo, pero no lo admitiría. Lydia ya había comentado en varias ocasiones que Hargrove se esforzaba por bailar con ella. —Quizás no haya vals esta noche.

—Oh, espero que sí lo haya —dijo Lydia con un suave suspiro.

Afortunadamente, el primero de una larga fila de hombres se acercó entonces a su prima y le pidió bailar, salvando a Eleanor del incómodo tema.

Se felicitó por su disciplina cuando no miró alrededor del salón para ver si podía localizar a Hargrove. En su lugar, se dirigió al grupo de mujeres con las que solía charlar mientras su prima bailaba.

—Ahí estás —dijo la señorita Stapleton—. He estado esperando tu llegada.

A sus treinta años, la señorita Stapleton nunca era invitada a bailar. Sin embargo, asistía a todos los eventos porque tenía una hermana menor que buscaba marido.

Eleanor se preguntó por el entusiasta saludo. Se acomodó en una silla junto a la mujer. —¿Me he perdido algo emocionante?

A la señorita Stapleton le gustaba llevar un registro de todas las parejas de baile. Si alguien era lo suficientemente audaz como para bailar dos veces con el mismo hombre, ella anunciaba que era evidente que ahora estaban cortejándose.

—Por desgracia, nada fuera de lo común. Pero quería hablarte sobre Lord Hargrove.

Eleanor no pudo evitar buscar al hombre entre las parejas que bailaban. De repente temió encontrarlo bailando con alguien más. Hasta ahora, solo había bailado con ella o con Lydia. La idea de que ahora estuviera mostrando preferencia por otra mujer la dejó inquieta.

—No está bailando —dijo la señorita Stapleton—. Por eso quería hablar contigo.

Eleanor forzó su mirada de vuelta a la mujer. Fue un esfuerzo mantener su expresión neutral mientras hablaba. —No conozco bien al caballero.

—Pero solo baila contigo y con tu prima. Es un patrón que se repite en cada baile al que los tres asisten.

Por supuesto que lo había notado. —Su padre era amigo de mi tío. Nuestras dos familias están conectadas solo por esa amistad.

La mujer dejó escapar un suspiro. —Admito que me alivia oír eso. Me preocupaba que pudiera estar cortejando a tu prima.

Eleanor no dijo nada para no traicionar la complicada situación que rodeaba a Lydia y Lord Hargrove. Y si era honesta consigo misma, le molestaba un poco que a esta mujer no se le hubiera ocurrido que Lord Hargrove pudiera estar mostrando interés en Eleanor.

La señorita Stapleton se inclinó más cerca. —Mi hermana esperaba atraer su atención. ¿Sería posible que la mencionaras

como posible pareja de baile la próxima vez que hables con él?

No podía negar la petición de la mujer a pesar de que tenía muchas ganas de hacerlo. Hargrove no le pertenecía. Incluso si lograba liberarse de su compromiso con Lydia, no cortejería a Eleanor.

Buscó a la hermana de la mujer y la encontró bailando con un hombre que le doblaba la edad. Hizo una mueca. No era de extrañar que esperara bailar con Hargrove si esa era la calidad de pretendientes que estaba atrayendo. Aun así, la hermana de la señorita Stapleton rara vez se quedaba sin pareja. Como Lydia, bailaba la mayoría de las piezas, sentándose solo cuando necesitaba un descanso.

—No parece que a tu hermana le falten parejas.

El suspiro de la mujer fue más fuerte, y Eleanor sospechó que la había molestado con su observación. Sin duda esperaba que Eleanor accediera a hacer la presentación lo antes posible.

—Esta es su segunda temporada, y no ha mostrado interés por ninguno de los hombres que la están cortejando. Pensé que podría ser prudente ampliar su círculo de conocidos. Y dado que Lord Hargrove está siendo muy elusivo...

—No parece que esté buscando una esposa. —Eso era cierto.

La señorita Stapleton entrecerró los ojos, y Eleanor se preguntó si había hecho un mal trabajo ocultando su consternación ante la idea de que Hargrove cortejara a su hermana.

—¿Estás negando mi petición?

Eleanor negó con la cabeza. —Por supuesto que no. Veré qué puedo hacer. Solo me preocupaba cómo sacar el tema.

La mujer sonrió, su alivio era evidente. —Siempre me has parecido una conversadora hábil. Estoy segura de que no tendrás problemas para mencionar a mi hermana a Lord Hargrove.

La sonrisa de Eleanor se sintió congelada mientras aceptaba el cumplido.

La señorita Stapleton frunció el ceño. —¿Ocurre algo? No te ves bien.

Eleanor se llevó una mano a la sien, que ahora palpitaba con su muy real consternación. —Me temo que tengo dolor de cabeza. ¿No

encuentras que hace calor aquí?

La otra mujer le dio unas palmaditas en el brazo. —Yo misma he asistido a algunos eventos sintiéndome mal. Pero ese es nuestro destino en la vida. Nuestras necesidades siempre serán secundarias a las de nuestros protegidos.

La simpatía en la mirada de la mujer solo sirvió para empeorar el estado de ánimo de Eleanor.

—Quizás debería salir al balcón unos minutos. El aire fresco podría ayudar a despejar mi cabeza.

—Oh, por supuesto, querida. Esta pieza no terminará en un buen rato. Si tu prima viene a buscarte antes de que regreses, yo la vigilaré.

Eleanor le agradeció y se dirigió a las puertas del jardín. Cuando salió, ya había varias parejas allí, charlando amablemente. La vista solo amargó aún más su estado de ánimo.

Buscando soledad, se movió hacia el extremo más alejado del balcón, lejos de las parejas felices y risueñas.

Cuando había llegado a Londres con la familia de su prima, pensaba que se había resignado a su destino en la vida. Pero algo había cambiado en las últimas semanas. Y sabía exactamente quién era el culpable.

Hargrove.

—Eleanor.

Por un momento pensó que había imaginado su voz grave, viniendo hacia ella desde justo más allá de los escalones que conducían al jardín. Pero entonces lo oyó de nuevo, y se volvió hacia el sonido y entrecerró los ojos.

Hargrove estaba de pie en el mismísimo borde del charco de luz que se derramaba en los jardines desde las puertas abiertas del salón de baile. Era como si lo hubiera conjurado con solo pensar en él.

Miró por encima del hombro. Solo quedaba otra pareja en el balcón, y estaban de espaldas a ella. Antes de que pudiera cambiar de opinión, se deslizó por los escalones del jardín y fue hacia él.

—No debo...

Él se llevó un dedo a los labios, recordándole que no debía hablar para evitar que los descubrieran. Luego le tendió una mano.

Ella se quedó mirándola durante varios segundos largos, considerando si era prudente tomarla. Pero solo se estaría mintiendo a sí misma si pensara, aunque fuera por un momento, que no iba a seguirlo.

Puso su mano en la de él, sintiendo un vuelco en el corazón al ver cómo le sonreía, y le permitió guiarla más adentro del oscuro jardín.

CAPÍTULO CATORCE

ERA un milagro que Eleanor hubiera aceptado su invitación. Él esperaba que ella negara con la cabeza y regresara al salón de baile.

No había visitado estos jardines antes, así que no sabía adónde la estaba llevando. Pero cuando la vio salir del salón de baile antes, aprovechó la oportunidad para finalmente tener un momento a solas con ella.

—No deberíamos ir muy lejos.

Su susurro lo hizo sonreír. Dobló una esquina detrás de una hilera de setos, manteniéndola detrás de él por si se encontraban con alguien. No era su intención comprometerla, no cuando ese infernal acuerdo de compromiso aún estaba vigente.

Afortunadamente, esta parte del jardín estaba vacía. Mejor aún, había un pequeño banco de jardín y la llevó allí.

La luna estaba fuera y lo suficientemente brillante como para permitirle escanear el área. Había principalmente setos aquí con algunos rosales agrupados frente a donde estaban sentados. Se sintió aliviado al ver que había otras dos salidas por las que podrían escapar si alguien se acercaba.

Se volvió para mirar a Eleanor, quien lo miraba con un ligero ceño fruncido.

—¿Por qué estamos aquí?

No pudo resistirse a burlarse de ella. —Te llamé y viniste. Y aquí estamos.

Ella entrecerró los ojos un poco, y él quiso reír.

Levantó un hombro. —Te vi salir al jardín. Parecías molesta, y quería asegurarme de que nada estuviera mal.

—¿Alguien te vio seguirme? Debería regresar...

Él aún sostenía su mano, y acarició su palma con el pulgar. Su caricia detuvo su protesta.

—Salí por una puerta diferente. No estaba seguro de poder interceptarte antes de que regresaras, pero tenía que intentarlo. ¿Me dirás por qué estabas tan molesta?

Ella miró hacia otro lado y él esperó. Finalmente, cuadró los hombros y se volvió para mirarlo.

—La señorita Stapleton quería que te presentara a su hermana menor.

Él intentó poner un rostro al nombre. —¿La conozco?

—Es una de las mujeres con las que socializo mientras todos los demás están bailando.

Se dio cuenta de quién estaba hablando. También conocía a la hermana de la mujer. Era cierto que no habían sido presentados, pero la joven literalmente se había tropezado con él en dos ocasiones separadas. Luego lo había mirado fijamente, sin duda esperando que se enamorara de ella en el acto.

—No hemos sido presentados formalmente, pero sé de quién hablas.

Su mandíbula estaba apretada, pero de alguna manera logró decir: —Puedo presentártela.

La visión de su evidente disgusto solo sirvió para animarlo. Claramente ella no deseaba hacerlo, pero la señorita Stapleton debía haberle extraído su promesa.

Estiró las piernas frente a él. —No es necesario.

Su postura tensa se relajó un poco. —Quizás puedas bailar con ella una vez.

Él se burló. —No le faltan parejas de baile.

Eleanor frunció el ceño de nuevo. —Parece bastante probable que Lord Stanley pueda ofrecerse por mi prima. Es evidente que está embelesado con ella, y sé que ella lo favorece por encima de todos sus otros pretendientes.

El alivio burbujeo dentro de él. —Así parece. Me alegra saber que ella consideraría su cortejo.

Se sentaron juntos durante casi un minuto completo sin palabras. Eleanor miraba las rosas, y él la miraba a ella. Pensamientos y emociones se agolpaban dentro de él. Quería conocer mejor a esta mujer, pero ¿cómo podría abordar el tema sin ofenderla? Quién sabía cuándo tendrían otro raro momento de soledad juntos. Pero, ¿ella siquiera consideraría una relación cercana cuando él aún estaba formalmente comprometido con su prima?

—Entonces, si Lydia acepta casarse con Lord Stanley y se rompe el acuerdo, ¿aún estás decidido a evitar el matrimonio?

Se frotó un dolor en el pecho. La verdad era que no podía responder a su pregunta. —No lo sé.

Su mirada se encontró con la suya, sus ojos abiertos de par en par. —Eso no es lo que dijiste antes. Me dijiste que no tenías intención de casarte en los próximos años. ¿Qué ha cambiado?

¿Qué, en efecto? —No lo había planeado, no. Y ¿descubrir que mi padre me estaba obligando a hacer su voluntad incluso desde la tumba? —Una neblina de ira amenazaba con apoderarse de él cada vez que pensaba en las manipulaciones de sus padres. Pero no permitiría que esas emociones se colaran en esta conversación—. No estoy buscando activamente una esposa, pero tampoco estoy totalmente en contra de la idea. Siempre y cuando sea una pareja de mi elección, por supuesto.

Ella escudriñó su mirada, sin duda tratando de determinar la veracidad de su declaración. Pero en sus ojos, él podía ver la pregunta que ella quería hacer. Quería saber si él había encontrado a esa mujer. Si tal vez podría ser ella.

Ella abrió la boca para hacer la pregunta pero luego apretó los labios y miró hacia otro lado.

Se vio superado por el impulso de sacudirla. Ella estaba tan empeñada primero en verlo casado con su prima y luego quería presentarlo —aunque a regañadientes— a otra mujer más joven. ¿Por qué no podía considerar la posibilidad de que tal vez ellos dos pudieran tener algo más?

—Hazme tu pregunta, Eleanor. —Su voz era áspera, traicionándolo.

Ella negó con la cabeza, y él fue incapaz de evitar alcanzarla. Sus manos estaban en sus hombros, y la giró para que lo mirara.

Sus ojos estaban abiertos de sorpresa. —¿Qué...?

Él bajó la cabeza y la besó. Fue suave, tentativo. Podría estar frustrado, pero no era un bruto que forzaría sus atenciones no deseadas sobre una mujer.

Ella se puso rígida en sus brazos. Estaba a punto de apartarse cuando ella se ablandó y se inclinó hacia él. Él la rodeó con sus brazos por la cintura y profundizó el beso.

Era evidente que ella era novata en besar, pero también aprendía rápido. En cuestión de momentos, ella estaba respondiendo a su beso hambriento con igual fervor, sus brazos rodeando su cuello.

Una mano se movió a su pecho, acariciándola allí, disfrutando del suave gemido que escapó de sus labios. Loco de lujuria, deslizó sus dedos a lo largo de su escote y alcanzó su corpiño.

Con un jadeo ella se apartó de él. Sus pupilas estaban dilatadas, su respiración agitada mientras se ponía de pie.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz era áspera con la misma emoción que él estaba sintiendo. Lujuria. Pero también podía ver su culpa.

Había presionado demasiado, había llevado las cosas demasiado lejos. Debería haber esperado hasta que el compromiso fuera cosa del pasado.

Dio un paso atrás, necesitando la distancia del aroma perturbador de Eleanor para aclarar su mente. Se pasó una mano por el pelo. —Eres la mujer más exasperante que he conocido jamás.

Se miraron fijamente durante varios segundos.

—Debería regresar —dijo ella—. Me echarán de menos si permanezco ausente mucho más tiempo... si no lo han hecho ya.

Él asintió. —Te mostraré la entrada lateral que usé y luego volveré por las puertas del jardín. Si alguien te pregunta por tu ausencia, puedes excusarte diciendo que fuiste al tocador. Tendrás que pasar por allí antes de volver al salón de baile.

Ella asintió, y caminaron lado a lado en silencio. Él llevaba las manos entrelazadas a la espalda para no volver a alcanzarla.

Stanley tendría que hacer una oferta por la prima de Eleanor pronto. Geoffrey no sabía cuánto tiempo más podría mantener la distancia de esta mujer.

CAPÍTULO QUINCE

SU ENCUENTRO con Hargrove la dejó sintiéndose eufórica, pero también experimentaba una punzada de culpabilidad. A pesar de lo que Lydia le había dicho la noche anterior, ella y Hargrove seguían comprometidos. Eleanor no debería haber correspondido a su beso.

No sabía qué hacer, así que lo evitó. Durante las siguientes dos semanas, él estuvo presente en todos los eventos a los que asistieron. Una presencia alta e imponente, su mirada la seguía dondequiera que fuera. Y lo peor era que ni siquiera ocultaba su interés. Si había baile, venía a reclamar su mano para el vals. Ni siquiera preguntaba, y ella no lo habría rechazado si lo hubiera hecho.

Si Lydia lo notó, no le importó porque estaba igualmente absorta con Lord Stanley. Eleanor no se habría sorprendido de saber que los dos hombres habían formado un pacto: dividir y conquistar a las primas Pearson.

Lydia entró en su dormitorio esa noche después de que ambas estuvieran listas para dormir. Lo hacía todas las noches, su conversación salpicada de comentarios sobre Lord Stanley y lo apuesto y caballeroso que era. Habían asistido a una reunión esa noche. La fiesta en la casa había estado abarrotada y no había habido baile.

Lord Stanley había estado al lado de Lydia durante la mayor parte de la velada. Eleanor, por supuesto, había estado con ellos la

mayor parte del tiempo. Lord Hargrove no había asistido. Se había acostumbrado tanto a verlo cada noche que su ausencia la había desequilibrado. Lo había echado de menos.

Lydia se sentó en el borde de la cama de Eleanor y la observó mientras se trenzaba el cabello antes de acostarse. Eleanor estudió el reflejo de su prima en el espejo del tocador.

Lydia tomó aire profundamente antes de decir:

—Voy a hablar con padre mañana sobre romper el compromiso.

El corazón de Eleanor dio un salto ante la declaración. Se había vuelto evidente que las cosas entre su prima y Lord Stanley se dirigían en esta dirección, pero no esperaba que el compromiso terminara tan temprano en la temporada. Solo era abril.

Se giró en el banquillo y miró a su prima. Sus manos temblaban, así que las apretó en su regazo.

—Estaría encantada de prestarte mi apoyo cuando hables con él.

Lydia negó con la cabeza, y una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—Lord Stanley vendrá mañana por la tarde para pedir su permiso para casarse conmigo. Si voy a ser marquesa algún día, tendré que empezar a hacer estas cosas por mi cuenta.

Eleanor cruzó la habitación y se sentó junto a su prima en la cama. La envolvió en un fuerte abrazo.

—Estoy muy feliz por ti. Estoy segura de que el tío también estará contento. Lord Stanley es un buen hombre y parece estar dedicado a ti.

Los brazos de Lydia la apretaron antes de separarse.

—Lord Hargrove estará contento. Sé que le tienes aprecio y esperabas que hiciéramos una buena pareja, pero... —Se encogió de hombros.

Fue difícil para Eleanor mantener una expresión neutral. Solo pensar en Hargrove ponía sus emociones en tumulto.

—Siempre fue muy amable contigo.

—Lo fue, pero no creo que alguna vez me viera como una mujer —Había un brillo en sus ojos cuando añadió—: Nunca me miró de la manera en que te mira a ti.

Eleanor no pudo contener su sonrojo.

—Estamos en términos amistosos, nada más.

Lydia alcanzó sus manos y las apretó.

—Sí, Ellie, lo es. Eres muy hermosa. Sé que soy consentida, pero siempre has sido amable y generosa conmigo. Nunca has estado celosa cuando los hombres se me acercaban.

Eleanor se encogió de hombros.

—Es lo que es. Soy pasablemente atractiva, pero nadie me preferiría a mí antes que a ti. Tiene sentido que los hombres se sientan atraídos por ti.

—No. Ellie, eres hermosa, tanto por dentro como por fuera. Hay más de un tipo de belleza, y es bastante obvio para mí que Lord Hargrove aprecia más tu belleza que la mía.

—Creo... —Tuvo que tomar un respiro profundo para calmar sus nervios antes de continuar. No estaba acostumbrada a ser el tema de conversación cuando ella y Lydia discutían sobre pretendientes—. Somos amigos.

Lydia inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creo que podrían ser más que amigos.

Eleanor negó con la cabeza, incapaz de contener una ola de tristeza.

—Él no desea casarse.

—No desea casarse *conmigo*. No estoy segura de que lo mismo sea cierto para ustedes dos.

Eleanor se puso de pie, necesitando que esta conversación terminara.

—No quiero que te preocupes por mí.

Lydia dejó escapar un suave suspiro.

—Y ese, mi querida prima, es el problema. Ya no necesitas preocuparte por mí y por lo que depara mi futuro. He encontrado a un hombre al que amo. No hay razón por la que no podamos ser felices las dos.

—¿Cuándo planeas decírselo a tu padre? Como siempre, estoy a tu disposición si necesitas apoyo emocional después.

Lydia negó con la cabeza, y era evidente que sabía que Eleanor estaba intentando cambiar de tema. Afortunadamente, no insistió en el asunto.

—Hablaré con él mañana al mediodía. Lord Stanley llegará antes de que normalmente recibamos visitas. Planea pedir mi mano entonces —Sonrió, mostrando sus hoyuelos—. Pensé que sería mejor que padre aceptara terminar mi compromiso con Lord Hargrove antes de que él llegue.

—Estoy tan feliz por ti —dijo Eleanor—. Todo ha salido justo como debía. Lord Hargrove no va a presionar su pretensión, has tenido la gloriosa temporada que deseabas y te has enamorado.

La mirada de Lydia se suavizó.

—Ahora que mi futuro estará resuelto, necesitas empezar a preocuparte por ti misma. No me molestaré si algo llegara a suceder entre tú y Lord Hargrove —Una mirada pícara entró en sus ojos—. Además, estaba pensando que deberías ser tú quien le diga a Lord Hargrove.

Eleanor negó con la cabeza. No podía.

—Tal vez el tío...

—No —dijo Lydia con un movimiento de cabeza—. La noticia debería venir de ti. Así verás su reacción de primera mano. Eso te dirá cómo se siente por ti. ¿Querrá lavarse las manos de todo este asunto y seguir adelante, aliviado de obtener lo que quería desde el principio? ¿O te hará saber que quiere cortejarte?

Sus palabras resonaron en el corazón de Eleanor. Lydia se puso de pie y le dio otro abrazo antes de salir majestuosamente de la habitación. Eleanor la vio irse con asombro. ¿Cuándo se había vuelto tan sabia su prima menor? Parecía que encontrar el amor verdadero le había dado a Lydia una madurez que Eleanor no esperaba ver en varios años más.

Lydia tenía razón: ella debería ser quien le dijera a Hargrove.

La emoción comenzó a vibrar en su interior. Seguramente la amistad que había comenzado a desarrollarse entre ellos era real. Y a menos que fuera un actor consumado, él quería más que amistad de ella.

No matrimonio, por supuesto. Hargrove había sido muy claro en cuanto a no querer casarse. Pero no había razón por la que Eleanor no pudiera probar cómo sería estar con él como algo más que simples conocidos. Tenía veinticinco años. Las mujeres mayores

mantenían discretos affaires del corazón, y la sociedad hacía la vista gorda. Era posible que ella y Hargrove pudieran llegar a un entendimiento similar.

Su corazón quería más, por supuesto, pero en esto permitiría que su cabeza gobernara. No tenían un futuro juntos, pero podían disfrutar de este breve momento en el tiempo. Aún quedaban tres meses por delante antes de que terminara la temporada.

Su corazón latía con anticipación mientras se metía bajo las sábanas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ERA temprano por la tarde cuando Geoffrey recibió un mensaje de su hermana pidiéndole que la visitara tan pronto como fuera posible. La citación desencadenó su preocupación, y salió corriendo de la casa. El bebé de ella no debía nacer hasta dentro de un mes, así que aún era un poco pronto. Peor aún, las mujeres morían en el parto. Si estuviera en su lecho de muerte, sabía que lo llamaría.

Un lacayo apenas había abierto la puerta cuando él se precipitó dentro.

—¿Está arriba?

La risa de su hermana proveniente de la sala de estar lo hizo fruncir el ceño. Respiró hondo para calmar su corazón acelerado y siguió el sonido. Su mirada se dirigió inmediatamente al sillón que ella solía usar últimamente porque necesitaba el apoyo de los brazos de la silla para levantarse.

Sus ojos recorrieron el rostro de ella antes de bajar a su vientre. No había dado a luz. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tu nota decía que necesitaba venir de inmediato. Pensé que estabas... —Hizo un gesto con la mano sobre su vientre.

—Estoy perfectamente bien, Geoff. ¿Cómo estás tú hoy?

El sonido de una risa ahogada le hizo girar la cabeza hacia el sofá. Se quedó helado cuando se dio cuenta de que Eleanor estaba allí.

—Tenemos una invitada inesperada pero muy bienvenida —dijo su hermana.

Él se volvió para mirarla.

—¿Tenemos?

Ella asintió.

—La señorita Pearson necesitaba hablar contigo, pero como no podía visitarte, vino aquí en su lugar.

Notó el rubor en las mejillas de Eleanor, y eso la hacía aún más atractiva para él. Se miraron el uno al otro durante varios segundos largos antes de que él recuperara el juicio. Quería hacerle un millón de preguntas pero no podía. No con su hermana en la habitación. En su lugar, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Señorita Pearson.

Abigail dejó escapar un fuerte suspiro.

—Ven a ayudarme a levantarme, Geoff.

Él se movió para hacerlo automáticamente, sus pensamientos aún acelerados. ¿Qué podría haber sucedido que hiciera que Eleanor lo buscara de esta manera? Se veían cada semana en la librería. Ella podría haber esperado para hablar con él allí.

Eleanor también se puso de pie.

—Espero que esto no haya sido una molestia. —Hizo una mueca —. Por supuesto que lo fue. No debería haberlos molestado.

Abigail le apretó la mano.

—Tonterías. Me alegro de ser de ayuda. Pero si me disculpan los dos, necesito dejarlos por un momento. —Colocó una mano sobre su abultado vientre, acariciando la protuberancia—. Creo que ustedes dos necesitan tener esta conversación en privado.

Le dio un beso en la mejilla, aprovechando la oportunidad para susurrarle al oído y presionar algo en su mano.

—Envié su carruaje de vuelta con una nota diciendo que requeriría su ayuda durante las próximas horas. Esta es la llave de mi antigua casa de la ciudad. Aún no hemos tenido la oportunidad de hacer nada con ella, y se me ocurre que podrías encontrarle un uso. —Le guiñó un ojo y articuló con los labios—: No habrá nadie allí.

Él se metió la llave en el bolsillo y la vio marcharse. Cuando se quedaron solos, se volvió para mirar a Eleanor. Se miraron el uno al otro. Finalmente, ella se hundió en el sofá con un fuerte suspiro.

Él no lo pensó dos veces antes de sentarse a su lado. Rara vez tenían la oportunidad de estar a solas, y necesitaba estar lo más cerca posible de ella.

Cuando ella no habló, él rompió el silencio. Debió haber requerido mucho coraje acercarse a su hermana hoy, pero ahora temía que Eleanor pudiera cambiar de opinión.

—¿Querías hablar conmigo?

Eleanor se movió para quedar frente a él.

—Tengo noticias sobre mi prima y Lord Stanley.

Él se quedó quieto, esperando que las siguientes palabras que salieran de su boca fueran que los dos se casarían. Ese sería el mejor resultado para su situación actual, pero Lord Appleby parecía bastante insistente en que se hiciera una unión entre sus dos familias. No estaba fuera del reino de lo posible que el tío de Eleanor hubiera puesto fin al cortejo de Stanley.

—¿Y cuáles son esas noticias?

Los ojos de Eleanor parecían buscar los suyos. Su pecho se elevó mientras tomaba una respiración profunda, pero de alguna manera él mantuvo su mirada en el rostro de ella.

—Ella ha aceptado su propuesta. Está hablando con mi tío hoy y tiene grandes esperanzas de que él le permita romper tu compromiso.

El alivio que sintió fue abrumador. Cerró los ojos por un momento, tratando de contener su deseo de vitorear. Pero no contuvo la sonrisa que se extendió por su rostro cuando abrió los ojos de nuevo.

Eleanor todavía lo observaba cuidadosamente, como si estuviera tratando de leer sus pensamientos. ¿Pensaba ella que él le daría las gracias y luego se marcharía? Lo habría hecho hace dos meses al comienzo de la temporada. Ahora todo había cambiado.

Él alcanzó su mano y la sostuvo. Ambos llevaban guantes, pero una oleada de anticipación lo recorrió. No había nada que le impidiera conocer mejor a esta mujer.

—No voy a mentir. Sabes que estoy más que encantado de oír eso. —Finalmente, el sentido de competencia de Stanley había sido útil. Nunca Geoffrey había estado tan contento de que el hombre lo superara.

Su voz era suave cuando dijo:

—Lo sé.

La lengua de Eleanor se deslizó sobre sus labios, y él quiso gemir. Quería atraerla a sus brazos, a su regazo, pero no podía apresurarse. Ella había correspondido a su beso anoche en el jardín, pero ahora él quería mucho más de ella.

—¿Qué...? —De nuevo con ese infernal lamido de sus labios que lo estaba tentando más allá de la razón—. ¿Qué planeas hacer con tu libertad?

Él miró sus manos entrelazadas, donde su pulgar había estado trazando círculos en el dorso de la mano de ella. Levantó la mano de ella hacia su boca y depositó un beso en la suave piel de su muñeca, por encima de donde terminaba la tela. Su aroma -rosas, si no se equivocaba- era más fuerte allí.

Al oír su brusca inhalación, él encontró sus ojos.

—Me gustaría conocerte mejor.

Ella lo miró fijamente, su expresión impasible durante varios momentos interminables antes de sonreír.

—Esperaba que dijeras eso. Me he estado sintiendo tan culpable por mi... atracción hacia ti.

Su voz se hizo más baja y se inclinó más cerca.

—¿Te sientes atraída por mí?

Ella dejó escapar una pequeña risa y retiró su mano de la de él.

—Sabes que sí. Has estado haciendo todo lo posible por encantarme. Sé que es porque esperabas ponerme de tu lado con respecto a mi prima...

—No —dijo él con el ceño fruncido—. Bueno, quizás al principio. Pero debes saber que he llegado a tenerte en alta estima. Y no estaba mintiendo sobre mi propia atracción.

Palabras más verdaderas nunca se habían dicho. Esta mujer había comenzado a enloquecerlo. El matrimonio no era algo que esperara contemplar durante varios años más, pero algo acerca de

Eleanor Pearson lo hacía pensar que necesitaba considerar el asunto ahora. Antes de que alguien más la arrebatara.

Un destello de emoción cruzó su rostro. —Yo... —Negó con la cabeza y se apartó de él.

Él se acercó más. No se tocaban, pero casi. De alguna manera resistió el impulso de tomarla por el mentón y volver su rostro hacia él. —Dímelo.

Ella tomó otro respiro profundo y se volvió para mirarlo. —Tengo veinticinco años.

Parecía pensar que esas palabras deberían transmitirle algo, pero él se encontró perdido en cuanto a su significado. —¿Y?

—Nadie va a ofrecerme matrimonio.

Él no pudo contener la risa.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño. —Me alegra ver que mis circunstancias actuales te causan tanta gracia.

Él se serenó pero no pudo evitar sonreír ante su ridícula afirmación. —Si algo me queda claro, es que estás dedicada a tu prima. Y el cielo sabe que sus padres la consienten.

Ella abrió la boca para interrumpir, pero él continuó. —No estoy diciendo nada negativo sobre la señorita Pearson, solo que es evidente que todos ustedes han puesto sus necesidades por encima de las propias. Especialmente tú. Pero una vez que ella se case, serás libre de mirar hacia tu propio futuro.

Ella negó con la cabeza. —Aun así seré demasiado mayor.

—Eleanor. —Le encantaba cómo su nombre rodaba en su lengua —. Mi hermana tiene veintisiete años y está embarazada. Todavía hay tiempo para que tengas tu propia familia.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de ella redondeada por un embarazo. El pensamiento le provocó un anhelo inesperado, pero apartó ese sentimiento. Era demasiado pronto para que estuviera pensando en hijos. Todavía tenía que decidir si quería una esposa.

Una esquina de su boca se elevó, pero sus palabras estaban teñidas de una pizca de emoción agridulce. —Eso podría ser cierto, pero ambos sabemos que los hombres buscan mujeres de la edad de Lydia, no de la mía. Nadie me mirará, ni siquiera sin Lydia a mi lado.

Él quería sacudirla. ¿Por qué estaba siendo tan terca con esto? —Yo te estoy mirando.

Ella encontró su mirada. —Pero no como esposa. Ambos sabemos que no tienes intención de casarte. No todavía.

Tuvo que ignorar el impulso de negar su afirmación. En verdad, ya no sabía lo que quería. Estaba aliviado de estar libre de su indeseado compromiso, sí. Pero seguramente no estaba considerando darse la vuelta y proponerle matrimonio a otra mujer. Estaba confundido y necesitaba tiempo para pensar.

—He aceptado mi realidad. Pero eso no significa...

Ella apartó la mirada, y Geoffrey se encontró pendiente de sus palabras. Enderezó la espalda y se volvió para enfrentarlo de nuevo. Esta vez fue Eleanor quien se acercó a él y entrelazó sus dedos. Una ardiente conciencia recorrió su cuerpo y él supo —*supo*— lo que ella iba a decir.

—Eso no significa que no quiera saber cómo sería estar con un hombre. Las mujeres de mi edad pueden tener amantes. La sociedad hace la vista gorda.

Su pulso se aceleró. —¿Tus tíos harían la vista gorda?

Ella dejó escapar una risa sorprendida. —Por supuesto que no. Pero una vez que Lydia esté casada, ya no se me pedirá que la acompañe como chaperona. Tendré cierta medida de libertad.

La llave que su hermana le había dado pesaba en su bolsillo. Abigail había sabido lo que pasaría entre él y Eleanor. Que querría hacerla suya.

—Eleanor.

Ella tragó saliva. —¿Sí, mi lord?

—Necesito oír las palabras de ti. ¿Por qué estoy aquí? Tu tío podría haberme contado sobre el compromiso roto él mismo. Y más importante aún, ¿por qué me estás contando sobre tus planes para el futuro?

Ella lo miró fijamente durante casi un minuto completo. Él esperó. Embarcarse en una aventura física no sería poca cosa para Eleanor, no si era tan inocente como él sospechaba. La había perseguido, sí. Había cruzado varias líneas que harían que la gente cotilleara sobre ellos dos si fueran descubiertos. Pero no la

presionaría en esto. Quería... No, *necesitaba* que esta decisión fuera suya.

—Quiero tener una aventura discreta contigo.

Aventura. No aventura amorosa, que él habría pensado que ella querría. De alguna manera ese pensamiento le molestó.

—¿Y si te rechazara? ¿Buscarías a alguien más?

CAPÍTULO DIECISIETE

SU BOCA se abrió de la impresión. ¿De verdad creía que ella haría, no, que ella *podría* hacer esta misma propuesta a otro hombre?

Intentó liberar su mano de su agarre mientras se ponía de pie, pero él se negó a soltarla. En su lugar, la siguió y se paró demasiado cerca para su comodidad. Sus dedos aún estaban entrelazados.

El calor coloreó sus mejillas. —Olvídelo. Lamento haberle molestado con esta petición. Ya que ahora tiene la libertad que deseaba, le ruego que suelte mi mano y haga lo mismo conmigo.

Su mirada permaneció fija en su rostro. —No has respondido a mi pregunta.

¿Por qué estaba siendo tan exasperante? —Si debe saberlo, la respuesta es no. No tengo intención de acercarme a otro hombre.

Su boca se curvó en una sonrisa de satisfacción que hizo que su temperamento se disparara. Esa debió ser la única razón por la que añadió: —Pero uno nunca sabe lo que el futuro puede deparar.

Dejó escapar un pequeño grito cuando él tiró de su mano, desequilibrándola, y ella chocó contra su pecho. Su otra mano se extendió sobre su espalda alta, manteniéndola contra él.

Encontró su intensa mirada, y por un momento se olvidó de respirar. Había visto deseo en su mirada antes, cuando la había besado. Pero eso no era nada comparado con el fervor ardiente dentro de las profundidades azules de sus ojos ahora. Era incapaz de

moverse, atrapada por lo que fuera que estaba sucediendo entre ellos.

—Respuesta incorrecta —dijo él.

Cielos. La voz de Hargrove era un gruñido bajo que envió escalofríos de conciencia por su cuerpo. —¿Qué...? —Su voz se quebró en la pregunta. Tuvo que humedecerse los labios y tragar antes de poder continuar—. ¿Cuál es la respuesta correcta?

Él la presionó aún más cerca de él. La sensación de su excitación era inconfundible. —La respuesta correcta es que me deseas solo a mí.

Su boca se estrelló contra la suya en un beso abrumador, y ella se abrió inmediatamente para recibirlo. Sus piernas se sentían débiles, y si él no la hubiera estado sosteniendo contra él, temía que se habría desmayado.

El beso terminó demasiado pronto, pero Hargrove no la soltó.

Ella parpadeó hacia él, sus pensamientos confusos, y luego presionó su rostro contra su pecho. Un estremecimiento la recorrió. Finalmente, después de tomar un profundo respiro, se apartó de él.

—No podemos hacer esto aquí —dijo él mientras la soltaba, sus brazos cayendo a sus costados.

Ella sintió agudamente la pérdida de su abrazo. Tratando de ocultar su vergüenza, apuntó hacia la ligereza. —Tú fuiste quien me besó.

Una esquina de su boca se levantó, y el calor en su mirada hizo que su estómago diera un vuelco.

—Me gustaría hacer más que besarte. —Imposiblemente, su voz se había vuelto aún más baja.

Ella era incapaz de pensar. Él la había dejado sin palabras. —Yo...

Él se rió, el sonido ligero. —Me gustaría mucho aceptar tu oferta.

—A mí también —repitió ella, atrapada en la elevada conciencia que parecía estar arremolinándose a su alrededor.

Él la miró, claramente divertido por su incapacidad para formar un pensamiento coherente. Ella estaba completamente fuera de su elemento y tendría que confiar en él sobre cómo proceder.

Aclaró su garganta. —¿Cómo?

—Te escoltaré hasta mi carruaje y luego hablaré con mi cochero. Él te llevará a la casa de ciudad de mi hermana. La que ella habitaba antes de casarse. —Presionó una llave en su mano—. La casa estará vacía. Espérame allí.

Esto estaba sucediendo mucho más rápido de lo que había anticipado. Debería estar aterrorizada ante la mera idea de dar un paso tan irrevocable con este hombre. Si alguien se enteraba de su aventura, estaría arruinada.

Pero no le importaba. No estaba buscando un marido. Sí, había habido algunos caballeros en los últimos años que habían expresado interés en cortejarla, pero los había rechazado a todos. Su primer deber había sido con Lydia.

Ahora, sin embargo, ¿quién sabía lo que deparaba el futuro? Muchos ya la consideraban demasiado mayor para casarse. Se había resignado al hecho de que había esperado demasiado y ahora estaba destinada a ser una solterona. Pero aunque no se arrepentía de haber rechazado a ninguno de esos hombres, sí se arrepentiría de perder esta oportunidad con Hargrove.

Aferró la llave y asintió. Cuando él le ofreció su brazo, lo tomó y lo siguió hasta su carruaje.

CAPÍTULO DIECIOCHO

SENTADA EN LA comodidad del carruaje de Hargrove, Eleanor reflexionó sobre las últimas palabras que él le había dicho antes de cerrar la puerta. *Si cambias de opinión, pídele al cochero que te lleve a casa.*

Su preocupación por ella, incluso cuando era evidente que él deseaba que continuara hacia la antigua casa de Abigail, solo sirvió para convencerla de que había tomado la decisión correcta.

Aun así, se tomó el tiempo para buscar en su corazón incluso el más mínimo indicio de duda. No podía negar que estaba nerviosa. Sabía qué esperar, pero saber y experimentar eran dos cosas diferentes. Sin embargo, ya no podía escapar de la verdad de sus sentimientos por Lord Hargrove. Aunque nunca pudieran estar juntos, quería experimentar el acto de intimidad con un hombre al que amaba.

No había querido admitir sus sentimientos mientras él aún estaba comprometido con su prima, pero ahora ambos estaban libres. Más importante aún, Lydia le había dado su bendición. No es que su prima esperara que Eleanor iniciara un romance con el hombre, pero Lydia era joven y romántica. Eleanor era más práctica.

La calma se había apoderado de ella cuando el carruaje llegó a su destino. Eleanor agradeció al cochero, que había venido a ayudarla a bajar, y se dirigió hacia la pequeña casa de ladrillo.

El silencio parecía resonar a su alrededor mientras cerraba la puerta tras de sí. No sabía si Hargrove tenía otra llave, así que dejó la puerta sin llave.

Giró a la derecha hacia lo que claramente era el salón. La casa aún estaba amueblada, pero una fina capa de polvo se había asentado en la mayoría de las superficies. Era una vista reconfortante porque significaba que no habría sirvientes entrometiéndose en su privacidad. Mirándola, juzgándola. Y no habría peligro de que los chismes llegaran a la casa de su tío.

Se acomodó en un sillón para esperar. Pasaron quince minutos antes de que oyera a alguien en la puerta principal. Se levantó, dándose cuenta solo entonces de que tal vez habría sido mejor esconderse. ¿Y si alguien más también tuviera acceso a esta casa?

Casi se desplomó de alivio cuando apareció Hargrove. Sus miradas se encontraron.

Él entró en la habitación.

—Estás aquí.

—¿Pensaste que cambiaría de opinión?

Él acortó la distancia entre ellos. Estaba al alcance de su brazo cuando se detuvo. Ella quería arrojarse a sus brazos, pero la incertidumbre sobre cómo proceder la mantuvo inmóvil en su lugar.

—No creía que lo harías, pero uno nunca puede estar seguro.

Él levantó una mano, y ella puso su mano sin guante en la de él sin dudarlo. Se había quitado los guantes mientras lo esperaba. Dado lo que estaba a punto de suceder, parecía tonto insistir en la formalidad de mantener sus manos cubiertas por el lino blanco.

—Puedes estar seguro de mí.

Él llevó su mano a sus labios, sus ojos iluminándose con lo que solo podía llamarse deleite diabólico antes de voltear su mano y presionar un beso en su palma. La sorpresa la recorrió cuando sintió la punta de su lengua.

—Estoy ansioso por saborearte por completo —murmuró él, su aliento rozando la pequeña zona húmeda y aumentando la sensibilidad de su piel.

—Válgame el cielo. Ahora entiendo por qué se nos advierte que mantengamos nuestros guantes puestos en presencia de un

caballero.

Él soltó una carcajada sorprendida. Manteniendo su mano firmemente en la suya, se giró y la condujo fuera de la habitación y hacia el segundo piso de la casa. Con cada paso, la anticipación crecía dentro de ella hasta convertirse en algo vivo y palpitante. La impactante sensación de su lengua en su mano la hizo preguntarse cómo se sentiría en otras partes de su cuerpo.

Respiró hondo y apartó esos pensamientos. Esta primera vez iba a doler. ¿Habría otra? Tal vez debería haberle preguntado qué pasaría después, pero descubrió que no le importaba. Ya fuera que estuvieran juntos una vez o varias veces durante el resto de la temporada, aún quería estar con él.

Lo miró de reojo cuando se detuvo frente a una puerta y miró dentro. Con un movimiento de cabeza, la llevó consigo y repitió sus acciones hasta que encontró la habitación que buscaba.

No se molestó en cerrar la puerta del dormitorio después de que entraron en la habitación. No había necesidad, ya que no había nadie más allí.

Hargrove soltó su mano y se volvió para mirarla, sus ojos oscuros de emoción.

—Si fuera un verdadero caballero, te daría una última oportunidad de cambiar de opinión.

Ella dio un paso más cerca. Apenas unos centímetros los separaban.

—Si fuera una dama apropiada, no estaría aquí.

Los segundos se alargaron mientras el aire se volvía denso. Él la miraba fijamente. De alguna manera, ella sabía lo que él quería sin tener que oír las palabras. Estaba esperando que ella hiciera el primer movimiento.

Ella cerró esos últimos centímetros, se inclinó contra su cuerpo y envolvió sus brazos alrededor de su cuello para acercar su cabeza a la suya. Con un gemido, él la sostuvo contra sí y la besó, su boca moviéndose contra la de ella con urgencia ardiente.

Ella se rindió al deseo que crecía en su interior y devolvió el beso. Se habían ido las últimas de sus inhibiciones. Estaba libre de cualquier culpa persistente con respecto a su prima y era una

participante entusiasta. Hargrove tenía más conocimiento que ella cuando se trataba de llevar a cabo aventuras amorosas, pero ella se prometió ser una alumna entusiasta y seguir su ejemplo.

Sus manos se movieron hacia los hombros de su levita, y ella empujó la tela hacia abajo por sus brazos y la quitó.

Se quedó quieta mientras lo miraba. Había visto a su tío usando solo un chaleco y una camisa, pero era mucho más íntimo estar de pie en un dormitorio con Hargrove mientras él estaba vestido de manera similar.

—No rellenas tu abrigo —dijo ella. Sabía que muchos hombres lo hacían para que sus hombros parecieran más anchos. Su tío era uno de ellos.

Levantó una mano hacia su hombro, deleitándose con la sensación de los músculos allí, antes de sentir también su brazo. Cuando llevó su mano a su pecho, él la capturó con la suya y la mantuvo prisionera contra su corazón.

Con un pequeño movimiento de cabeza, tomó el abrigo que ella aún sostenía sobre un brazo y se dirigió al tocador, donde lo dejó sobre su superficie.

Ella solo pudo mirar, paralizada en su lugar, mientras él se quitaba la corbata y el chaleco. El hechizo se rompió cuando colocó esas prendas sobre su abrigo y se volvió para mirarla de nuevo, con una ceja levantada.

El calor coloreó sus mejillas al darse cuenta de que la había atrapado mirándolo fijamente. Pero era imposible creer que realmente estaba en esta habitación, viéndolo desvestirse. Que iban a hacer el amor.

La vergüenza la impulsó a actuar incluso cuando se dio cuenta de que no se estaba comportando racionalmente. Hargrove debía saber que ella lo encontraba atractivo.

Su vestido tenía pequeños botones a lo largo de toda la espalda, y ella no podría desabrocharlos por sí misma. Cuadró los hombros, tratando de imitar su aire de confianza cuando se trataba de desvestirse frente a otro.

—Voy a necesitar tu ayuda, Hargrove.

Una ligera mueca cruzó su rostro, y ella dio un paso atrás. ¿Ya había estropeado las cosas? —Lo siento, mi señor...

—No. —Él volvió a acortar la distancia entre ellos—. No quiero esta formalidad entre nosotros. Es solo que escucharte usar mi título ahora, cuando estamos a punto de hacer el amor... —Una pequeña arruga surcó su frente—. No hace tanto que murió mi padre. Cada vez que alguien me llama por su título, espero verlo entrar en la habitación.

Su mirada se posó en la de ella como si fuera vital para él que le creyera. —Lo último que quiero pensar ahora mismo es en mi padre.

Ella asintió comprensivamente. Su relación había sido tensa, así que lo que había dicho tenía sentido. —¿Cómo debería llamarte?

—Mi nombre de pila es Geoffrey.

Él le acarició la mejilla, y ella giró el rostro para depositar un beso en su palma antes de sonreírle. —Te diría que me llamaras Eleanor, pero llevas haciéndolo desde hace tiempo.

Él se rio, arrugándosele las comisuras de sus ojos azules. A ella le encantaban sus ojos.

La hizo girar y comenzó a desabrochar la larga fila de botones. Con cada uno, su anticipación crecía. Cuando el vestido estuvo suelto, él separó la tela y depositó un beso en su hombro. Ella se estremeció al sentir el calor de su aliento en la piel.

Finalmente, después de soltar el último botón, dio un paso atrás. Ella se volvió para mirarlo, sus manos eran lo único que sostenía el vestido en su lugar. Observó su rostro mientras bajaba los brazos y dejaba que la tela cayera formando un charco en el suelo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

AHORA ERA su turno de mirar fijamente. Sus ojos recorrieron su figura de arriba abajo donde ella estaba de pie, vistiendo solo su camisola blanca y corsé. De alguna manera logró contenerse de lanzarla sobre la cama y poseerla. Esta iba a ser su primera vez juntos, la primera de muchas si él tenía algo que decir al respecto. No quería asustarla apresurándose.

—Suéltate el cabello —su voz sonaba más áspera de lo normal, y no podía explicar por qué. Se había acostado con otras mujeres, pero había algo en Eleanor que lo afectaba de una manera que nadie más lo había hecho.

Ella levantó las manos para hacerlo, y sus ojos se deslizaron hacia abajo para apreciar cómo sus pechos amenazaban con derramarse por encima de su corsé.

Apretando los puños a sus costados, se obligó a mirar cómo ella se quitaba las horquillas. Cuando terminó, liberó la pesada masa de cabello oscuro. Le cayó más allá de los hombros y cubrió la parte superior de sus pechos.

Caminó hacia el tocador y esparció las horquillas sobre su superficie junto a la ropa de él. Dejó su vestido en el suelo, casi como si se hubiera olvidado de él. Él se inclinó para recogerlo y lo colocó sobre el asiento del banco del tocador. Ella no querría regresar a casa y que alguien le preguntara por qué su vestido estaba arrugado.

Estaba al alcance de su brazo pero no se había girado para mirarlo. Antes de que pudiera pedir ayuda, él comenzó a desatar su corsé. Sus respiraciones ahora venían en jadeos superficiales, revelándole cuánto le afectaba su cercanía.

Cuando le quitó el corsé, ella dejó escapar una fuerte exhalación de alivio pero no se giró para mirarlo. Él quería bajarle la camisola pero resistió la tentación. Ir despacio podría matarlo.

La atrajo hacia sí, envolvió sus brazos alrededor de su cintura y presionó su boca contra su cuello.

—Nunca dudes que eres hermosa, Eleanor.

Odiaba que ella se viera inferior a su prima. La belleza de Lydia era delicada, y a él no le agradaba la idea de estar con una mujer que le recordara a una frágil figurilla de porcelana. Prefería mujeres reales que no parecieran que fueran a romperse.

Presionó su dureza contra la cadera de ella y ella jadeó. Bien. Quería que supiera exactamente lo que le estaba haciendo.

Moviéndose con una paciencia que no creía poseer, tomó su mano y la condujo a la cama. Cuando ella se sentó en el borde, él retrocedió para quitarse el resto de su ropa. La mirada de ella era una caricia física sobre su cuerpo. Estaba más duro de lo que jamás había estado, su necesidad era un dolor desesperado, pero le permitió mirar todo lo que quisiera mientras él estaba de pie frente a ella.

Gimió cuando ella se humedeció los labios, inundándolo pensamientos sobre dónde exactamente quería sentir esa lengua. Ella se alejó un poco cuando él se inclinó para sentarse a su lado.

Una esquina de su boca se curvó hacia arriba.

—Espero que eso no signifique que estás reconsiderando.

Ella soltó una pequeña risa.

—Me encuentro sintiéndome tímida a tu alrededor ahora que estás...

—¿Desnudo?

—Sin ropa.

Esta vez él se rio mientras se movía y se acostaba encima de las sábanas.

—¿Te unirás a mí?

Ella se cubrió la cara con las manos, y por un momento aterrador, él temió que fuera a salir corriendo.

—¿Eleanor?

Ella bajó las manos, su expresión seria.

—¿Puedo mantener mi camisola puesta? No creo tener el valor para desvestirme completamente.

Él le ofreció su mano.

—Por supuesto.

Con un profundo respiro, ella puso su mano en la de él y le permitió tirar de ella hacia la cama junto a él. Se acostaron de lado, uno frente al otro. Él sin una pizca de ropa, Eleanor vistiendo su camisola. Él esperó a que ella hablara primero.

—Estoy tan feliz de que Lydia haya encontrado a alguien más. Temía el hecho de que algún día fueras el esposo de mi prima.

Él acarició con el dorso de su mano a lo largo de su mandíbula, subiendo por el costado de su rostro, y luego enterró sus dedos en su cabello.

—No sé cómo habría sobrevivido estando cerca de ti y no poder hacerte mía.

Se levantó sobre ella, suspendido con su peso apoyado en sus antebrazos. Luego se bajó para poder sentir las suaves curvas de su cuerpo bajo el suyo. El deseo se disparó dentro de él.

CAPÍTULO VEINTE

EL CUERPO desnudo de Geoffrey contra el suyo provocó un tumulto de sensaciones que amenazaba con abrumarla. El calor de su cuerpo, su piel tocándola a lo largo de toda su extensión, ardía incluso a través de la fina tela de su camisola. Pero por encima de todo, era agudamente consciente de la dura longitud de él presionando contra su muslo. Era incapaz de hablar.

—Odio que hacer el amor contigo te vaya a doler, pero me aseguraré de que encuentres tu placer primero.

Ella ya estaba experimentando un gran placer; no sabía cómo podría ser mejor. —Confío en ti.

Él la besó, su boca ávida y hambrienta sobre la suya. Ella respondió al beso con una pasión que no sabía que era capaz de sentir. Cuanto más le pedía él, más quería darle ella.

Su boca se movió por su mandíbula hasta su cuello, y ella inclinó la cabeza para darle mejor acceso. Se arqueó contra su mano cuando él le acarició el pecho y contuvo la respiración mientras su boca descendía. Él ya había tocado sus pechos antes, aquella noche en el jardín, pero ahora necesitaba sentir su boca sobre ella. Besó alrededor de un pecho, luego del otro. Ella enterró los dedos en su pelo, esperando dirigir su boca hacia sus pezones, que le dolían. En su lugar, él se rió y levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¿Hay algo en particular que quieras que haga?

Ella quería gruñir de frustración, pero una parte de ella estaba asombrada por su tono burlón. Nunca había imaginado que la intimidad física pudiera ser divertida. —Sabes lo que quiero.

—Tal vez necesite oírtelo decir.

Su boca se abrió de golpe. —¿En voz alta?

Sus ojos brillaban de diversión. —Sí, Eleanor. Con palabras reales.

Ella se mordió el labio mientras consideraba su dilema actual. Nunca había imaginado que él realmente querría que le dijera qué hacer. No cuando ella no sabía nada más allá de lo básico sobre lo que significaba estar con un hombre. Pero sí sabía una cosa. Él la había sorprendido cuando había tocado su pecho desnudo antes. Ella no era capaz de sorprenderlo, pero podía demostrarse una compañera entusiasta en su hacer el amor.

—Quiero tu boca aquí. —Rodeó un pezón con un dedo, disfrutando la forma en que sus ojos se fijaban en su mano. Un poder embriagador la recorrió mientras movía su mano hacia su otro pecho—. Y luego aquí.

No hubo más bromas. Él bajó su camisola hasta que sus pechos quedaron al descubierto y luego atrajo su pezón a su boca, tirando con fuerza de la punta endurecida. El calor se disparó por su vientre, directo a su centro.

Se aferró a su cabeza, manteniéndolo allí, disfrutando del perverso placer que la recorría.

Lamentó la pérdida de su boca sobre ella cuando levantó la cabeza, pero sabía que esta parte llegaría. Él no podría hacerle el amor solo con su boca. Pero en lugar de moverse para cubrirla de nuevo, comenzó a besar su vientre sobre la camisola.

—¿Geoffrey?

—Shh, déjame prepararte.

Sintió su mano en su muslo, y luego él estaba levantando el material de su camisola. Su respiración se atascó en su garganta cuando él la subió por encima de sus caderas, exponiendo su sexo. Jadeó cuando la tocó allí con sus dedos.

Él gimió como si estuviera dolorido. —Ya estás húmeda para mí.

Luego se movió aún más abajo y se acomodó entre sus muslos.

Un atisbo de alarma la recorrió. —No entiendo...

Su mente se quedó en blanco cuando él separó más sus piernas y llevó su boca allí, entre sus piernas. Perdió la capacidad de hablar cuando él comenzó a darle placer con su boca, deslizando un dedo que se movía dentro de su cuerpo en imitación del acto que sabía que vendría.

Esto se sentía mucho más perverso que hacer el amor, pero Eleanor no protestó. No podía porque lo disfrutaba demasiado. Nunca había imaginado que tales intimidades pudieran tener lugar entre un hombre y una mujer en la alcoba.

Se deshizo con un grito áspero, una insoportable ola de placer recorriéndola.

La sonrisa de Geoffrey era diabólica cuando se colocó sobre ella.

Ella trazó sus labios con un dedo. —Proponerte esto fue la mejor idea que he tenido jamás.

—Estoy completamente de acuerdo. —Y entonces él estaba presionando dentro de ella. Era mucho más grande que el dedo que había tenido en su cuerpo, y por un momento temió que no fuera a encajar. Finalmente, con un poderoso empuje, estaba dentro de ella.

Se quedó quieto, y ella sabía que le estaba permitiendo ajustarse a la sensación de su invasión. Estaba agradecida porque dolía. El dolor no era insoportable —en realidad había esperado que fuera peor— pero era incómodo. Y había un ligero escozor.

Él la besó, su boca moviéndose lentamente sobre la suya. A ella le encantaba besarlo y se encontró tomando la iniciativa, profundizando el beso al presionar su lengua en su boca con un gemido.

No podría decir cuánto tiempo continuaron besándose, pero demasiado pronto él levantó la cabeza y la miró fijamente. Su mandíbula estaba apretada, sus ojos casi negros.

Ella sabía lo que él estaba pensando. Se preguntaba si debía continuar o si debía retirarse. Su virginidad se había ido, y la próxima vez que hicieran el amor no dolería. O eso le habían dicho.

Pero ella no quería que se detuviera. El dolor había disminuido, y se encontró ávida de más. Envolvió primero una pierna, luego la otra, alrededor de sus caderas. —Hazme el amor.

Y cielos cómo lo hizo, moviéndose dentro de ella con embestidas poderosas y constantes. Era demasiado. Todo lo que habían compartido, la liberación que ya le había dado con su boca. Se encontró gritando su placer demasiado pronto, su cuerpo convulsionándose contra su dura longitud mientras él continuaba moviéndose dentro de ella. Con una suave maldición, se retiró de su calidez y se derramó fuera de ella con un gemido gutural.

Se miraron el uno al otro durante varios largos momentos, él suspendido sobre ella, sus respiraciones saliendo en jadeos entrecortados.

Luego cambió sus posiciones para que él estuviera acostado de espaldas y ella estuviera tendida sobre su pecho.

Ella se acurrucó contra él y se permitió el lujo de disfrutar este momento. Con suerte, sería el primero de muchos, pero si las muertes de sus padres le habían enseñado algo, era que el futuro nunca se podía predecir. No importaba cuán bien uno pensara que lo había planeado.

CAPÍTULO VEINTIUNO

DEMASIADO PRONTO LLEGÓ el momento de vestirse y volver a sus vidas cotidianas. Eleanor odiaba tener que dejar a Geoffrey, pero él le había prometido que habría mucho placer por delante para ambos.

Geoffrey dispuso que su cochero la llevara a casa, pero él no la acompañó. No podían ser vistos juntos. Ese pensamiento le provocó una punzada de tristeza, pero se negó a darle vueltas.

Su ánimo seguía alto cuando entró en la casa de la ciudad en Grosvenor Square. Una mirada a su prima, que salió corriendo del salón con el ceño fruncido de preocupación, la hizo esperar lo peor.

Su corazón se hundió hasta el fondo de su estómago. Solo podía haber una razón para que Lydia estuviera tan angustiada. ¿Habría negado su tío el permiso a Lord Stanley para casarse con su hija? Peor aún, ¿acababa Eleanor de cometer la traición definitiva al hacer el amor con el futuro marido de su prima?

—Oh, Eleanor, lo siento mucho. Muchísimo —Lydia le agarró la mano y la arrastró al salón. Luego cerró la puerta para poder hablar en privado.

La ansiedad de Eleanor se disparó ante esta acción. —¿Acaso... —Apenas podía pronunciar las palabras. Tuvo que tragar saliva antes de continuar—. ¿Acaso tu padre negó tu petición de romper el compromiso? ¿Y qué pasó cuando llegó Lord Stanley?

Nunca debería haber ido a ver a la hermana de Geoffrey. Debería haberse quedado aquí hoy para ver qué pasaría antes de poner en marcha planes con el prometido de su prima.

Lydia negó con la cabeza, sus rizos rubios bailando alrededor de su rostro. —No, todo está bien con Lord Stanley. Mi padre ha accedido a romper el compromiso.

El nudo en su estómago comenzó a aflojarse. Al menos no viviría en un mundo donde tendría que ver al hombre que amaba casado con su querida prima. Pero las palabras de su prima no tenían sentido. —Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás tan angustiada? Deberías estar feliz.

La puerta del salón se abrió y el tío entró en la habitación. —Aquí estás, querida. ¿Ya te ha contado Lydia las buenas noticias? Se va a casar con Lord Stanley.

—Me lo ha dicho, tío, y estoy muy contenta por ella. La felicidad de Lydia es muy importante para mí.

Lydia le agarró la mano y se la apretó como si intentara transmitirle fuerza a Eleanor, lo que solo aumentó su confusión.

—Bueno, ahora que el futuro de Lydia está resuelto en otra parte, aún nos queda el asunto de Lord Hargrove por resolver.

—Estoy segura de que lo entenderá —dijo Eleanor, eligiendo cuidadosamente sus palabras para no traicionar su interés personal en el futuro del hombre—. Él también es joven todavía. Imagino que no tendrá dificultades para encontrar una condesa.

Las palabras fueron más difíciles de decir de lo que Eleanor había esperado. Solo esperaba no tener que conocer nunca a la mujer que podría pasar el resto de su vida con el hombre que Eleanor amaba.

El tío negó con la cabeza. —Ahora que Lydia va a casarse con otro, debemos asegurar aún un enlace entre nuestras dos familias.

—No entiendo —dijo Eleanor.

La sonrisa de su tío se ensanchó. —El acuerdo entre el viejo conde y yo aún puede cumplirse si se casa contigo.

El mundo entero de Eleanor se puso patas arriba con esas palabras. No tenían sentido. Se volvió hacia su prima. —¿Sabías algo de esto?

Lydia negó con la cabeza. —No hasta después de que padre aceptara la propuesta de Lord Stanley.

Se volvió de nuevo hacia su tío. —Soy mayor de edad, tío. No puede obligarme a casarme con él.

Esas palabras podrían haber sido las más difíciles que Eleanor había tenido que pronunciar jamás. No desearía nada más que casarse con Geoffrey, pero no podía forzarlo a esa unión. Él la odiaría, y ella no podría vivir con eso. Era mucho mejor vivir con el corazón roto que ser odiada por el hombre que amaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

GEOFFREY NO HABÍA QUERIDO DEJARLA, pero no podía llevar a Eleanor a casa. Había dispuesto que su carruaje la llevara a su hogar y luego se dirigió a pie a su propia casa. Sonreía como un tonto durante todo el camino.

Se sorprendió al encontrar una nota de Lord Appleby pidiéndole que se presentara lo antes posible. Tuvo un momento de preocupación, pero lo dejó de lado. Appleby no habría solicitado su presencia si quisiera que el acuerdo de compromiso se mantuviera.

Su primera visita a Grosvenor Square al comienzo de la temporada lo había dejado frustrado. Pero hoy pondría fin al acuerdo de compromiso. No sabía si los abogados tendrían que involucrarse, pero después de hoy podría seguir viendo a Eleanor. No tendría que preocuparse de que su culpa por traicionar a Lydia pusiera fin a su romance.

No era un inocente y había estado con otras mujeres, pero había algo inesperado en estar con una mujer a la que consideraba una amiga. Alguien a quien respetaba y admiraba por razones que iban más allá de su belleza.

Eleanor tenía una mente ágil y un corazón bondadoso, siempre dispuesta a sacrificar sus propios deseos para que su prima fuera feliz. Después de hoy, ya no tendría que hacerlo. Podría ser egoísta, y él era el hombre afortunado que se beneficiaría de su exploración

de lo que significaba ser mujer. Esperaba con ansias ser su tutor en ese viaje.

Odiaba que a los veinticinco años, ella se considerara demasiado mayor para captar la atención de un hombre. Apenas estaba entrando en su mejor momento y tenía una confianza y sabiduría que faltaba en las mujeres más jóvenes que recién se presentaban en sociedad.

Los pensamientos sobre los placeres que habían experimentado esa tarde jugaban en su mente mientras el carruaje traqueteaba sobre los adoquines, y trató de considerar otras razones para excusar su ausencia de la casa de su tío en el futuro. No podía esperar que su hermana actuara como intermediaria, aunque no estuviera en avanzado estado de embarazo. Era evidente que ella esperaba más que un romance entre él y Eleanor, y no quería que se decepcionara de él. Ya había tenido demasiados disgustos en su vida.

¿Sería demasiado sospechoso aumentar sus visitas semanales a la librería? Idealmente, le gustaría verla a diario, pero solo podría hacerlo si decidiera dar a conocer su interés por ella a su familia. Y una vez que eso sucediera, sospechaba que Eleanor ya no sería libre de reunirse con él en absoluto. Sus salidas serían monitoreadas a partir de ese momento.

Pero quizás, si Lydia y su madre estaban ocupadas planeando su boda con Stanley, no sería demasiado difícil para Eleanor escabullirse de la casa y encontrarse con él más a menudo. Ya empezaba a sentirse ansioso por saber cuándo podrían estar solos de nuevo.

Se le ocurrió que podría casarse con Eleanor, pero se apartó de ese pensamiento inesperado. Acababa de ganar su libertad. ¿Quería darse la vuelta y atarse a otra mujer?

Pero su corazón le dijo que no sería cualquier mujer. Sería Eleanor.

Era casi imposible contener su sonrisa cuando el mayordomo abrió la puerta. Esperaba que lo llevaran al estudio de Appleby nuevamente, donde se había reunido con el padre de Lydia para discutir la posibilidad de terminar su compromiso. En su lugar, el mayordomo le informó que lo esperaban en el salón.

Sus pasos vacilaron cuando encontró a Appleby esperando, sentado en un sillón, junto con Eleanor. Ella estaba en el sofá y miraba fijamente sus manos. Seguramente esto era una coincidencia. Appleby no podía haberse enterado de su encuentro esa tarde.

Dejando de lado ese pensamiento, entró en la habitación y saludó a los dos ocupantes.

Lord Appleby se levantó y le estrechó la mano.

—Bien, bien. Me alegro de que hayas venido enseguida. Me temo que tengo noticias inquietantes para ti. Pero no temas, no todo está perdido.

Podía sentir los ojos de Eleanor sobre él, pero mantuvo su mirada fija en su tío. Estaba tan cerca de obtener su libertad. Si Lord Appleby sospechara siquiera que Geoffrey estaba prendado de su sobrina, bien podría esconderla. Eleanor estaba bajo su protección, después de todo.

Lord Appleby se acomodó en su silla y le indicó el otro sillón. Su mirada se desvió hacia Eleanor, y vio que ella volvía a mirar sus manos. Notó entonces que las tenía tan apretadas que sus nudillos estaban blancos.

Le sobrevino un presentimiento de desgracia. No iba a estar feliz con el resultado de la reunión de hoy.

—Vine tan pronto como recibí su mensaje —dijo—. Usted dijo que era muy importante.

Appleby asintió, juntando las puntas de los dedos sobre su vientre.

—Como sabes, Lydia quería experimentar una temporada completa sin el peso del anuncio del acuerdo de compromiso entre ustedes dos. Como resultado, ha surgido una situación desafortunada. Me temo que ha desarrollado sentimientos por Lord Stanley. El hombre vino hoy a pedir permiso para casarse con ella.

Geoffrey contuvo su sonrisa de satisfacción. Había estado exagerando. Eleanor probablemente estaba aquí porque Lydia le había pedido que intercediera en este asunto. Había empezado a preocuparse sin razón.

—Lo entiendo, y usted ya conoce mis sentimientos al respecto. No quiero forzar a su hija a una unión infeliz cuando quiere a otro. Y Lord Stanley algún día será marqués. No puede esperar mejor partido para su hija.

—Así es —dijo Appleby, con una sonrisa comprensiva. Era evidente que el hombre pensaba que estaba comunicando noticias decepcionantes—. Pero aún queda el asunto de la propiedad que le vendí a tu padre y el acuerdo que teníamos en vigor.

Las campanas de alarma comenzaron a sonar en su cerebro.

—No conozco todos los detalles, pero recientemente me enteré de la venta. Pero debe saber que Stanley algún día poseerá vastas propiedades. A su hija no le faltará nada después de que se casen.

La boca de Lord Appleby se tensó con disgusto.

—Es una cuestión de honor. Vendí esas propiedades a tu padre con el entendimiento expreso de que algún día volverían a mi familia a través del matrimonio.

Un escalofrío de alarma recorrió su espina dorsal.

—¿Me está diciendo que no aceptó la propuesta de Stanley?

—No, sí la acepté. Lydia algún día será la Marquesa de Pelton. Pero me resisto a perder esas propiedades.

—Entiendo. Hablaré con mi abogado sobre la reversión de la venta. Podemos iniciar el proceso de devolución de esas propiedades a usted de inmediato.

Appleby frunció el ceño. —No, no, no los quiero de vuelta. Eso dejará más para que hereden mi codicioso primo y su hijo.

Geoffrey no dijo nada mientras examinaba al hombre. Podía sentir la mirada de Eleanor sobre él nuevamente, pero no la miró. No le iba a gustar lo que vendría a continuación.

—¿Examinaste los detalles del acuerdo?

Geoffrey asintió. —Por supuesto. Debe entender que mi padre solo me habló del compromiso en su lecho de muerte. Temía que no estuviera en su sano juicio en ese momento. Sé que siempre había esperado una unión entre nuestras familias y pensé que al final se había imaginado un acuerdo de compromiso que en realidad no se había firmado. Tenía mucha fiebre cuando me lo dijo.

Appleby negó con la cabeza. —Lamento oír eso. Era un buen amigo.

Geoffrey inclinó la cabeza pero no dijo nada mientras esperaba que el hombre explicara su críptico comentario.

—En cualquier caso, el acuerdo dice que debías casarte con mi hija.

Geoffrey asintió. —Y acaba de decirme que ha aceptado la propuesta de Lord Stanley. Y dado que el compromiso puede romperse si ambas partes están de acuerdo, no preveo ningún problema.

Appleby se inclinó hacia adelante en su asiento. —Tengo una mejor idea, una que debería satisfacer a ambas partes, como dices. Sé que no deseabas casarte con Lydia, aunque no puedo imaginar por qué. Pero las tierras pueden permanecer en la familia si accedes a casarte con mi sobrina, Eleanor.

Geoffrey se volvió para mirarla, pero ella estaba mirando fijamente sus dedos entrelazados. ¿Por qué no lo miraba?

—No entiendo. No había nada en el acuerdo de compromiso sobre la señorita Pearson.

Appleby negó con la cabeza. —No quiero recuperar las propiedades. Hay una cláusula en el contrato de venta que establece que si no te casas con Lydia, debes casarte con mi sobrina. No obligaré a Lydia a casarse con un hombre cuando quiere a otro, pero quiero que esas tierras permanezcan dentro de mi familia. —Apretó la mandíbula—. Familia que no incluye a mi primo, quien heredará mi título y todas las propiedades vinculadas.

La mente de Geoffrey se quedó en blanco durante varios momentos, y luego las imágenes comenzaron a reproducirse en sus pensamientos. La forma en que Eleanor se le había acercado, diciéndole que deseaba tener una aventura con él. La forma en que tan dulcemente había entregado su inocencia. ¿Le habría contado a su tío lo que sucedió esa tarde entre ellos?

No, pensó. Por supuesto que no. Appleby no le estaría hablando en un tono tan civil si lo hubiera hecho. Estaría exigiendo que Geoffrey hiciera lo honorable y se casara con su sobrina.

Así que Eleanor había mantenido su encuentro en secreto. Pero ¿había sabido de los planes de su tío cuando se le acercó? ¿Había esperado que si hacían el amor, él aceptaría casarse con ella cuando su tío le hablara del asunto?

Se puso de pie, comenzando a llenarse de ira. Había sido traicionado una vez más. Manipulado para cumplir los planes de Appleby.

—Ya veo —dijo, de alguna manera manteniendo un tono uniforme—. ¿Puedo hablar con la señorita Pearson por un momento?

Appleby frunció el ceño. —No necesitas preocuparte por cortejarla, muchacho. Ya le he informado sobre su deber. Pero si quieres algo de tiempo para conocerla mejor...

—¿Cuándo? —preguntó con los dientes apretados.

—¿Cuándo qué? ¿Cuándo se casarán? Pensé que tal vez después de la boda de Lydia con Stanley.

—No. ¿Cuándo le informó que era su deber casarse conmigo?

Appleby lo miró como si Geoffrey hubiera perdido la cabeza. —Justo esta tarde, cuando regresó de visitar a tu hermana.

La banda apretada que había comenzado a constreñir su pecho se aflojó la más mínima fracción. El alivio lo llenó al saber que Eleanor no había estado tratando de atraparlo esa tarde.

—¿Puede permitirnos unos minutos para hablar? Me queda claro que la señorita Pearson está tan sorprendida por este giro de los acontecimientos como yo.

Appleby se puso de pie. —Entiendo, muchacho. No sé qué tan bien has llegado a conocerla durante las últimas semanas en las que ha estado actuando como chaperona de Lydia, pero puedo asegurarte que Eleanor es una joven encantadora, tanto por dentro como por fuera. Estoy seguro de que te hará muy feliz. —Les sonrió a ambos—. Les permitiré unos minutos para hablar a solas. Mi esposa se unirá a ustedes después de eso. Así que si quieres comenzar tu cortejo, te sugiero que actúes rápidamente.

Salió de la habitación a grandes zancadas, y durante un tiempo el único sonido fue el de sus pasos mientras se alejaba por el pasillo.

Geoffrey se volvió para mirar a Eleanor y solo entonces se dio cuenta de que se cernía sobre ella. Tenía la clara impresión de que la

estaba poniendo nerviosa. Quería sentarse junto a ella en el sofá, pero como no sabía cuán pronto llegaría Lady Appleby, se sentó nuevamente en el sillón.

No sabía qué decir. Había estado de tan buen humor cuando llegó, y ahora todas sus emociones eran un lío desconcertante. Pero entre ellas predominaba la ira hacia su padre y Lord Appleby.

Eleanor finalmente encontró su mirada. —Mi tía está muy ocupada haciendo planes para la boda de Lydia, así que imagino que no estará aquí por un tiempo. Si quieres gritar, desahogarte, lo entiendo perfectamente.

¿Cómo podía sonar tan tranquila?

Appleby había calmado un poco su mente, pero no podía evitar preguntarse si Eleanor había sido consciente de que este era un posible resultado cuando se le acercó para tener una aventura. Tuvo cuidado de mantener su voz baja cuando preguntó: —¿Sabías de esto cuando estuvimos juntos esta tarde?

Eleanor negó con la cabeza. —No, por supuesto que no. El tío nunca mencionó una palabra sobre esta posibilidad. Estaba tan decidido a que te casaras con Lydia. Me enteré de esto después de llegar a casa. El tío ya había enviado su nota pidiéndote que vinieras. Estaba tratando de disuadirlo de toda esta tontería —agitó las manos para abarcar el espacio entre ellos— cuando llegaste.

Su mirada permaneció fija en su rostro. —¿Qué estás pensando?

Ella levantó la barbilla. —Soy mayor de edad. El tío no puede obligarme a casarme contigo.

Sus ojos se estrecharon. ¿Tenía que decir eso como si la idea de casarse con él fuera el peor destino que pudiera ocurrirle?

—Por lo que dijo, estoy seguro de que Appleby estaría muy descontento. ¿Te echaría?

—Estaré bien mientras Lydia viva bajo este techo. Y después... —Se encogió de hombros—. Honestamente, no lo creo. Pero si lo hiciera, estoy segura de que podría ir a vivir con Lydia. Mi prima es bastante generosa.

Hizo una mueca al pensar en que ella tuviera que vivir de la caridad de Stanley. —Tengo casas. No tendrías que mendigar un lugar donde vivir.

Ella se puso tensa. —¿Y qué? ¿Me pagarás una asignación y me visitarás regularmente para acostarte conmigo? —Negó con la cabeza—. No.

Ella se levantó y él hizo lo mismo. —Esperaré unos días antes de decirle que tú y yo no nos vamos a casar. No quiero traer ninguna negatividad a la casa cuando Lydia está tan feliz. Pero no te preocupes. Me aseguraré de que mi tío sepa que los dos hemos decidido que no habrá una unión.

Esas eran las palabras que él había querido escuchar hace meses cuando puso un pie en esta casa por primera vez. Tendría su libertad y no se vería obligado a casarse. Pero ya no estaba seguro de lo que quería.

—Aún queda algo de tiempo antes del final de la temporada. No necesitas decir nada todavía.

Eleanor negó con la cabeza. —Creo que es mejor que terminemos lo que hay entre nosotros. Toda la situación se ha enredado más allá de lo razonable.

Se miraron fijamente durante un tiempo. Él dio un paso hacia ella, aunque no sabía por qué. Ella dio un paso correspondiente alejándose de él.

—Probablemente sea mejor que te vayas ahora. No deberíamos estar solos.

Geoffrey no pudo contener una risa amarga. —O nos obligarán a casarnos. Ese parece ser mi destino en la vida.

Ella se estremeció ante sus palabras. —Gracias por discutir este asunto conmigo y por entender. —Su mirada se suavizó mientras continuaba—. Disfruté mucho nuestro tiempo juntos. Gracias por mostrarme lo que podría haber sido si las cosas fueran diferentes.

Él comenzó a extender la mano hacia ella, pero ya se había dado la vuelta y había salido de la habitación. Se quedó mirando su figura que se alejaba, con el alma despojada. Eleanor no lo quería.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

GEOFFREY NO PODÍA EXPLICAR por qué se dirigió a la casa de Holbrook en la ciudad en lugar de regresar a la suya. Maldita sea, el hombre se había convertido realmente en un amigo. Consideró ir a hablar con su cuñado, pero sabía que Cranston ya tenía suficientes preocupaciones y no quería molestarlo más. Especialmente cuando él y Abigail estaban tratando de disfrutar este tiempo juntos, junto con Gemma, como familia antes del confinamiento de Abigail.

Ya habían abusado de la hospitalidad de su hermana una vez hoy. Abigail había estado más que feliz de ayudarlo con lo que ella esperaba que fuera una relación duradera con Eleanor. No podía ir allí ahora sin que ella quisiera saber cómo estaba progresando eso, y no quería decepcionarla. No hoy, cuando sus propios sentimientos aún estaban a flor de piel.

Cuando llegó a la casa de Holbrook, el mayordomo le pidió que esperara en la sala de estar, diciéndole que se esperaba que el vizconde llegara pronto. Se alegró de encontrar un aparador surtido con licores y se sirvió una copa. Acababa de beberse el brandy de un trago y se estaba sirviendo otro, decidido a saborear el segundo vaso, cuando oyó que la puerta principal se abría y se cerraba.

Se dio la vuelta, con el vaso en la mano, y observó cómo su amigo entraba en la habitación.

Holbrook arqueó una ceja.

—¿Se suponía que nos íbamos a reunir hoy?

Geoffrey negó con la cabeza y levantó su vaso.

—Estoy celebrando mi libertad y quería compartir la noticia.

Holbrook se acomodó en un sillón.

—Hiciste que Stanley se pusiera a la altura —soltó un silbido bajo —. Estoy impresionado.

Geoffrey se sentó en el otro sillón. Sostuvo el vaso pero no bebió de él. No planeaba emborracharse, pero sí quería adormecer algo de su decepción.

—Se necesitó muy poco esfuerzo de mi parte. Una vez que vio a Lydia y se dio cuenta de que Appleby estaba empeñado en un emparejamiento entre ella y yo, Stanley se encargó de hacer que Lydia se enamorara de él —tomó un trago de brandy y luego lo colocó sobre la mesa lateral con exagerado cuidado—. Les deseo toda la felicidad.

Los ojos de Holbrook se estrecharon sobre él.

—Entonces, ¿por qué estoy percibiendo un aire de melancolía en ti? Es casi asfixiante. Pensé que estarías más feliz. No me digas que te enamoraste de la chica y ahora tienes el corazón roto.

La boca de Geoffrey se torció ante la mera idea.

—Es bastante agradable, pero no es la indicada para mí.

—Pero su prima sí lo es.

Geoffrey miró fulminantemente a Holbrook.

—Ves demasiado.

Holbrook se encogió de hombros.

—Soy observador. Supongo que estás aquí porque deseas hablarme de la otra señorita Pearson.

Era bueno que ya hubiera dejado el brandy. Si todavía estuviera sosteniendo el vaso, habría bebido el contenido de un trago.

—Acabo de regresar de visitar a Appleby, quien me informó que el compromiso se rompería.

—¿Y? —dijo Holbrook cuando hizo una pausa.

—Aparentemente hay una propiedad comprometida entre nuestras dos familias, y Appleby insiste en que me case con Eleanor. Vendió la propiedad a mi padre con la intención de que permaneciera en la familia. Si no me voy a casar con su hija, quiere que me case con su sobrina.

Holbrook silbó.

—No puedes dar la vuelta sin que te arrojen mujeres encima.

Geoffrey frunció el ceño.

—Me alegra que encuentres mi vida tan divertida.

Holbrook se reclinó en su silla, con los ojos entrecerrados. Geoffrey podía sentir el peso de la mirada del hombre sobre él.

Estaba empezando a tener dudas sobre haber venido aquí. Alcanzó el vaso de brandy y terminó la bebida. Pero no se serviría otra.

Holbrook finalmente habló.

—Pensé que te gustaba la señorita Pearson mayor.

Gustar era una palabra demasiado suave para lo que sentía por Eleanor. Anhelaba poseerla en todos los sentidos. Después de la tarde que habían pasado juntos, pensó que su lujuria habría disminuido un poco. Pero eso no había sucedido. Había estado planeando su próximo encuentro mientras se despedía esa tarde, imaginando todas las cosas que quería hacerle ahora que ya no tenía que preocuparse por su doncellez.

—Somos amigos —se acomodó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Amigos? —Holbrook levantó una ceja.

Geoffrey frunció el ceño.

—Me agrada lo suficiente y quería profundizar esa relación ahora que ella está libre de cualquier culpa que pudiera sentir por traicionar a su prima. Pero me niego a ser llevado por hilos de marioneta y obligado a hacer la voluntad de mi padre.

—Tu padre quería que te casaras con la señorita Lydia Pearson.

—Aún me están obligando a casarme.

—¿Es así? —el tono de Holbrook era irritantemente tranquilo—. ¿Hay algo en el acuerdo de compromiso que diga que debes casarte con la prima?

Los dos vasos de brandy ya estaban embotando sus pensamientos. Geoffrey recordó la conversación que había tenido con Appleby.

—No.

—¿Y qué dice la señorita Pearson sobre esto?

Geoffrey soltó una carcajada.

—Ella piensa que nuestra relación debería quedar en el pasado. Es mayor de edad, y aunque su tío desee el enlace, no puede obligarla a casarse.

Holbrook sonrió.

—Entonces parece que has conseguido todo lo que querías.

No, maldita sea, no lo había hecho. Quería a Eleanor. Pero le molestaba que lo obligaran a casarse con ella. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces. Trató de concentrarse en el conocimiento de que al ganar su libertad, estaría frustrando los planes de su padre.

Pero todo lo que podía ver era el rostro de Eleanor cuando terminó las cosas entre ellos. Él había querido seguir viéndola hasta el final de la temporada, pero ella se había negado.

—Ya que las cosas han terminado entre ustedes dos, pensé que tal vez podría entablar amistad con la señorita Pearson. Siempre la he encontrado intrigante.

Los ojos de Geoffrey se abrieron de golpe, y su mandíbula se tensó por la forma en que Holbrook había dicho la palabra *amistad*. Sus manos se cerraron en puños sobre sus rodillas, y miró furiosamente al hombre que se suponía que era su amigo.

Holbrook se encogió de hombros.

—Es una mujer atractiva, y por lo que acabas de compartir, no tendré que preocuparme de que intente atraparme para que me case con ella.

Geoffrey se puso de pie.

—Te prohíbo que te acerques a ella.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Holbrook, y Geoffrey maldijo.

Holbrook se levantó.

—Ambos sabemos lo que está pasando aquí. Quieres a la mujer para ti, pero estás siendo terco porque odias la idea de que te obliguen a casarte.

Geoffrey se dio la vuelta.

—Ese no es el problema.

Holbrook soltó un resoplido despectivo. —Ese es exactamente el problema. Te has pasado toda la vida odiando todo lo relacionado con tu padre y lo que esperaba de ti. Tuviste que ver cómo entregaba a tu hermana en matrimonio a un hombre que podría haber sido su abuelo. Mi tío abuelo no fue amable con ella, pero hice lo que pude cuando heredé el título. Y ahora está felizmente casada. Al final, todo salió bien.

Geoffrey se tensó con cada palabra, pero no lo interrumpió.

—Tu padre quería que te casaras con Lydia Pearson, y tú hiciste todo lo posible para evitar darle lo que quería, aunque ya no esté aquí. Has estado luchando ciegamente contra todo lo que tu padre *podría* haber querido, incluso cuando es lo que tú *sí* quieres. ¿Por qué estás luchando tan duro contra la idea de casarte con Eleanor? Si la quieres, ve por ella.

Las palabras de Holbrook lo azotaron, pero no podía negar que eran ciertas. Sí quería a Eleanor. ¿Por qué demonios estaba luchando contra esto? Se volvió para mirar a su amigo. —Ella no me quiere.

Holbrook negó con la cabeza. —He visto cómo te mira. Créeme, esa mujer te desea.

Geoffrey recordó cómo ella había gritado su nombre cuando hicieron el amor. Sus promesas susurradas sobre encontrar una manera de verse más a menudo. —Ella me dijo que no podíamos estar juntos...

—Porque te has comportado como si no la quisieras a ella ni a este matrimonio. La señorita Pearson no es el tipo de mujer que forzaría un matrimonio no deseado a otro. Acaba de pasar las últimas semanas viéndote hacer todo lo posible para librarte de tu acuerdo de compromiso con su prima. ¿Realmente crees que se sentiría bien obligándote a casarte con ella? Por supuesto que te dio tu libertad. Porque por todo lo que me has contado, ella siempre priorizará la felicidad de aquellos que le importan por encima de la suya propia.

La verdad de sus palabras lo golpeó. —Tienes razón.

—Siempre tengo razón. Necesitas hacerle saber que la quieres. —Holbrook puso sus manos en los hombros de Geoffrey y lo sacudió

—. La quieres, maldita sea. Ve por ella antes de que alguien más lo haga.

Holbrook tenía razón. No podía renunciar a ella. Había estado haciendo planes para encontrarse con ella más a menudo, para tenerla en su cama tan frecuentemente como pudieran lograrlo.

Pero más allá de eso, quería escuchar su opinión sobre el último libro que estaba leyendo. Era más divertido oírla quejarse de una heroína empalagosa que leer el libro él mismo.

Había estado enojado con Appleby. Y por un breve momento había creído que Eleanor lo había traicionado. Que de alguna manera lo había seducido para lograr precisamente este fin.

Lo cual era una clara indicación de que estaba dejando que su enojo por las maquinaciones de su padre nublara su juicio, porque Eleanor no era manipuladora. Y el dolor que había visto en sus ojos...

Cerró los suyos, sintiendo un espasmo de dolor. La amaba y no podía perderla. Y si eso significaba que tenía que casarse con ella para tenerla, lo haría.

Tomada su decisión, esperó la habitual oleada de ira que sentía cada vez que se veía obligado a seguir los deseos de su padre. Pero en lugar de ira, sintió anticipación ante la idea de reclamar a la mujer. Se dio cuenta de que no *tenía* que casarse con ella. Quería casarse con ella.

Tenía que arreglar las cosas con Eleanor.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

GEOFFREY QUERÍA IR DIRECTAMENTE a Grosvenor Square y hablar con Eleanor, pero siguió el consejo de Holbrook de esperar un día. Tanto él como Eleanor ya habían experimentado un torbellino de emociones hoy.

Después de una noche de sueño intranquilo, se levantó temprano a la mañana siguiente y garabateó una nota rápida. Imaginó que sería interceptada por Lady Appleby, así que fue directa y al grano, indicando simplemente que tenía la intención de visitar esa tarde. La nota fue devuelta varias horas después sin abrir, con el sello de cera aún intacto.

Arrugó la nota en su mano y miró el reloj de la repisa en su estudio. Era temprano por la tarde. No había visto ningún anuncio de boda en los periódicos de la mañana, lo que significaba que la casa de los Appleby estaría llena de los habituales pretendientes que visitaban a Lydia.

No quería una audiencia para su conversación con Eleanor, así que esperó. O más bien, caminó ansiosamente de un lado a otro. Finalmente, cuando consideró que sería seguro, partió. Debería llegar justo cuando los últimos visitantes se estuvieran marchando.

Cuando el mayordomo lo hizo pasar al salón, encontró a Lady Appleby esperándolo.

—Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo ella, ofreciéndole su mano.

Él se inclinó sobre ella. —Lamento llegar tan tarde. Pero quería hablar en privado con su sobrina.

Ella negó con la cabeza, sin molestarse en ocultar su disgusto mientras se hundía en el sofá. —Eleanor no está aquí.

Debería haber venido ayer después de dejar a Holbrook. —¿Dónde está? ¿Cuándo volverá?

Ella lo miró fijamente durante varios largos momentos, un ceño fruncido le indicaba que estaba disgustada con él. Quería sacudirla para obtener la información. En su lugar, se dejó caer en un sillón.

—Lastimaste mucho a mi sobrina ayer. No estoy segura de que te perdone.

La miró durante varios segundos, sorprendido por la acusación. Pero no podía negar que se había comportado de manera petulante. No estaba tan impactado por sus palabras como por el hecho de que las hubiera dicho sobre Eleanor. Siempre había revoloteado alrededor de Lydia, y él había asumido que realmente no le importaban los sentimientos de su sobrina. Appleby se habría preocupado por la tierra y las expectativas, pero parecía que su esposa, al menos, se preocupaba por Eleanor. Y por Lydia. Era evidente que amaba a su prima.

Aun así, ya había pasado la etapa de hacer suposiciones. Si se iban a hacer acusaciones, entonces él respondería de la misma manera.

Cruzando los brazos sobre el pecho, alzó una ceja. —¿De repente le importan los sentimientos de Eleanor? Tenía la impresión de que creía que ella existía únicamente para servir a su prima.

Lady Appleby tuvo la decencia de sonrojarse. —Admito haber estado un poco obsesionada con la temporada de Lydia. Pero puedo asegurarte que quiero mucho a mi sobrina. Ha sido un gran apoyo para su prima esta temporada, sí, pero también merece ser feliz.

Él asintió. —Me alegra oír eso. Sé que ella los quiere mucho a todos ustedes. Hasta este momento, no estaba seguro de que el sentimiento fuera mutuo.

—Por supuesto que lo es. Por eso debo preguntarte cómo piensas proceder. Como Eleanor señaló, no podemos obligarla a casarse.

—¿No es eso lo que tu esposo intentó hacer cuando nos dijo que debíamos cumplir con nuestro deber y cumplir el acuerdo de venta que se había hecho entre él y mi padre?

—Mi esposo puede ser corto de miras, y parece que hizo un lío de las cosas. Fui yo quien abordó el tema de un enlace entre ustedes dos. Él se aferró a la idea y solo pensó en la preciosa tierra que había vendido. Pero Lydia me dijo que los tres habían pasado mucho tiempo juntos durante las últimas semanas. Vino a verme después de que Lord Stanley se fue ayer, pero dijo que sospechaba que había algo entre ustedes dos.

La última afirmación lo sorprendió. Siempre había pensado que Lydia era egocéntrica, pero aparentemente era más observadora de lo que se había dado cuenta. —Su sobrina y yo...

Lady Appleby agitó la mano, cortando su protesta. —Realmente no me importa lo que pasó o no pasó entre ustedes dos. No requiero detalles. Sé que Eleanor nunca traicionaría a su prima mientras el compromiso estuviera vigente, pero Lydia me dijo que les permitía alejarse ocasionalmente. Que mientras siempre parecías rígido y formal con mi hija, no se podía decir lo mismo de cómo te comportabas con Eleanor. Sumado al hecho de que mi sobrina siempre habla muy bien de ti...

Era evidente que la mujer no había terminado con su pequeño discurso, así que permaneció en silencio.

Lady Appleby suspiró. —Pensé que proponer un matrimonio entre ustedes dos serviría para hacer felices a todos. No sé qué le dijiste a Eleanor cuando mi esposo les permitió un tiempo a solas, pero puedo decirte que estaba muy herida. Trató de ocultarlo detrás de la felicidad por su prima, pero una mujer sabe cuando el corazón de otra mujer ha sido roto.

Las palabras lo golpearon como un golpe físico. —Necesito hablar con ella. Disculparme por mi comportamiento.

Ella lo examinó antes de preguntar: —¿Y eso es todo?

No tenía sentido ocultarlo ahora. Además, los Appleby eran la familia de Eleanor. Era justo que les hiciera saber su intención. Y le resultaba mucho más fácil hablar con la tía de Eleanor, quien parecía genuinamente preocupada por su sobrina. —He venido a pedirle que

se case conmigo. A suplicar su perdón por mi comportamiento obstinado. Ella no hizo nada para merecerlo, y no debería haber descargado mi molestia con su esposo en ella.

Lady Appleby le dio una sonrisa comprensiva. —Oh, créeme, ya le he dado un pedazo de mi mente sobre cómo manejó mal la situación. Pero debo decir que esta es una excelente noticia. Parece que tendremos dos bodas después de todo.

—Por favor, dígame que no ha dejado Londres. —Era su peor temor después de saber que no estaba aquí. ¿Se habría ido de la ciudad para evitarlo por completo? ¿Lo odiaba tanto ahora?

Lady Appleby lo miró como si hubiera perdido la cabeza. —Por supuesto que no. Lydia ha ido a montar a Hyde Park con Lord Stanley. Eleanor los acompaña como su chaperona. Me ofrecí a ir en su lugar, pero ella me aseguró que esperaba con ansias el aire fresco.

Se puso de pie, y él también se levantó. —Se fueron hace poco. Estoy segura de que podrás encontrarlos allí.

—Gracias por todo, milady. —Inclinó la cabeza y luego se apresuró a salir de la casa. Tenía una novia que atrapar.

Le indicó al cochero que se dirigiera hacia Hyde Park. El viaje fue corto, y esperaba que la suerte estuviera de su lado. Aún era temprano, y si el parque no estaba lleno, podría divisarla más rápido desde dentro del carruaje.

Unos minutos más tarde, gruñó cuando vio la fila de vehículos esperando para entrar al parque. Detuvo el carruaje y notificó a su cochero que esperara justo fuera de las puertas. Tendría que buscar a Eleanor a pie.

Caminaba a grandes zancadas por el sendero, que ya estaba lleno de parejas paseando y sus acompañantes. Lydia había querido caminar aquella vez que la trajo aquí, así que esperaba que estuvieran a pie de nuevo. Su corazón había empezado a acelerarse, pero no por su paso rápido.

Se vio obligado a detenerse varias veces en el camino cuando conocidos bien intencionados, que pensaban que necesitaba compañía, intentaron entablar conversación con él. Finalmente, después de veinte minutos que parecieron mucho más largos, los

divisó caminando hacia él. Se quedó inmóvil en su lugar y los observó.

Caminaban en grupo en medio del camino. Lydia se aferraba al brazo de Stanley, con la apariencia de una mujer que no podría caminar sin apoyo. Ambos tenían amplias sonrisas y se miraban de reojo constantemente como si fueran las únicas personas presentes en el mundo. En realidad, era un milagro que no tropezaran con sus propios pies o chocaran con otros que caminaban en dirección contraria.

Eleanor caminaba junto a Lydia, y su corazón se rompió al mirarla. No dejaba de echar vistazos a su prima, y su expresión era claramente de dolor. Como sabía que estaba genuinamente feliz por Lydia, Geoffrey solo podía atribuir su tristeza a él y a la forma en que la había tratado.

Caminó hacia ellos. Todavía estaba a varios metros cuando Eleanor debió sentir su presencia porque sus ojos se desviaron hacia la izquierda y se encontraron infaliblemente con los suyos. Se puso rígida y apartó la mirada de nuevo.

No se dejaría disuadir por su intento de ignorarlo. Merecía su censura.

Stanley lo llamó cuando alcanzó al pequeño grupo. Geoffrey los saludó e hizo un comentario de paso sobre la agradable temperatura.

Un pequeño ceño se formó entre las cejas de Stanley. —No estoy seguro de si te has enterado...

—Lo he hecho —dijo Geoffrey, interrumpiéndolo—. Les ofrezco a usted y a la señorita Pearson mis más sinceros deseos de un feliz matrimonio.

El ceño de Stanley se despejó. Luego miró alrededor. —¿No estás aquí con nadie?

Su mirada estaba en Eleanor, quien aún no lo miraba. —En realidad, estoy aquí por la señorita Pearson.

Stanley abrió la boca para decir algo, pero Lydia puso una mano en su antebrazo. —Se refiere a Eleanor.

—Ah, claro. Por supuesto. Mencionaste lo que sucedió ayer. Pero tenía la impresión de que ese asunto había terminado.

Lydia estaba mirando a Eleanor, y luego lo miró a él.

Quería agarrar la mano de Eleanor y arrastrarla a algún lugar privado donde pudiera suplicar su perdón. En su lugar, dijo: —Es importante que hable con ella. Si pudieran prescindir de ella por unos minutos, estaría muy agradecido.

Lydia sonrió, y él sintió un cambio en su pecho. Ella sabía que estaba allí para arreglar las cosas con su prima.

—No creo que Lord Hargrove y yo tengamos nada de qué hablar —dijo Eleanor—. Resolvimos los asuntos ayer, y no deseo revivir el tema.

Stanley miró de él a Eleanor. —Si la señorita Pearson no desea hablar contigo...

Esta vez fue Lydia quien lo interrumpió. —Ven, mi amor. Caminaremos un poco más adelante y les daremos unos minutos a solas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ELEANOR SE VOLVIÓ HACIA LYDIA, el pánico empezando a apoderarse de ella. —Esto no es necesario —lo último que quería oír era otra disculpa de este hombre. O peor aún, podría esperar convencerla de ser su amante.

Lydia le sonrió. —Solo habla con él unos minutos. Te arrepentirás si no le das esta oportunidad.

Eleanor asintió brevemente, pero no dijo nada más. Lydia estaba enamorada y veía posibilidades románticas en todas partes. No podría convencer a su prima de que estaba equivocada.

Lydia extendió la mano y agarró la suya. Después de apretarle los dedos, Lydia le dio a Geoffrey una mirada comprensiva, y luego ella y Stanley reanudaron su paseo.

El hombre que Eleanor había estado esperando evitar se colocó a su lado. Le ofreció su brazo, pero cuando ella no lo tomó, él juntó las manos detrás de la espalda. Sin decir una palabra más, comenzaron a caminar.

Se estaba arrepintiendo de su decisión de acompañar a Lydia hoy. Ayer había ido a su dormitorio después de darle la libertad a Geoffrey y había pedido que le llevaran una bandeja de cena a su habitación. Su prima había intentado convencerla de que se uniera a ellos esa noche, pero no estaba de humor para ir a otro baile más.

Así que hoy, cuando Lord Stanley había invitado a Lydia a visitar Hyde Park, Eleanor había insistido en acompañarlos. Ya había tenido

más que suficiente de llorar por un hombre que no la quería. Había sido difícil, por supuesto, ver a Lydia y a su prometido juntos. Le recordaba demasiado el breve tiempo que ella y Geoffrey habían pasado juntos ayer por la tarde.

¿Cómo era posible que solo hubiera pasado un día desde que él le había mostrado lo que podría haber sido entre ellos?

Nunca se le había ocurrido que podría verlo aquí. Al menos no estaba con otra mujer. No habría podido evitar romper en llanto si hubiera visto a otra mujer de su brazo. Apenas podía contener sus emociones ahora. Él caminaba en silencio a su lado, pero su presencia envolvía todos sus sentidos.

Los tensos segundos se estiraron hasta un minuto completo, y sus nervios comenzaron a deshilacharse por los bordes. Como no parecía que Lydia fuera a volver pronto para su gusto y poner fin a esta tortura, Eleanor tendría que hacerlo ella misma.

—Si has venido a disculparte, debes saber que no es necesario. Lo que mi tío intentó hacer fue inaceptable.

—Y aparentemente desagradable para ti.

Ella se arriesgó a lanzarle una mirada rápida y vio que estaba frunciendo el ceño. Volvió a mirar al frente. —Mi opinión y deseos no tienen importancia. Has dejado muy claro tu disgusto por la idea de casarte en este momento de tu vida. Entiendo por qué mi tío quería proceder con el arreglo, pero lo que dije ayer sigue siendo cierto. No te obligaré a casarte conmigo, así que debes considerarte libre.

Tuvo que forzar las odiadas palabras, pero no pudo mantener su voz completamente firme. Solo necesitaba que él se marchara, y entonces podría empezar a regular su respiración de nuevo.

—¿Y si no me estuvieras obligando?

¿Estaba tratando de hacer esta prueba aún peor? ¿O simplemente se sentía mal por cómo debía estar sintiéndose ella? Él era un hombre de mundo, y antes de ayer ella había sido inexperta. Fuera cual fuera la razón, ya no podía continuar esta conversación. —Creo que debería reunirme con Lydia y Lord Stanley. Buenos días, milord.

Aceleró el paso, pero él la detuvo, agarrándola del brazo y haciéndola volverse para mirarlo.

Sorprendida, consciente de que estaban empezando a atraer la atención, miró hacia donde él la sujetaba en su lugar. Afortunadamente, él soltó la mano.

Ella volvió a encontrarse con su mirada y tragó saliva, las lágrimas comenzando a nublar sus ojos. No podía dejarlas caer, no aquí.

Él maldijo por lo bajo cuando las vio. —Fui un tonto, Eleanor. Reaccioné mal ayer porque en ese momento, cuando Appleby estaba dando su decreto, todo lo que podía ver era a mi padre y a tu tío sentados juntos en una habitación, planeando mi futuro. Venir a la ciudad al comienzo de la temporada y enterarme de que estaba comprometido...

—Lo entiendo —dijo ella. Y lo entendía. Él no había sabido del compromiso hasta que su padre estaba en su lecho de muerte. A diferencia de Lydia, que había sabido del arreglo durante años y había estado dispuesta a considerar la unión, para él había sido una completa sorpresa.

—Cuando supe la verdad, me sentí atrapado. Y cuando tu tío me dijo que era nuestro deber casarnos...

—Te sentiste atrapado de nuevo, justo cuando finalmente habías logrado tu libertad —bajó la mirada, forzándose a continuar—. Lo entiendo. Cualquier cosa que pasó entre nosotros fue solo un capricho pasajero de tu parte —estaba divagando ahora, pero tenía que sacar todo esto para que finalmente terminara—. Ambos sabemos que nunca iba a durar. Tú siempre ibas a seguir adelante, y yo me quedaría con mis recuerdos. Quizás algún día encuentre a alguien que esté contento de tenerme como su esposa...

Unos dedos enguantados llegaron a su barbilla, y él le levantó el rostro hacia el suyo. —No, Eleanor. Te prohíbo absolutamente que aceptes la propuesta de matrimonio de alguien más.

Sus pensamientos se quedaron en blanco. ¿Qué estaba diciendo? —No entiendo. ¿Me lo prohíbes?

Una esquina de su boca se elevó en una sonrisa autocrítica. —No puedo permitir que la mujer que amo y con la que quiero pasar el resto de mi vida acepte casarse con alguien más.

Ella lo miró fijamente, incapaz de comprender lo que estaba diciendo. Finalmente, sacudió la cabeza. —La mujer que tú...

No podía decir la palabra. Él había pasado los últimos meses tratando de evitar enredos románticos, así que ¿cómo era posible que le estuviera diciendo que la amaba... y aquí en Hyde Park donde cualquiera podía oírlos?

Y entonces él se arrodilló y le tomó las manos.

Su boca se abrió, la sorpresa recorriéndola. —¿Qué estás haciendo?

—Eleanor Pearson, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? Encuentro insoportable la idea de continuar sin ti, y quiero que el mundo entero sepa que te amo.

Si esto era un sueño, nunca quería despertar. Le sonrió. Él la amaba. Le había propuesto matrimonio en medio de Hyde Park con medio mundo observándolos. —¿Estás seguro?

Él miró alrededor, donde todos los demás estaban ahora de pie, sin molestarse en ocultar su fascinación por la escena que se desarrollaba en medio de ellos. —¿Parece que estoy inseguro?

Ella negó con la cabeza maravillada. Cuando vio la ligera arruga formándose entre sus cejas, se apresuró a tranquilizarlo. —No puedo creer que estés haciendo esto aquí. Sí, milord —bajó la voz—. Sí, Geoffrey. Me casaré contigo.

Alivio, afecto, amor, todo estaba presente en su rostro mientras se ponía de pie. Luego, sin importarle su absorta audiencia, la atrajo a sus brazos y la besó.

Ella ignoró los susurros que comenzaban a llegar a sus oídos. Que el mundo entero hablara de ellos.

EPÍLOGO

Junio de 1818

HABÍAN PASADO dos meses desde aquel glorioso día en Hyde Park. Eleanor nunca creyó que fuera posible ser tan feliz. A veces pensaba que estaba en medio de un sueño del que pronto despertaría.

Su única frustración era que ella y Geoffrey no habían podido hacer el amor de nuevo. Su tía y su tío habían aumentado su vigilancia, haciendo imposible encontrar un momento a solas. Aun así, lo veía en los diversos bailes y reuniones, y todos se sentaban juntos en su palco cuando asistían a una obra de teatro.

Ahora que todos sabían sobre su próxima boda, se consideraba aceptable que ambos compartieran dos bailes. Algo aún más interesante era que otros hombres que nunca la habían mirado ahora se interesaban por ella. No podía decir por qué, pero Geoffrey insistía en que era porque ya no trataba de ocultarse.

Ella imaginaba que solo estaban siendo amables, pero su atención parecía enfurecer a Geoffrey. Tanto así que rara vez se apartaba de su lado. Su posesividad era tan contraria a cómo había sido con Lydia durante su compromiso formal. Lo cual era otra prueba de que no se había sentido tentado por su prima.

Aún faltaba un mes para su boda, que se celebraría justo antes de que terminara la temporada. Una boda doble con Lydia y Lord

Stanley, por insistencia de su prima.

Miró al bebé en sus brazos, el hijo de Abigail y Lord Cranston. Gabriel tenía hoy un mes de edad y era el niño más perfecto que jamás había visto. No tenía cabello, pero su rostro era lozano, con un adorable hoyuelo en una mejilla y los más hermosos ojos azules. Los mismos ojos que compartía con su madre y su tío.

Su corazón rebosaba de emoción al saber que algún día podría estar sosteniendo a su propio hijo.

Geoffrey le dio un beso en la mejilla y luego extendió sus brazos.

—Abigail se lo llevará pronto, y me gustaría cargar a mi sobrino.

Ella besó la cabeza calva de Gabriel y luego se lo entregó con un suspiro.

Abigail se hundió a su lado en el sofá y la rodeó con un brazo por la cintura.

—Pronto será tu turno.

Ambas observaron a Geoffrey, que se acomodó en un sillón con el bebé en brazos. Le arrullaba a su sobrino, y el corazón de Eleanor se encogió de anhelo.

Gemma, la hija de Abigail, que estaba sentada a su otro lado, se recostó contra ella y suspiró.

—Lo único que hace es comer y dormir. Papá dice que debo ser paciente y que pronto podré jugar con él, pero no estoy segura de creerle.

Eleanor se rio, llenándose de alegría. Esto era exactamente lo que había deseado y lo que nunca pensó tener. Una familia. Al ver cómo Geoffrey resplandecía de orgullo por la forma en que su sobrino agarraba el dedo que había puesto en su palma, tuvo la certeza inequívoca de que sería un padre maravilloso.

Sus miradas se encontraron, y él debió darse cuenta exactamente de lo que ella estaba pensando.

—Pronto —dijo él, con la voz llena de promesa.

El próximo mes no podía pasar lo suficientemente rápido para su gusto.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.